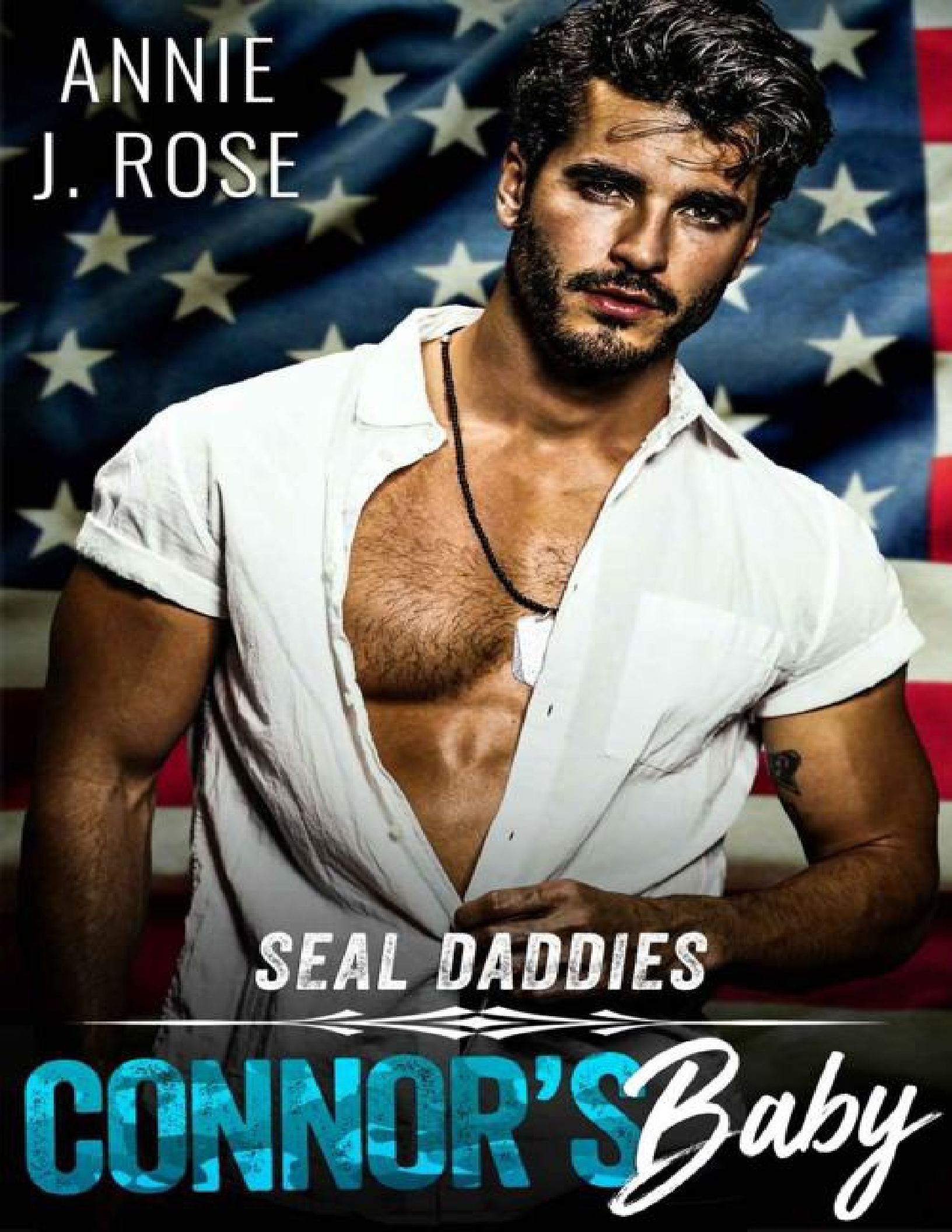

ANNIE
J. ROSE
SEAL DADDIES
CONNOR'S Baby

CONNOR'S BABY

ANNIE J. ROSE

Copyright © 2023 Annie J. Rose Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Descripción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

DESCRIPCIÓN



Ella entró en mi pub.
Invadió mi paraíso insular.
Invadió mis fantasías.
Tenía que tenerla.

Me mudé a St. Martin después de retirarme de los Navy SEALS.
Era un paraíso a un ritmo más lento, perfecto para evitar mis demonios, intentando olvidar el PTSD que venía con esas misiones encubiertas.
Brandi es una turista rubia y bonita con ojos tristes.
Cuando la acompaño de regreso a su hotel una noche, nuestra pasión se enciende.
Beso ardientes conducen a más.
Esta aventura es una mala idea.
La mala idea más sexy que jamás tuve.
Un rollo de una noche se convierte en algo más. Sentimientos que no puedo controlar.
Deseo que no puedo combatir.
No puedo darle lo que merece. Tengo que dejarla ir.
Asegurarme de que nunca mire atrás, que nunca quiera volver a verme.
Es por su bien.
Lástima que descubra demasiado tarde que no puedo vivir sin ella en mi cama y en mi vida.
Tengo que encontrarla.
Rogarle que vuelva conmigo.
Luego haré que me suplique y grite mi nombre de nuevo.
Parecía un buen plan, hasta que la vi.

Y descubrí que no soy el único que guardaba un secreto.

CAPÍTULO 1

CONNOR



Hacer inventario era uno de mis momentos favoritos en el pub. Era ordenado, preciso y silencioso, más allá de mis propios movimientos. Apelaba a la precisión que el ejército me había inculcado. Inspeccionaba, contaba, tomaba notas y planeaba el próximo pedido. La eficiencia me salía de forma natural. Nunca pedía en exceso, ni me quedaba sin suministros. Los detalles, tiempos de envío, consumo promedio, planificación para una afluencia mayor de lo habitual de turistas en un crucero, era algo que manejaba fácilmente.

Me daba tiempo para reflexionar sobre lo lejos que había llegado, en este lugar, en apenas dos años. Después de haber dejado el ejército, tuve que irme de Chicago y huir de las multitudes, el ruido y el caos. Veinte años en la Marina te deja con un carácter imperturbable y había cosas que ya no toleraba bien: el desorden, la cacofonía de las aceras de la ciudad, la exageración o la emoción por algo intrascendente. Ya no pertenecía a ese lugar. Y había elegido un escenario más lento y pacífico para mi segundo acto.

St. Martin era mucho más que el típico paraíso tropical que venden las agencias de viajes. Era un refugio. Había partes de la isla en las que los turistas ni se aventuraban, partes cubiertas de maleza, lugares de relativa reclusión. Una calma natural que nunca logré replicar en la ciudad, ni con un generador de ruido blanco ni auriculares. Este lugar me había ayudado a aflojar la sensación de tensión permanente, a pesar de que todavía me sentía en alerta máxima las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Esa era otra de las consecuencias de mi carrera militar: me enseñó a no bajar la guardia nunca.

Era el mayor de cinco hermanos, todos fortachones y de origen irlandés. Crecimos en Chicago, y como en todos los aspectos de la vida, fui quién sentó el precedente familiar. Fui yo quien eligió la Marina y los demás eligieron el mismo camino. Me mudé a St. Martin y, uno por uno, mis hermanos menores hicieron lo mismo, bien para formar parte del negocio que había empezado o para expandirlo. Porque vine aquí, a este lugar remoto en medio del mar, para empezar de nuevo. La mejor forma de hacerlo era construyendo algo que conocía bien: montar un auténtico pub irlandés. Los lugareños pensaron que no duraría ni seis meses en esta tierra de bares tiki y cócteles coloridos. Pero había algo con lo que no contaban, dos cosas, en verdad. Por un lado mi persona, llena de voluntad y con la cabeza sobre los hombros, y por otro, el afán por lo nuevo. Parecía que a los turistas, especialmente a los jóvenes, les encantaba ir a sitios diferentes. Cualquiera podría publicar una foto en Instagram en un bar cursi con temática isleña. Pero presumir de haber descubierto una joya escondida, un genuino pub irlandés en medio del Caribe, tenía más prestigio

La pared Guinness era mi guiño a las influencers, veinteañeras que viajaban en grupos

animados y que publicaban fotos posando en escenarios distintivos. Conseguí un viejo letrero de hojalata de la marca Guinness en eBay y lo colgué en una esquina. Tommy, el bocazas de mi hermanito que aportaba el encanto al negocio mientras yo aportaba el cerebro, instaló una luz encima como si fuera una maldita obra de arte. Lo rodeamos con fotos antiguas en blanco y negro del pub de nuestro abuelo en Chicago, junto con una de la granja donde se originó el clan O'Shea, en el condado de Cork. Tenía un aspecto del viejo mundo y me divertía ver a los turistas hacer fila para tomarse fotos y publicarlas. Teníamos un letrero que les recordaba etiquetar #OSheasStMartin a sus publicaciones.

Hace dos años, no era más que una tienducha destartalada que había comprado por dos duros. Contraté a algunos lugareños para que me ayudaran a restaurarlo y lo abrí cuatro meses después. A los seis meses de la inauguración, Brendan se unió al negocio y Mickey no se quedó atrás. Mis hermanos vinieron para ayudarme. Trabajábamos juntos, pero era *mi* bar. El proyecto, incluso el acabado de los suelos, fue mi transición de vuelta a la vida civil.

Organicé una jornada de puertas abiertas para invitar a los lugareños más escépticos a probar las pintas, los chupitos y el pastel de carne. La reacción fue desigual, puede que mitad y mitad, pero captamos algunos clientes locales, incluida la gerencia de un hotel de cuatro estrellas. Nada como atraer a los lugareños con dinero para una buena publicidad. Ampliamos el menú y empezamos a servir el almuerzo tres días a la semana. Por aquel entonces, hacíamos la suficiente caja como para ofrecer una promoción: unas semanas de bebidas con descuento que atrajeron a los turistas. Distribuimos los cupones promocionales en los dos principales resorts que había en primera línea de playa.

Al inicio del segundo año, cortejamos a los influencers y a los viajeros de primera clase, y también obtuvimos algunas promociones en los principales cruceros. Una combinación de turistas de nivel alto, atraídos por el factor kitsch y turistas de nivel medio, atraídos por una experiencia diferente. Brendan recuperó su inversión y empezó un negocio de surf, lo que me lo quitó de encima, pero siguieron llegando más hermanos. Fue mi culpa, por haberle enviado fotos del pub. Estaba muy orgulloso del éxito que estaba teniendo. ¿Cómo podrían resistir la tentación? Estaba bromeando a medias. Adoraba a mis hermanos y me alegraba de que estuvieran conmigo. No lo preferiría de otra manera. Pero también creía que estaban tan acostumbrados a seguir mis pasos que, para ellos, después de finalizar el ejército, todos los caminos conducían a St. Martin. El éxito de O'Shea’s Irish Pub era solo un incentivo adicional.

El bar me ha mantenido ocupado día y noche, lo cual no era un problema para mí. No dormía una mierda de todos modos, gracias a las malditas pesadillas que traía conmigo como recuerdo de mis días de SEAL[1]. Era bueno tener algo en lo que centrarse, como la rutina de hacer inventario, para reiniciar el cerebro cuando me levantaba sudando a causa del miedo, a las cuatro de la mañana. En días como ese solo estaba en condiciones para estar en el almacén, porque estaba de muy mal humor.

Cuando Tommy, mi hermano menor, llegó a las diez y media, ya había acabado con el pedido de la semana y con los preparativos para los anuncios de la próxima avalancha de veraneantes. Me dio una palmada en la espalda, tan alegre como siempre. Era el mayor representante de la vida en la isla: bronceado, relajado y despreocupado. Si no lo conociera bien, diría que era demasiado relajado para haber sido un marino decente. Pero él era un O'Shea en esencia y había visto tanta acción como el resto de nosotros. Aun así, su camisa con estampado tropical y sus pantalones cortos caqui, su bronceado oscuro y su maldito collar de cáñamo y conchas lo hacían parecer un anuncio de unas gafas de sol de diseñador de mierda.

“Hola, hermanito. ¿Cuánto hace que estás aquí?”, preguntó.

“Desde las cinco”, gruñí.

“Hubiera venido antes, pero tenía que despedirme. Estaba muy cariñosa”.

“¿Tu última novia se va?”.

“Sus vacaciones y nuestra historia de amor han llegado a su fin”, bromeó. “Tengo su número en caso de que yo decida dejar el paraíso por alguna pocilga de mierda en Alabama, de donde es ella”.

“Lo dudo”, resoplé.

“Puede ser, pero siempre es agradable cuando no quieren despedirse. Es como recibir una buena crítica”.

“¿Llevas una hoja de cálculo de todas las turistas que has cazado?”, dije.

“Una hoja de cálculo sería algo muy frío. Tengo otras formas de llevar las cuentas”.

“Si tienes un cajón lleno de bragas o alguna mierda de esas de asesino en serie, no quiero saberlo”, dije. Él rio.

“Hace un día precioso, Connor. Tómate un descanso. Te prepararé una bebida y nos sentaremos fuera. Después de todo, soy el coctelero estrella del estelar clan O'Shea”.

“De acuerdo”, dije, y dejé mi tableta.

Detrás de la barra, teníamos un patio con una pérgola para dar sombra y sillas plegables. Era una estructura algo tosca, para cuando necesitábamos un descanso. Yo era el que menos lo usaba, pero entendí su función. En apenas unos segundos me encontré con un vaso de tubo en la mano. Le di un gran sorbo.

“Este zumo es una mierda”, dije.

“Lleva mango, piña, tomate y naranja con Tabasco. Es bueno para la resaca”.

“No tengo resaca”, gruñí.

“No, pero la vitamina C puede ayudarte a cambiar la actitud. Siéntate al sol y relájate por una vez”.

Le devolví el vaso, “Esto sabe fatal. Ni se te ocurra venderlo”.

“¿Estás de broma? ¿Sabes cuántas botellas de esto vendo a los universitarios que necesitan la cura?”.

“No tenemos el código para el embotellado, Tommy”, dije.

“Lo hago a escondidas. Estrictamente, en efectivo”.

“Quiero una bebida de verdad”.

“Está bien”, dijo, cediendo.

Volvió con una botella de vidrio de Coca-Cola. Le quité la chapa y tomé un largo trago. Durante el servicio, era casi imposible beber una Coca-Cola, así que, la tratábamos con cuidado, como un vodka de emergencia en la nevera. Tommy fue lo suficientemente listo como para saber a qué me refería cuando le dije que quería una bebida de verdad. No iba por la vida bebiendo alcohol antes del mediodía, aunque todos lo hicieran. Y un trago de cafeína y jarabe de maíz, me dio la sacudida que necesitaba para continuar.

“Entonces, ¿cuál es el plan para la semana que viene, cuando las masas y las hordas caigan sobre nosotros?”, preguntó. “Además de aumentar mi encanto a once. Las propinas fluirán como oleadas de dinero en efectivo”.

“Seguro. He pedido más ron y comprado más fruta para decorar las bebidas. Sabes que a las chicas les encanta la maldita fruta”.

“Añádele un trozo de lima o algunas bayas, y pagarán tres dólares más con tal de publicar una foto bonita. En serio, cincuenta céntimos de bayas bien gorditas. Me estoy excitando solo de pensarlo”.

“Deja de hablar de bayas gorditas. Han pasado semanas desde que vi un par”, murmuré.

“Te das cuenta de que hay turistas aquí todas las noches a las que les encantaría montarse a un O'Shea, incluso al gruñón. No puedo hacerme cargo de todas yo solo, a pesar de mi energía”, se rio. “No hay ningún motivo para que seas un monje”.

“No soy un monje”.

“Si han pasado semanas y no eres un monje, explícalo”.

“No quiero tener una relación”.

“¿Quién ha hablado de tener una relación? Las turistas vienen por un corto periodo de tiempo. Les encanta tener una aventura ardiente en una isla tropical para contarle a sus amigas. Diversión para ti, diversión para ellas, sin daños”.

“Quizá sea así de simple para ti. Pero no estoy en condiciones de pasar la noche fuera”.

“¿Todavía te dan guerra las pesadillas?”, dijo, levantando una ceja y suavizando su voz del modo que tanto odiaba.

“De vez en cuando”, dije, para zanjar el asunto.

“¿Has pedido Guinness extra? Sabes que les encanta posar con una pinta delante de ese letrero”. Afortunadamente, Tommy sabía que no hacía falta que me lo recordara.

“Tenemos suficiente. No me gusta acumular en exceso. Es un pozo de dinero”.

“Pero con la demanda en aumento, ahora que las clases han acabado, es posible que tengamos que hacerlo”, dijo, y añadió: “no querrás decepcionar a los universitarios”.

“Tengo cuarenta tacos. ¿Qué haría yo con una universitaria?”, pregunté.

“¿Quieres que te haga un mapa?”, resopló.

Puse los ojos en blanco. “Si voy a tomarme la molestia, quiero una mujer de verdad, no una estudiante con un palo de selfie”.

“No te metas con las universitarias, amigo mío. Conocí a una o dos que eran muy flexibles”.

“Paso”.

“La próxima vez que vea a una clienta con ganas de pasarte la lengua por los tatuajes, te lo haré saber. Ya que eres ciego a toda señal social”.

“No soy ciego. Soy un hombre de negocios. Tengo cosas más importantes en las que pensar”.

“Te ayudaría a aliviar ese estrés”, dijo.

“¿Cómo? ¿Y saltarme mi puta clase de yoga?”, pregunté, estallando en una carcajada.

“Tú y el yoga. Llegará el día que pongas esa mierda en YouTube”, dijo, dándome una palmada en la espalda. “Anímate, al menos tienes un negocio exitoso y un hermano extremadamente guapo. Así que lo tienes todo a tu favor”.

Negué, con la cabeza, con una sonrisa compungida. Tommy era único.

---

1 SEAL son los equipos de Mar, Aire y tierra de la Marina de los Estados Unidos (la palabra Seal se forma con esas iniciales: Navy Sea, Air and Land) y son conocidos habitualmente como Navy SEALs. Son la más puntera de las fuerzas de operaciones especiales de la marina de guerra de los EE.UU. [NdT]

CAPÍTULO 2

BRANDI



“Qué bonito es este sitio. Es más que bonito”, dije, mirando a mi alrededor.

“¿Has visto? ¿No te alegras de haber venido?”.

“Sí que me alegro. Tenías razón, ¿de acuerdo?”, me reí.

Nos registramos, bebemos un vaso de agua con gas y menta en la recepción, y nos deslizamos hasta nuestra planta en el reluciente ascensor. La habitación es espaciosa, decorada en blanco y azul y tiene un balcón con vistas al mar. Salí y respiré el aire salado del océano.

“¡Dios, esto es precioso!”, dijo Jessica.

“Nunca había visto un agua tan azul”.

“Estoy hablando de ese chico que está corriendo. Mira ese culo”, dijo, señalándole.

“¡Eres de lo que no hay!”, dije. “¿No llevas aquí ni cinco segundos y ya te estás fijando en los culos de los chicos que hacen deporte?”.

“Tenemos dos semanas, pero no hay razón para esperar a apreciar la bonita vista”, se rio.

“¡Mira el agua y las palmeras!”, le dije. “Aunque no tengan pene puedes disfrutar de ellas”.

“Brandi, déjame divertirme un poco. O mucho. Para eso hemos venido. Seis largos años de trabajo, y esta es tu recompensa”.

“Siete, en verdad”.

“¿Siete? Mierda, ¿ha pasado tanto tiempo? Bueno, parece que fue ayer cuando éramos compañeras de habitación en ese dormitorio. Ese lugar era una cueva”.

“Una ratonera total”, estuve de acuerdo. “Lo opuesto a este lugar. Me alegro de que hayamos venido. Nunca lo habría hecho si no me hubieras insistido”.

“Prácticamente, tuve que secuestrarte. Nunca entenderé cómo mi mejor amiga es tan alérgica a gastar dinero en sí misma”.

“He tenido que ser ahorradora”.

“Eres la única persona menor de setenta que usa la palabra ahorradora”, señaló Jessica.

“Venga, hemos tenido infancias distintas”, dije. “Vamos a nadar”.

“¿Y con eso me perdonarás haber ido a Disney cuando era una niña”.

“No fue mi intención hacerte sentir mal por eso. Solamente, porque haya crecido con una madre soltera y tuviera que almorzar gratis en la escuela…”.

“Mientras que yo pude comer Lunchables[1] y tuve dos padres, y mi madre no murió cuando yo tenía dieciséis años”, dijo. “Lo siento, no quise bromear sobre lo de tu madre”.

“Lo sé. Eras mi hermana incluso antes de que tus padres me acogieran. Y no quiero que te sientas culpable por haber recibido una educación diferente”.

“Te quiero. Y tienes razón. Deberíamos ir a nadar y ser felices. Estamos aquí. En la hermosa

St. Martin, rodeada de preciosas playas y gente bonita.

"¿Eres de la junta de turismo?".

"No, pero fui yo quien consiguió la oferta de esta habitación. Así que vivámosla. ¡Es hora de ponerse el bikini!".

Ambas rebuscamos en nuestras bolsas y encontramos los bañadores de color naranja a juego que habíamos comprado en un contenedor de ofertas de un centro comercial, hacía ya meses, cuando empezamos a planificar el viaje. Estaba buscando las gafas de sol cuando escuché el estallido de un corcho. Jessica me pasó una copa del champán de cortesía.

"Propongo un brindis por nosotras. Por ti, por asistir a la universidad y la escuela de posgrado, para poder cambiar la vida de los niños de las escuelas públicas del centro de la ciudad. Y por mí, por convencerte a ti de celebrarlo. ¡Y también por todos los chicos con los que voy a besarme mientras esté aquí!".

"¡Salud!", me reí. Nos bebimos las dos copas enteras, y la burbujeante y dorada sensación me inundó. Me encontraba feliz, con mi mejor amiga en una hermosa isla, con algo que celebrar.

No iba a permitirme pensar en Nick, o en el hecho de que habían pasado dos años desde que lo perdí. Qué sola había estado, y qué sola me sentía pensando en cómo Jessica andaba despreocupada por la vida besándose con chicos guapos. Claro, no tenía que cargar con el lastre de su pasado a cada paso. No iba a deprimirme o a estar celosa de ella. No tenía excusa para no pasarlo en grande en este viaje.

"Sé, que es difícil para ti", dijo Jessica como si leyera mi mente. Después, pasándome el brazo alrededor de mi cuello, continuó: "lo has pasado mal y no te resulta fácil soltar y relajarte. Date permiso, solo por esta vez. Puedes seguir siendo inteligente y aún así pegarte una buena fiesta. Te lo prometo. Vamos a divertirnos juntas". Me abrazó, y le devolví el abrazo con todas mis fuerzas.

"No sé qué haría sin ti", dije.

"Nunca tendrás que preocuparte por eso. Los chicos sexis van y vienen, ¡has visto cómo he usado las palabras!", se rio y continuó: "Estoy contigo hasta la muerte. Ya lo sabes".

"Conmigo hasta la muerte", me reí mientras nos servíamos otra copa y brindábamos por nuestras dos semanas de desenfreno.

"Es la hora, niña. Sacúdete las telarañas y sal ahí fuera. Prométeme que en las próximas doce horas besarás a un chico".

"Uh, no".

"Está bien, te redimo. Te daré cuarenta y ocho horas. Si me fallas, organizaré una intervención para el juego de la botella en el bar del hotel".

"No quiero que un hombre de negocios al azar sea mi primer beso desde…", me detuve.

"Entonces es hora de elegir tu propia aventura. No tiene que ser gran cosa. ¡Solo, diviértete!".

"¡Lo haré, lo haré!", me reí.

---

1 Los Lunchables son una especie de snack para niños, popular en Estados Unidos. [NdT]

CAPÍTULO 3

CONNOR



Hacía apenas cinco minutos, estaba despotricando con mi hermano porque la cola de gente salía por la puerta. Teníamos más clientes que espacio disponible. Incluso, llamé a Mickey para que viniera a instalar un par de mesas al aire libre en la parte de delante y trajimos dos camareras más para manejar el exceso de clientela.

Y, luego, entró la rubia. Iba con una amiga, una chica ruidosa que la seguía gesticulando y riéndose. Pero apenas me fijé. Era la pequeña rubia con curvas la que era preciosa y distinta. Tuve que contenerme para no saltar por encima de la barra, cogerla por la cintura y besar sus impresionantes labios rosados hasta hacerla gemir. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me llamara así la atención. El simple hecho de verla, era parecido al momento en que la mira se enfoca en el objetivo. Todo era nítido y claro como el agua. Sentí un vuelco en el estómago, y más abajo también lo noté. Mi día cambió de repente.

"Entonces, si tienen que esperar más de quince minutos, ¿les damos aperitivos gratis, o qué?", la voz de Tommy se abrió paso.

"¿Qué?".

"Tierra llamando a Connor", dijo riendo, y continuó, "han entrado algunas chicas y ya estás pensando con la polla. Tenemos negocios que atender. ¡Joder, me estoy pareciendo a ti!".

"Aperitivos, sí. Uno por grupo, no por persona. No quiero ser tan generoso. Podemos tener contenta a la multitud y aun así mantener nuestro margen de beneficios. Ve a servir algunas bebidas y concéntrate en cumplir con los pedidos, no solo en mirar a las chicas", dije.

"Sí, claro, soy el único que está mirando. Por supuesto", dijo con ironía.

Serví algunas pintas e incluso posé para una selfie con algunos chicos que querían una foto. Seguí deslizando la mirada hacia la pequeña mesa donde la rubia y su amiga se habían instalado. A la tercera vez, ella captó mi mirada y me dedicó una sonrisa tímida. Nada de las tonterías que solían soltarme las mujeres, como si estuvieran maduras para la cosecha. Esto era timidez genuina, un ligero rubor en sus bonitas mejillas mientras miraba hacia otro lado. Me puse duro como una roca al instante.

Atendí a los clientes mientras Tommy se mezclaba entre la multitud, mostrando su encanto irlandés. Era muy simpático y carismático con todos. Sentí una punzada de envidia. Él también había visto cosas horribles en la Marina, pero aun así seguía siendo abierto y amistoso. Ojalá yo pudiera tener su actitud, al menos de vez en cuando. Dejar de comerme tanto la cabeza, ser menos brusco y reservado. Lo observé con los turistas, ofreciéndose a tomarles fotos y recomendándoles bebidas. Hizo un movimiento tonto con la coctelera, arrojándola y luego girandola y atrapándola. La multitud aplaudió y vitoreó. Era el alma de la fiesta.

Le pregunté a Mickey cómo iba la cola de fuera y salí con una bandeja de bebidas de cortesía de Irish Islands, una creación de Tommy que siempre era un éxito. Saludé a la gente y ofrecí los diminutos vasos transparentes llenos de bebida de ron verde. Una camarera vino detrás de mí pasando brochetas de frutas, unas pequeñas espadas de plástico con una rodaja de mango y una baya en cada una. La gente se entusiasmó con lo refrescantes y dulces que eran, y pidieron una jarra de Irish Islands una vez que consiguieron mesa. Posé con un par de grupos frente al letrero y volví.

Limpiando la barra y ajustando las cuentas, me detuve en medio de un recibo para mirar a la rubia. Estaba tomando una copa y hablando con su amiga. Estaban compartiendo algo para picar. La vi envolver sus labios alrededor de la pajita negra, beber el líquido y el movimiento en su garganta al tragar. Toda la sangre de mi cuerpo bajó hacia el hemisferio sur.

Tommy se rio. Ni siquiera sabía que estaba parado allí.

“¿Necesitas ayuda para llevarte una en ese problema de matemáticas, hermanito?”, dijo, riéndose entre dientes. “Ya termino yo. Ve a por ella. Nunca he visto a mi hermano mayor quedarse tan petrificado por una chica”.

“Vete a la mierda y vuelve al trabajo”, murmuré.

CAPÍTULO 4

BRANDI



Las bebidas estaban ricas y la multitud entretenida, pero lo más notable eran los camareros, que estaban tan calientes como el mismísimo infierno.

"Tienen que ser hermanos", le dije a Jessica.

"Se parecen un poco, pero el grande tiene un aspecto más tosco".

"Sí", dije, ignorando la forma en la que su mirada me cautivó. Era grande, corpulento. Inquietante. Me hizo vibrar y calentarme por todas partes. Cuando me miró, creí que me hundiría en la silla por la vergüenza de haber estado mirándolo. Pero me las apañé para sonreírle antes de apartar la mirada.

"Me gusta el que es divertido y ligón. Y tú, déjame adivinar, quieres al duro que parece tallado en granito", dijo Jessica.

"No quiero ninguno de los dos", mentí.

"Seguro. Estás mirando hacia la barra porque, en verdad, admiras los taburetes".

"Son unos buenos taburetes", me reí.

"Este es un lugar muy divertido. ¿No te alegra que lo haya encontrado en Insta?".

"Sí. Déjame tomarte una foto", le ofrecí.

"Haremos una selfie", dijo.

Fuimos y esperamos en la cola del icónico rincón irlandés. Una vez llegó nuestro turno, juntamos nuestras mejillas y sonreímos frente al cartel de Guinness mientras Jessica tomaba la foto. La comprobamos rápidamente mientras la gente esperaba.

"Uff, estoy mirando hacia los lados. Hagamos otra. Tómala tú", dijo ella.

"No puedo hacer selfies. No he practicado y acabaría cortándome la cabeza o algo así".

"¡Venga ya, deberías estar avergonzada! ¡Veinticinco años y no puedes hacer una selfie decente!", bromeó.

Alguien de la fila nos tomó la foto. Por un instante, me sorprendí esperando a que el camarero se acercara y se ofreciera a tomarnos una foto o, tal vez, a apartarme el cabello de la cara. Incluso, que se ofreciera a deslizar su pulgar a lo largo de la línea de mi mandíbula y, tal vez, a meter su lengua en mi boca hasta que suplicara por más.

Seguro que era el champán que me bebí con el estómago vacío. Yo no era una de esas chicas fiesteras y cachondas. Era una mujer con una carrera y un máster. No admiraba a los camareros ni deseaba que pusieran sus manos grandes y ásperas sobre mí. Pero él se encontraba tras la caja registradora. Pude ver unas líneas azul oscuro serpenteando por el lado del cuello, asomando por la camisa. Tenía tatuajes. Nunca antes había salido con alguien así. Lo hacía parecer más peligroso, más prohibido. Inmediatamente, quise inspeccionar todo su cuerpo en busca de tinta y

asegurarme de que no me perdía nada.

De vuelta en la mesa, comí un poco más de nuestro aperitivo. Claramente, necesitaba más comida en el estómago si quería pensar con claridad. Podría divertirme mucho, durante las vacaciones, sin emborracharme y fantasear con el personal del bar. Jessica se estaba divirtiendo y me encantaba verla feliz. Se merecía el viaje tanto como yo. Se había esforzado mucho para obtener su título en finanzas y, a pesar de su bulliciosa diversión, era la persona más leal que conocía. Decidí en ese mismo momento que me divertiría tanto como fuera posible, aunque solo fuera para hacerla feliz.

El camarero más joven, el ligón, se acercó y nos preguntó si queríamos bailar. Tocó su teléfono y puso algo de música irlandesa, un tanto ridícula y se ofreció a enseñarnos un baile. Jessica saltó de golpe y aceptó. Me quedé atrás, feliz de poder aplaudir y observar. Era demasiado tímida como para intentar un baile irlandés frente a una multitud.

Más clientes se pusieron de pie, en su mayoría chicas, e hicieron una fila, y el camarero más joven dijo: “Está bien, amigos, seguid al viejo Tommy”, y empezó a bailar. Sus pies se movieron más rápido de lo que podía imaginar, dando pisotones y patadas, y se dio la vuelta. Los otros bailarines dieron pisotones y giraron valientemente, tratando de seguir su ejemplo. Me reí de lo difícil que era imitar lo que había hecho, tan rápido y tan bien.

Al mismo tiempo, dirigí la mirada hacia su hermano, el hombre corpulento y melancólico de cabello oscuro que había captado toda mi atención. Él me estaba mirando. Miraba directamente hacia mí, con sus penetrantes ojos azules clavados en los míos, desde el otro lado de la sala. Incluso a esa distancia pude ver lo azules que eran sus ojos. Sentía su intensa mirada, cálida e intensa, mientras se deslizaba por mi cuello y pecho, antes de volver a mis ojos. Un rubor me calentó la piel, siguiendo el rastro de sus ojos sobre mi cuerpo. Me puse de pie y me dirigí hacia la barra. Iba a pedirle que me recomendara una bebida. O algo. No tenía ningún plan y tampoco era algo que solía hacer. Acercarme a un hombre, a un extraño… era la última persona que haría algo así. Pero su mirada me atrajo como la luz a una polilla.

Podía imaginarme un anzuelo en mi pecho y un hilo tirando de mí, hacia él. Apenas fui consciente de los pasos que daba. Un bailarín me empujó y retrocedí un paso atrás, tambaleándome. Aparté la mirada para pedir disculpas y me di cuenta de lo que estaba haciendo. ¡Estaba a punto de acercarme al atractivo extraño! Me di la vuelta y volví a la mesa. Mi bebida estaba vacía, así que tomé un sorbo de la de Jessica, algo agrio, nada dulce y afrutado como lo que yo me había pedido. Me aclaré la garganta, cogí el teléfono y le tomé una foto a Jessica tratando de hacer el famoso baile irlandés. Más tarde le encantará verla.

Cuando el baile se detuvo, Jessica volvió sin aliento y sudorosa, para encontrar su bebida vacía.

“Ve a decirle al camarero que necesitamos que nos los llene”, suplicó. Pero negué con la cabeza.

“Nuestra camarera volverá en cualquier momento. Quiero pedir algo de comida de todos modos”, dije, “el pescado y las patatas fritas tienen buena pinta”.

“Tienes razón. Hagámoslo”, dijo Jessica. Me rodeó con un brazo y me abrazó. Sabía lo que quería decir: quería que me divirtiera, pero no iba a presionarme para invitar a salir al chico.

“Está bien, no sé qué lleva esto, pero está de muerte. Pruébalo”, dijo, ofreciéndome un bocado de su elección más aventurera, una cosa en capas que llevaba repollo y cebolla, y tal vez salchicha.

“No soy muy fan del repollo”, dije, masticando mi pescado felizmente.

“En serio”, dijo, “arriésgate”.

“Está bien,” dije.

Tomé un bocado. Estaba delicioso, salado y picante, con tocino y cebolla; la combinación era deliciosa. Cogí el tenedor, le di otro gran mordisco y me lo comí.

“Ves, te lo dije”, se regodeó.

Comí un poco más, alternandolo con el pescado con patatas. Roció vinagre sobre mis patatas fritas y se comió algunas.

“Volveremos aquí”, dijo. “No solo porque el sitio sea guay. La comida también es genial”.

“Me gusta el Irish Island”, dije.

“Parece que sí, ya llevas tres”, se rio, “ahora tienes valor líquido por las venas. Ve a saludar al increíble Hulk del bar”.

“¡No!”.

“Bran”, dijo suavemente, bajando la voz, “han pasado dos años. Nick querría que fueras feliz. Has llorado más que una viuda victoriana, por el amor de Dios. Es hora de seguir adelante. No estoy diciendo que te acuestes con el chico, ¿vale?. Bueno, sí que lo estoy diciendo, pero al menos di hola, preséntate, coquetea un poco”.

“No sé cómo ligar y tampoco hacer selfies. Soy rara”, dije.

“Sí, te he visto en una habitación llena de niños, y no de los preciosos, sino de los del instituto. Grabé tu clase para ese proyecto en la escuela. Eres dulce y divertida, y los tenías comiendo de tu mano”.

“Tenía Twizzlers[1]. Estaban motivados”, me encogí.

“Está bien, está bien. Pero cuando volvamos la próxima vez, será mejor que te armes de valor y le digas hola”.

“¿O qué? ¿Vas a ir a decirle que soy tu inocente prima recién salida de la granja y le darás veinte dólares para que me desvirgue en el baño de mujeres?”, bromeé.

“No. Pero eso haría un libro increíble. Deberías escribirlo”.

“Sí, suena como algo que yo haría”, dije sarcásticamente.

“Oh, vamos, ingenua lechera, el fornido camarero tiene erotismo escrito por todas partes”.

“¿Lechera?”.

“Con un gorrito. Sí, voy a ponerme a imaginar toda la escena, tú irás disfrazada”.

“¿Y con el pelo en un par de trenzas?”.

“Por supuesto”, se rio.

Seguimos bromeando sobre la imaginaria historia erótica. Pero la verdad era que dejar el pasado atrás me parecía posible. Por primera vez en mucho tiempo tuve ese presentimiento, y un sentimiento de esperanza se apoderó de mí, cuando miré a los ojos al tatuado y fornido camarero.

---

1 Los Twizzlers son una chuchería alargada, muy famosa en Estados Unidos y comercializada en distintos sabores, aunque el más popular es el de fresa. [NdT]

CAPÍTULO 5

CONNOR



Cada pocos minutos, la miraba de reojo. Tommy pensó que estaba muy gracioso cuando me pilló mirándola, pero gracias a Dios se fue a hacer bailar a la multitud. De esa manera podía echarle un vistazo de vez en cuando, sin tener su risa burlona sobre el hombro. Ella no bailó. Igual hasta preferiría que lo hiciera para verla soltarse como su amiga. Pero parecía tímida, más reservada.

Estuve a punto de acercarme a la mesa para presentarme como el dueño del local, preguntarles si les había gustado el pub o si necesitaban algo. Sin embargo, nunca había hecho ese tipo de cosas. Era cosa de Tommy ser amable, coquetear y hablar con todo el mundo. Lo habría hecho como excusa para acercarme a ella. Para ver su rostro. Escuchar su voz y aprender su nombre. Por alguna razón, estaba seguro de que su voz me desataría, como si de un nudo se tratase.

Esta rubia me llamó la atención de entre toda una multitud de turistas en el pub y me tenía cautivado. Durante el baile no podía dejar de mirarla y por la forma en la que nos miramos y la energía que intercambiamos desde el otro lado de la sala, se me puso dura como una roca. Era como si volviera a tener dieciséis años, cuando el simple hecho de ver a una chica guapa en la piscina pública me hacía tender una carpa en mis pantalones cortos. Ella no era una chica sexy en bikini. De hecho, parecía ser una chica común. Bonita y con curvas, pero cuando bebía un sorbo de su pajita, se volvía extremadamente sexy e irresistible.

Podríamos pasar el rato y divertirnos mucho durante unos días o, incluso, una semana. Podría enseñarle las vistas, llevarla a la parte menos turística de la isla que disfrutan los lugareños, besarla mientras nos tumbamos descalzos en la arena bajo la luz de la luna… Regalarle unos días que pudiera recordar, junto a una buena dosis de sexo ardiente en las largas y calurosas noches. Pero, de alguna manera, no pude obligarme a hacerlo. No podía acercarme a ella teniendo eso en mente.

Porque cuando me miró, cuando se puso de pie y supe que venía hacia mí entre toda la multitud, pude ver mejor sus ojos. Eran preciosos, tal y como pensé a primera vista, pero tenía una mirada herida como escondiendo una profunda tristeza. Reconocí el sentimiento. En cierto modo, nuestro parecido hizo más profundo mi deseo por ella. El peso de su tristeza me hizo detenerme. Ni siquiera podía considerar una aventura con esta mujer. Ya había visto y sufrido demasiado. Correr el riesgo de hacerle daño, aunque solo fuera un poco, no valía el alivio que me daría llevarla a la cama.

Y sería un gran alivio. Había llegado a mi límite en el celibato. Habían pasado ya un par de meses. Ligar con turistas guapas no era mi pasatiempo, pero de vez en cuando tenía que quitarme

las ganas. Siempre era directo, sin ataduras y con protección. Aun así, por lo general, me dejaba sintiéndome vacío por dentro y sin estar del todo satisfecho. Pero ninguna de las mujeres atractivas con las que lo había hecho sin ataduras, me había atraído al mismo nivel que esta rubia. Anhelaba no solamente su cuerpo, sino también su nombre y su voz, la historia detrás de lo que fuera que causara ese dolor en su bonita y joven cara, incluso cuando sonreía. Reconocía a una alma herida hermana. Decidí dejarlo pasar.

Bien. Sería noble para variar. No era como si no pudiera separar las cosas. Simplemente, dejaría a un lado mi oleada de lujuria y nunca volvería a pensar en ella. Otro rostro en una multitud en constante cambio y nada más. Me quedé trabajando hasta mucho después de que ella y su amiga se fueran. Incluso envié a Tommy a casa y me quedé cerrando solo. Conté los recibos, puse el dinero de la noche en la caja fuerte, listo para llevarlo al banco por la mañana y lo limpié todo metódicamente. Como buen marine, me fijaba en el más mínimo detalle. No quedó ninguna mancha en forma de anillo en ninguna superficie cuando acabé. Limpié los fregaderos, el lavavajillas estaba en modo desinfección y todo estaba en orden para el día siguiente. Apagué las luces, puse el sistema de alarma y conduje hasta casa.

Mi casa era una de las cabañas que formaban el antiguo resort, que mis hermanos y yo habíamos comprado, en las afueras de la zona turística más popular. Probablemente tuviera su apogeo en los años ochenta. Todas las estructuras de madera, pintadas de marrón, se establecieron alrededor de un patio central con una piscina. Lo conseguimos a un buen precio y arreglamos las cabañas para nosotros. Las otras las usábamos para almacenamiento o estaban vacías. Eventualmente, las arreglaríamos y empezaríamos a alquilar cabañas a los turistas. Pero por ahora, todos estábamos tan ocupados con nuestros negocios que este proyecto quedó relegado a un segundo plano, por el momento.

Mi cabaña era la más cercana a la carretera. Me gustaba ver quién iba y venía. No me iban a pillar por sorpresa. Aparqué en mi plaza y abrí la puerta. La cabaña tenía todo lo que necesitaba: privacidad, paz y tranquilidad. Una cocina eficiente, un baño con una ducha decente, espacio para mi sillón reclinable, un televisor de pantalla plana y una cama. No era el Ritz, pero superaba con creces los barracones en los que había vivido la mayor parte de mi vida adulta. Si todavía tenía mi baúl al pie de la cama, era solo por costumbre. Mi ropa estaba en el armario. El baúl estaba lleno de basura de la Marina, recuerdos que no había sacado en dos años. Uno de estos días puede que lo arroje al océano y que me arresten por tirar basura.

Ser noble era una verdadera putada. El hecho de que mi mejor versión supiera dejar en paz a la rubia, no significaba que mi pene hubiera recibido el memorándum. Todavía estaba duro como una piedra por ella. Cuando caminó hacia mí, sentí la atracción entre nosotros como la luna acercando el océano con cada ola.

Me di una larga y helada ducha, tratando de domar mi furiosa erección. Fue muy persistente. Cuando cerré los ojos con fuerza, y dejé que el agua helada golpeara mi piel, lo único que vi fue el movimiento del cabello sobre sus hombros y que estaba riéndose de algo que había dicho su amiga, una risa que no pude escuchar por el ruido de la multitud. Quería oírla reír. Quería oírla gritar mi nombre y pedirme más mientras la follaba sin descanso. Quería escucharla jadear “por favor” al final de un gemido, con su voz aumentando con urgencia. Me froté la cara con las manos, metí la cabeza en el chorro de agua fría y grité de lo jodidamente fría que estaba. Aun así, mi erección no bajó.

Renunciando a los efectos del agua helada, me fui a la cama. Me estiré, crucé los brazos detrás de la cabeza y cerré los ojos. Había dormido en barcos en los que el noventa por ciento de los hombres vomitaban hasta las tripas. Había dormido en el suelo del desierto. No tenía sentido

que no pudiera dormir ahora por tener a esa mujer del pub en la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, ella estaba ahí. Su figura, la forma de su rostro y la curva de sus labios rosados. Solo la había visto de lejos, pero mi imaginación coloreaba detalles muy precisos.

Dejé eso a un lado y empecé a recitar mis tiempos para el PST[1], desde Hell Week hasta mis exámenes de oficial. Nado 500m-Hell Week 8:51, recortando segundos en cada una de las pruebas siguientes, hasta que mi mejor tiempo personal fue 8:24. Esto por lo general me aburría hasta la somnolencia, pero mi cuerpo estaba en alerta máxima. No importaba cuántos abdominales hubiera hecho o cuántas flexiones con el equipo completo de SCUBA[2]. No había absolutamente ningún lugar para la distracción.

El lado positivo fue que mientras mi cuerpo estuviera repleto de testosterona, no tendría pesadillas sobre la extracción fallida que había causado la muerte a dos miembros de mi equipo. La frustración sexual era tan simple, tan humana y tan fácil, en comparación con lo que había pasado y los demonios que se aferraban a mi espalda. Me cabreaba tener que ceder a un impulso físico, pero me recordé a mi mismo que había cosas peores.

Me entregué a la irresistible lujuria de imaginarla en los escenarios más sucios.

Vuelve al bar después de cerrar, llamando a la puerta.

"Creo que me he olvidado mi bolso", dice ella. La dejo entrar, sabiendo muy bien que no llevaba bolso. Sabiendo para qué ha venido.

Observo el movimiento de sus caderas, bajo sus pantalones blancos cortos, mientras camina de vuelta a la mesa de la esquina con sus largas, bronceadas y bien formadas piernas. Mira atentamente hacia atrás y niega con la cabeza. Mirándome por encima del hombro, dice: "No está ahí".

"Tal vez sea porque no llevabas ningún bolso. Y no has venido por eso. ¿Por qué no me dices lo que realmente estás buscando?", digo.

"Esperaba que estuvieras aquí", admite.

"¿Quieres que te ponga una copa?", pregunto.

"¿Por qué no me enseñas a preparar una bebida?" dice, coquetamente.

La llevo detrás de la barra. Parece pequeña a mi lado. Estoy acostumbrado a compartir espacio allí atrás con uno o dos de mis hermanos y todos medimos casi dos metros. Esto es distinto. Ella es más pequeña, más tierna, con su cabello dorado brillando bajo la luz. Pongo la mano en la parte baja de su espalda. "Déjame alcanzar eso", digo.

Ella no se aleja ante mi toque. Mira hacia arriba, muy arriba, para encontrarse con mis ojos. Su mirada, vívida y azul, solo quiere una cosa. Siento la descarga directa en el pene.

"Toma", digo, colocando una tabla de cortar, una lima y un cuchillo delante de ella, "corta esto".

"Tengo miedo de usar el cuchillo. Estoy temblando", susurra. Extiende su pequeña mano para que yo la vea. Tiene las uñas pintadas de rosa y le tiembla la mano.

"¿Estás asustada por algo?".

Niega con la cabeza. "No, no tengo miedo".

"¿Estás nerviosa?".

"Excitada", dice, y me mira a los ojos. Es justo el tipo de descaro que me gusta.

"¿Siempre has querido ser camarera?", le tomo el pelo. Niega con la cabeza, sonriéndome.

Esta mujer sabe lo que quiere, pero está esperando a que yo dé el primer paso, y estoy obligado a vacilar un rato. Así que, corto la lima y hago que ella triture la menta y la albahaca en un mortero. Luego, lo licuamos con mango fresco, melocotón, piña, un poco de zumo de lima y mucho ron. Un chorrito de granadina. Me tomo mi tiempo midiendo y mezclando el hielo, poco

a poco. Atormentándola de esta manera, viendo el rubor subir por su pecho mientras se acerca para ver mejor qué estoy haciendo. Lo decoramos con lima y dos frambuesas regordetas en una pequeña espada. Mientras selecciono y corto las frambuesas, no puedo evitar mirar sus pezones maduros y dulces, como estas bayas.

Prueba un sorbo de la bebida, sonríe con picardía y levanta una ceja como si dijera: "¿Qué más tienes?". Alcanzo su camiseta amarilla sin tirantes, la acerco hacia mí de un tirón y la beso. Con la lengua trazo largos y profundos movimientos en su suave y dispuesta boca, mientras sostiene sus pequeñas manos en la parte posterior de mi cuello. Me inclino tanto para besarla que caigo de rodillas, rasgando la parte delantera de su blusa con mis manos. Da un grito, no de miedo, sino de conmoción, de los buenos. No lleva sujetador y noto sus pechos tersos, ardientes e hinchados bajo mis manos. Tomo un bonito pezón rosado en mi boca y lo lamo hasta que se vuelve duro y erguido. Me meto el otro en la boca y lo acaricio con los dientes para que se tense. Ya está jadeando, sus manos me acarician el cabello y empuja sus caderas hacia mí. Juego con sus pezones un rato más porque me encanta acariciarla. Pero el bulto palpitante en mi ingle no cesa. Acaricio sus partes íntimas a través de sus pantalones cortos y siento el calor allí esperándome. Sus pantalones son lo suficientemente cortos como para deslizar mis dedos por la abertura de la pierna y acariciar la curva de su trasero.

Los desabrocho, bajo la cremallera y se los quito, teniendo que tirar un poco hacia abajo en la zona de las caderas, donde están más ajustados. Al caer al suelo, ella se deshace de los pantalones revelando un tanga rosa. Lamo la parte delantera de encaje de sus bragas, saboreando su coño hinchado y salado, con ganas de más. Paso un dedo por el diminuto trozo de encaje que cubre su entrepierna y se la quito. Ella posa una pierna bronceada sobre mi hombro, abriéndose para mí, dándome una vista completa de su sexo desnudo. Con un dedo, trazo todo el camino a través de sus pliegues y acaricio a lo largo de su hendidura. Está empapada, el olor de su excitación es una mezcla de agua salada y melocotón jugoso. Quiero sus jugos corriendo por mi cara. Entierro la boca entre sus piernas. No es algo que suela hacer con una desconocida, no con un rollo de una noche. Saborear su dulzura y trazar sus pliegues con la punta de la lengua, es algo demasiado íntimo Me sorprende que me lo permita, pero me está dando acceso completo a su ardiente cuerpo. La haré sentir bien, la recompensaré por confiar en mí, por dejarme saborearla. Estoy tan duro que resulta doloroso, pero le lamo el hinchado clítoris que parece sobresalir para que lo chupe entre mis labios. Ella sostiene mi cara entre sus piernas, rozándose conmigo con urgencia. Cuando se corre bajo mi boca indecente, su mano me golpea entre los hombros, sus extremidades se sacuden y su cuerpo se arquea como si estuviera poseída por el diablo. Ni siquiera me limpio la cara antes de levantarla y apoyarla sobre la barra. Me la voy a follar aquí mismo. Desnuda, húmeda y todavía temblando por el orgasmo.

Me bajo la cremallera y mi pene sale disparado, sacudiéndose con anticipación, grueso, largo y listo para ella. Se sienta en el borde de la barra, con las piernas abiertas. Estoy abrumado por lo honrado que me siento, lo increíble que es que me ofrezca su dulce cuerpo de esta manera, que esté tan excitada por mí, espero que mi tamaño, mis tatuajes y mi aspereza no la desanimen. De hecho, acerca mi cara a la suya y me muerde los labios hasta que abro la boca. Su dulce sabor a mango y melocotón y el calor del ron me inundan la boca. Siento que pierdo el control ante el toque de su lengua. Pongo la mano en la parte baja de su espalda, atrayéndola hacia mí. Y empiezo a follármela. Así de fácil, mi polla se adentra en su apretado y dulce coño. Dios, es increíble. La beso con fuerza, de forma descuidada, mientras la embisto. Envuelve las piernas alrededor de mis caderas, acunándome entre sus suaves muslos mientras

mis embestidas se vuelven más rápidas.

Pongo mis brazos a su alrededor. Su cabeza cae hacia atrás sobre mi brazo y sus caderas se mecen para recibir las embestidas. Ella se aferra a mi espalda y su voz entrecortada y apenas audible pide "más profundo, por favor, dámelo todo". Eso me deshace. Entierro la polla hasta el fondo, y vuelvo a embestirla tal como ella me ha pedido, hasta el final. Es irresistible, el coño más sexy y apretado que jamás me he follado, tan húmedo y flexible que mi orgasmo llega más rápido de lo que me gustaría. Trato de aguantar y pongo todo mi empeño en no correrme en el momento en el que siento que la quemazón comienza a aumentar. La verdad es que quiero follármela para siempre, apretarla contra mí, escuchar su dulce voz rogándome más, e invadir todo su cuerpo. Quito y empujo de nuevo en profundidad. Ella se sacude y sus músculos internos se aprietan a mi alrededor mientras se corre sobre mi polla. Y es entonces cuando salgo disparado de dentro de ella, lanzando el líquido caliente por su estrecho pasaje, inundándola de semen mientras sigo empujando, desesperado por cada gota de placer que pueda exprimir de ambos.

Nos estremecemos y nos aferramos el uno al otro mientras descendemos del clímax. Me ha clavado las uñas en la parte de atrás del cuello. Estoy seguro de que le hice daño por haberla sujetado con tanta fuerza. Mañana estará adolorida, pienso con satisfacción, después de un viaje como este. La beso en los labios y sus brazos me rodean el cuello. Ella no me suelta, no coge su ropa, o lo que no he roto, y se va. Me abraza, presiona mi cara sudorosa contra sus pechos. Los lamo con avidez, queriendo más de ella de nuevo.

Toma mi mano de donde está apoyada, a su lado, en la barra. La guía entre sus piernas, donde puedo sentir el pegajoso desastre que hemos causado, y mete mis dedos dentro de ella. Ya está mojada por mí otra vez, con ganas de más. Sorprendentemente, me pongo duro al instante. Le beso y lamo el cuello mientras se retuerce. Bombeo los dedos dentro de ella, manteniéndola caliente. Esta vez, la bajo de la barra hasta que queda de pie y la pongo de espaldas. La inclino. Coloco sus palmas sobre la encimera de madera que yo mismo restauré. La cojo por las caderas, la echo hacia atrás y le separo las piernas. Recorro con las manos toda la curvatura de su columna y del trasero.Tengo la intención de tomarla por detrás esta vez, para ver qué tan profundo puedo llegar y si ella puede aguantarlo todo.

No pretendo frotarle el clítoris antes de empezar, pero los sonidos que hace son adictivos. Mi gatita sexual ronronea, queriendo que la siga follando. Sigo acariciándola, calentándola. Cuando llevo la cabeza de la polla hacia su coño, deja caer la frente sobre la barra mientras empuja sus caderas contra mí, con ganas de más. La acaricio con la cabeza, metiendo solo un par de centímetros hacia dentro. Ella mueve sus caderas, gimiendo. Golpea la barra con la palma de la mano, frustrada. Lo necesita todo. Profundo, grueso y largo. Yo también lo necesito. Así que, con un empujón, la penetro por completo y siento la llamarada de posesión en ese calor líquido de su cuerpo. Me tiene atrapado y me encanta. Sigo empujando, balanceando, embistiendo. No puedo dejar de frotarle el clítoris porque soy adicto a hacer que se corra una y otra vez. Ella grita y clava las uñas en la madera de la barra, pero deseo, y que Dios me ayude, que sus uñas hagan eso en mi espalda. Cierro los ojos y trato de concentrarme, pero cuando ella se mece contra mí, me corro a borbotones, impotente ante la inundación de placer que me produce. Me derrumbo encima de ella y le cubro la espalda con mi pecho por un minuto. Mi brazo todavía serpentea alrededor de su estómago, jugando entre sus piernas. Me ruega que pare, pero no puedo. Es muy tierna, pero no puedo resistirme. Hago que se corra de nuevo, hasta que se le doblan las piernas y tengo que sostenerla. Le doy la vuelta y la beso. Ella solloza y se aferra a mí. La tomo en brazos y beso su cabello sudoroso.

Cuando termino de darle vueltas a esa fantasía, me he masturbado durante tanto tiempo que ya no estoy seguro de poder ver con claridad. Algo en ella es tan ardiente que hace que mis pensamientos eróticos sean muy vívidos, y cuando finalmente me corro con una fuerza cegadora, me imagino llenándola, vertiendo mi semilla en ella. Nunca había deseado algo así. Nunca quise dejar embarazada a nadie, y he usado muchos condones para evitarlo, pero en mi fantasía es tan primitiva que me permito imaginar eso también. Es solo un tabú, me digo más tarde mientras intento quedarme dormido, una idea traviesa y prohibida que hizo que la fantasía fuera aún más excitante. No significaba nada. Al igual que una rubia desconocida de ojos tristes. No significaba nada que siguiera viendo su rostro, la camiseta de tirantes y los pantalones cortos que llevaba en el pub. Que cada detalle de su cara estuviera presente en mi fantasía, que fuera ella la mujer a la que quería follar, besar y preñar en mi sueño, no significaba nada.

---

1 PST hace referencia a “Técnicas de Supervivencia Personal”. En este contexto, se trata de un curso ofrecido a todos los marines. [NdT]

2 El equipo SCUBA, o equipo autónomo de respiración bajo el agua, de los marines consta de varias piezas, y resulta bastante pesado. [NdT]

CAPÍTULO 6

BRANDI



La playa era perfecta. La extensión de arena blanca llegaba hasta el agua, que era de un color turquesa tan claro que casi no podía creer que fuera real. Nunca imaginé que estaría en un lugar así. Había visto muchísimas fotos online, e incluso busqué un montón de información sobre St. Martin antes de decidir que era el viaje de mis sueños. Era todo espectacular. Salimos temprano para conseguir un sitio en la playa y nos estiramos en nuestras tumbonas para relajarnos bajo el sol.

Era el tipo de cosas con las que había soñado durante mucho tiempo. Nada más que sol, arena y el sonido de las olas, sin presiones, sin responsabilidades. Hacía mucho que no me sentía tan relajada, mis músculos se aflojaron bajo el calor del sol resplandeciente. Me entregué a un libro de tapa dura que me compré en el aeropuerto; una lectura playera, divertida y tórrida que no podía esperar a empezar. Jessica duró solo cinco minutos en la tumbona, antes de lanzarse al agua a chapotear, nadar, y coquetear con su bikini negro y con el gran sombrero de paja negro que llevaba, que le parecería estúpido a cualquier otra persona, pero que, de alguna manera, quedaba elegante y alegre en ella.

“Mira, hay chicos jugando a voleibol. ¡Deberíamos ir a presentarnos y unirnos a ellos!”, dijo.

“Ve tú primero. Yo voy a empezar mi libro y a relajarme”, respondí.

“Está bien, vuelvo en un par de minutos”, dijo, con lealtad.

“¡Adelante!”, dije, “no hay prisa. Tú, diviértete”.

En apenas unos minutos, Jessica ya estaba jugando a voleibol, haciéndose amiga de todos los que estaban en el agua, riéndose de algo que había dicho un chico. Admiraba y envidiaba su don de gentes y su capacidad para dejarse llevar. Yo era, a menudo, demasiado tímida y seria.

Me coloqué boca abajo para recibir un poco de sol en la espalda . Apoyé la barbilla en las manos y empecé el libro. Cuando llevaba un capítulo, empecé a sentirme somnolienta por el calor. Me dejo llevar placenteramente, con el ir y venir de las olas de fondo y las ocasionales risas que llegaban en la distancia. Todo, desde la cómoda tumbona colocada sobre la suave arena hasta los relajantes sonidos del mar, me relajó como la presión de una mano cálida e insistente. Suspiré felizmente y me acomodé para tomar una siesta.

Pronto, la sensación de presión de las manos imaginarias se hizo real. Sentí una mano, grande, con dedos curtidos por el trabajo, sobre mi espalda desnuda. Me moví y traté de decir algo, pero me salió un “¿mmm?”.

“¿Señorita?”, sonó una voz. Era una voz profunda y sonora que parecía vibrar a través de mis piernas y justo entre ellas. Si una voz podía sonar como sexo puro, era esa. Abrí los ojos y me sobresalté al verlo. El hombre macizo, grande y corpulento del pub de anoche.

“Perdón por entrometerme. Parecías estar dormida y se te está poniendo la espalda roja. Es fácil quemarse por aquí, más rápido de lo que piensas”, dijo.

“Oh, gracias”, respondí somnolienta.

Me incorporé y me giré hacia la tumbona que había a mi lado, buscando a Jessica. Estaba vacía, a excepción de su bolso y toalla. Parpadeé, y recordé que se había ido a jugar. Estaba en el agua con uno de los muchachos del voleibol, chapoteando y riendo. Sentí sobre mí la mirada del enorme y atractivo camarero, que todavía estaba arrodillado en la arena junto a la tumbona.

“Ella es mi mejor amiga”, dije, señalando. “A veces es un poco salvaje”.

“También lo es mi hermanito”, dijo. Me miró a los ojos y vi que entendía lo que era estar tan cerca de alguien que era tan diferente a uno mismo, reírse y envidiar en secreto su osadía. Sentí una afinidad, un entendimiento entre nosotros, como una ráfaga repentina.

“Soy Brandi Jackson”, dije, extendiendo la mano para estrechar la suya.

“Connor O'Shea”.

“Has estado anoche en el pub”.

“Estoy allí todas las noches. Soy el dueño del local”, dijo.

“Realmente nos gustó mucho, la comida y las bebidas estaban increíbles”.

“Me alegro”, dijo.

“El otro chaval que estaba detrás de la barra contigo, ¿era tu hermano?”.

“Uno de ellos. Somos cinco en total. Yo soy el mayor. Tommy es el más joven, el camarero bailarín”, dijo, poniendo los ojos en blanco.

“¿Vivís los cinco en la isla?”.

“Sí”.

Volviéndome a quedar boca abajo, me levanté y cogí el protector solar del bolso. Se lo enseñé. Sentía la espalda tensa y hormigueante. Me había salvado de las quemaduras solares como un buen samaritano. A excepción de que lo único bíblico de todo esto era la forma en la que quería conocerlo. A lo largo de toda su piel. Le sonreí y me eché un poco de protector solar en la palma de la mano y traté de alcanzar por encima de mi hombro, luego por el otro lado, debajo del brazo, tratando de llegar hasta el centro. Frunciendo el ceño, la unté hasta donde llegaba, sabiendo que había una zona a la que no podía alcanzar.

“Dámelo”, ofreció, “¿puedo?”.

“Sí, gracias”, dije.

Le pasé el bote de protector solar, pensando que Jessica estaría orgullosa de mí por dejar que el chico atractivo me frotara la espalda. Junté las manos y apoyé la mejilla. Lo observé exprimir la blanca crema en la palma de su mano para frotarla y calentarla. Sus manos, anchas y calientes, hicieron contacto con mi espalda prácticamente desnuda a excepción de un cordón azul en medio. El contacto de su piel desnuda sobre la mía me hizo dar un salto. Luego, la rica y excitante sensación de sus manos sobre mi cuerpo me estremeció. Extendió la crema desde la parte baja de mi espalda, acariciando con la presión perfecta, solo un poco más de lo que hubiera preferido, presionándome contra la tumbona. Se me endurecieron los pezones y la humedad se acumuló entre mis piernas.

Siguió frotando en lentos círculos, extendiéndome la crema por la espalda, los hombros, los lados. Deslizó las manos por la parte superior de mis brazos, alrededor de los codos y bajando por mis antebrazos. Sus dedos serpentearon entre los míos. La sacudida en mi bajo vientre se intensificó. Podía sentir la tensión de mis músculos internos. Su tacto me excitó mucho. Presioné la lengua contra el techo de mi boca para evitar hacer ningún sonido. Deslizó las manos por mis brazos y por la pendiente del cuello. Me encantó sentir sus largos dedos en mi garganta y se me

pasaron algunos pensamientos indecentes por la cabeza. Sus manos desaparecieron por un segundo, lo escuché abrir la tapa del bote y coger un poco más de crema. Frotó otra capa en mi espalda, extendiéndola. Sus enormes manos me cubrieron toda la espalda, hasta la curva en la que empezaba mi trasero. Sentí un pulgar trazar la cinturilla del bikini.

Luego, mientras me mordía el labio para evitar gemir, Connor puso sus manos desnudas en lo alto de mis muslos, distribuyendo protector solar justo debajo de las aberturas del bañador a la altura de las piernas. Frotó la resbaladiza crema en la parte inferior de mis nalgas y mis muslos. Después, volvió a subir las manos con los dedos abiertos, con sus pulgares resbalando por mis sensibles muslos internos. Muy a mi pesar gemí, con mi coño hinchado y tembloroso, desesperada por su contacto. Si me seguía tocando de esa forma, iba a correrme. Estaba justo al límite después de este masaje erótico y podría pasarme ante el más mínimo toque.

"¿Estás bien?", preguntó, con picardía.

Ni siquiera podía hablar. Emití un sonido inarticulado por el deseo. Si hubiera abierto los ojos o lo hubiera mirado, me habría muerto de la vergüenza. Pero soltó una risita ahogada y volvió a acariciarme detrás de las rodillas deliberadamente, lo estaba haciendo a propósito, de forma lenta y tortuosa y arrastró sus pícaros dedos por el interior de mis muslos. Me rozó el coño con el nudillo a través de la tela del bikini, y me sacudí, emitiendo un sonido ahogado en cuanto me tocó. Tuve que morderme la lengua para no correrme allí mismo.

Se inclinó, con su ardiente aliento, sobre mi cuello. "Eso debería ser suficiente", dijo. "¿A menos que necesites más?", preguntó maliciosamente.

Oh, Dios, necesitaba más. Lo necesitaba todo. Sentí que me ardían las mejillas de la vergüenza, e incluso mis húmedos pliegues me daban ganas de retorcerme y balancearme contra la tumbona y tocarme. Me aclaré la garganta.

"Gracias", dije.

"Espero volver a verte pronto en el pub", dijo. "Ha sido un placer conocerte, Brandi".

Enterré la cara entre las manos cuando se alejó. Iba a tener que calmarme. Me preguntaba qué diría Jessica si supiera lo cerca que había estado de rogarle al grande y melancólico Connor O'Shea que me follara allí mismo en la playa.

CAPÍTULO 7

CONNOR



No puedo decir que no me haya enrollado nunca con alguien en la playa, pero sí que nunca lo había hecho a plena luz del día. Conocer a Brandi Jackson, escuchar su voz ronca y tenue, el gemido que emitió cuando le masajee su piel suave y satinada, había sido la experiencia más sexy de mi vida. Era incluso más ardiente que la fantasía a la que me había entregado la noche anterior. Me excité muchísimo solo con tocarla y eso fue antes de sentir que me correspondía. Olí su excitación cuando me incliné sobre ella y arrastré las manos entre sus muslos, no para proteger su piel del sol sino para tocar esa área secreta, ese lugar íntimo de su cuerpo y ella se retorció contra mi mano. No lo pude resistir. Froté el nudillo contra su pequeña abertura para sentir lo mojada que estaba. Estaba empapada y no precisamente del mar. Sino de deseo. Me entraron ganas de apartarle el bikini y tocarla allí mismo. Habría querido agacharme, para chupar y morderle el hombro.

Cuando se presentó y me estrechó la mano, quise decirle que podía llamarme Connor, o Con cuando la hiciera gritar mi nombre. Estar cerca de ella me convirtió en todo un bruto. Quería llevarla a mi cabaña y hacerle pasar el mejor rato de su vida. Quería oírla decir con esa voz ronca que ese había sido el mejor que había tenido, que ningún hombre podía tocarla como yo lo hacía. Quería besarla con ternura y pasión, regalarle la caricia ligera y hormigueante de mis dedos en su cuello, que tanto le había gustado. Todo mi cuerpo se activó y se tensó cuando ella sonrió.

Su amiga era un poco salvaje, dijo. Quería que ella se volviera un poco salvaje, quería que nos arriesgáramos juntos. Nunca en mi vida había sentido una atracción como esa. Algo tan avasallante que hizo que mi cerebro se apagara. Yo era un SEAL. Había sido entrenado para misiones encubiertas, para estar siempre alerta, siempre escaneándolo todo con todos mis sentidos. Hasta que Brandi me descolocó.

Se suponía que no debía estar en el pub esa noche, pero fui de todos modos para echar una mano. Fui porque pensé que ella podría estar allí y me jodería perder la oportunidad de verla de nuevo. Lo preparé todo, mantuve la licuadora fregada y la fruta preparada. Estaba vaciando el lavavajillas, cuando se me cayó un vaso. Yo era un exinstructor SEAL de puntería avanzada. No era torpe en absoluto. Y por eso, cuando el cristal se hizo añicos, Tommy asomó la cabeza a la cocina para preguntarme qué me pasaba.

No había sido el vaso roto lo que sumió en un silencio sepulcral al cocinero y a todos los pinches y camareros. Fue esa pregunta.

“Nada, ¿qué diablos te pasa?”, pregunté malhumorado, mientras barría los fragmentos de cristal con una escoba y un recogedor. Se encogió de hombros y volvió a salir para atender el bar.

Charlé con un par de tíos que trabajaban en la administración del Island Grand. Sus reservas habían aumentado y estarían completos durante las siguientes tres semanas.

“Me alegra oírlo. Nos encantará emborracharlos a todos y darles de comer un buen estofado irlandés”, dije, tratando de estar de mejor humor.

“¿Otra pinta?”, preguntó Wendell. Asentí.

Cogí su vaso y me giré para ponerle una Guinness. Cuando me volví, vislumbré a Brandi por el rabillo del ojo. En lugar de una camiseta sin mangas, tenía puesto un vestido rosa claro y el cabello recogido en una coleta. Así pues, mientras colocaba el vaso para servir la pinta, asentí con gravedad. Siempre he presumido de mi capacidad para servir la cerveza perfecta. Y sin embargo, cuando me descuidé un segundo y se desbordó en mi mano, maldije. Tommy se rio a carcajadas.

Limpié el desastre que había hecho y le pasé a Wendell su pinta.

“Esta la paga la casa. Nunca había cometido un fallo así desde el día en que aprendí a servir cervezas”, dije.

Entonces, noté a Tommy sobre mi hombro y dándome un codazo dijo:

“Lo llevas crudo con esa rubia. Acaba de llegar con Billy, ya sabes”.

“Vete. ¿No tienes trabajo que hacer?”, pregunté bruscamente. Él se rio.

Lo vi mezclarse entre las mesas, presentarse a los turistas. Habló unos minutos con unas mujeres que trabajaban en un complejo cercano. Traté de concentrarme en servir bebidas y ofrecer menús a la gente. Billy se acercó y pidió bebidas para él y las dos chicas. Completé la comanda y consideré escupir en su pinta. De todos mis hermanos, Billy no era mi favorito en esos momentos, mientras le entregaba una bebida afrutada a Brandi y recibía una sonrisa de ella a cambio. Esa debería haber sido mi sonrisa, pensé con resentimiento.

Estaba frunciendo el ceño, mirando hacia su mesa, cuando vi a Brandi levantar su copa y mirarme directamente. Ella sonrió y no pude evitar devolverle la sonrisa. Lo sentí. Sentí la tonta sonrisa, rompiendo mi habitual expresión de piedra. Wendell se aclaró la garganta.

“No me había dado cuenta de que sabías cómo sonreír, Con”, bromeó.

“Oh, bébete tu pinta”, dije, con un gruñido afable.

“Nunca pensé que vería el día en el que Connor O'Shea fuera humillado por una mujer, poniéndole ojos de corderito a una chica bonita”, continuó burlándose de mí.

“Tal vez si te dejaras crecer un par de tetas y te afeitaras, también te sonreiría, gilipollas”, dije.

Golpeó la barra y soltó una carcajada. Me uní a su risa junto con Clint y Greg, sus compañeros de trabajo.

“Ponme otra pinta a mí, y también a estos dos. Si no te la derramas toda sobre ti esta vez”, dijo.

“Si derramo esta, la casa invita a una ronda”, dije, y serví una Guiness impecable y la puse frente a él.

“Mierda. Podría haberme llevado una bebida gratis si te hubiera dicho que ella se dirigía hacia aquí”, dijo.

“Buen intento; pero él sabe dónde está ella exactamente, en todo momento. No puedes sorprender a un SEAL”.

Asentí con la cabeza, pero el hecho era que Brandi Jackson sí me había sorprendido y mucho.

CAPÍTULO 8

BRANDI



No debería haberme sorprendido que Jessica consiguiera pillar un O'Shea en la playa. Después de todo, eran cinco y todos guapos. Billy tenía el pelo castaño rojizo y una sonrisa cautivadora. Habló sobre su negocio de senderismo y cómo hacía de guía para grupos de turistas que querían explorar la belleza natural del lado de la isla que no estaba plagado de lugares turísticos.

"Estoy muy interesada en tu safari fotográfico. Me encanta tomar fotos, aunque sea con el teléfono".

"Tengo un par de cámaras para prestar durante las excursiones, con Bluetooth habilitado para que la gente pueda transmitir las fotos directamente a su teléfono, pero con una resolución superior y un zoom más potente".

"Voy a necesitar alquilarte una de esas", dije.

"Ningún problema. Tengo ganas de mostrarle a Jess los acantilados. Puede que incluso te convenza de ir a bucear conmigo".

"Ella es la aventurera. Yo me quedaré atrás y os haré fotos mientras os sumergís en el océano. Estoy segura de que es genial, pero es un poco más de lo que puedo manejar", dije.

"Creo que te convenceremos. Es totalmente seguro. No has vivido de verdad hasta que has sentido esa emoción", dijo.

Jessica estaba sentada a su lado, atenta a cada una de sus palabras. Estaba bastante segura de que el subidón que tenía en mente no tenía nada que ver con el salto desde los acantilados. También supe, por la mirada embelesada que tenía en el rostro, que realmente le gustaba. Que ella saltaría si él así lo quería. Igual ese era mi problema: que no iba a saltar. Prefería estar al margen, a salvo y entera. Ya había perdido suficiente en mi vida, no había necesidad de arriesgarme a una lesión fatal de columna.

"Deberías verte la cara", dijo Jessica. "Te prometo que no tienes que bucear. Me miras como si ya estuviera en silla de ruedas en el hospital".

"No hay problema alguno en ser cauteloso", dijo Billy, amablemente. "Me recuerda un poco a mi hermano. El que está detrás de la barra ahora mismo".

Señaló a Connor, que estaba sirviendo una pinta y bromeando con un grupo de hombres que probablemente eran clientes habituales.

"Ya nos hemos conocido", dije.

"Es el hueso más duro de roer que jamás conocerás. Tiene buenas razones para ello y apuesto a que tú también".

"Ella sí", dijo Jessica, interviniendo antes de que él pudiera hacerme preguntas personales,

que condujeran a una conversación sobre haber perdido a mi madre muy joven o a Nick hacía ya dos años.

"Connor, allí donde lo ves, fue el primero de nosotros en unirse al ejército, el primero en pasar el entrenamiento SEAL. No es una vida fácil y creo que él se llevó la peor parte. Lleva una pesada carga sobre sus hombros. El peso de todo el maldito mundo, a veces". Billy sacudió la cabeza y bebió un trago.

Me di cuenta de lo que sentía por su hermano. También quería que siguiera hablando. Tenía curiosidad por Connor, pero no quería revelarlo.

"Bueno, Jess también ha tenido su parte de sufrimiento", bromeé. "Cambió su especialización a finanzas en el segundo año y, como resultado, tuvo que tomar una clase de *física*".

"Joder, ese tío. El profesor. No explicaba nada. Al menos, no en modo entendible por humanos. Literalmente, vi vídeos de YouTube sobre física, para tratar de entender los conceptos y, gracias a Dios, uno de los que más me ayudó fue un vídeo hecho por un niño de once años. Un niño que tenía una comprensión de la ciencia mucho más sólida que yo", se rio.

"Jess es muy inteligente, pero la física la llevó por el camino de la amargura. Yo solo tuve que tomar 'métodos científicos', porque estaba en magisterio", dije.

"¿Ah, sí? ¿Qué nivel?", preguntó.

"Mi licencia es K-8, pero lo que realmente quiero es enseñar quinto o sexto grado a niños en un distrito de bajo nivel adquisitivo. Como al que fui cuando era niña".

Billy asintió y no hizo preguntas entrometidas, lo cual agradecí.

"¿Habéis crecido en la misma ciudad?".

"En la misma ciudad, sí, pero a mundos de distancia", dijo Jessica. "No nos conocimos hasta el instituto. Porque todos los colegios conducían a la misma escuela secundaria, que era enorme".

"Tuvimos suerte. Acabamos juntas en la misma clase", dije sonriendo, al recordarlo.

Aun así, me preocupaba la idea de que Connor cargara con una culpa tan pesada y un pasado tan oscuro. Hacía que sus cavilaciones fueran más comprensibles y mucho más atractivas. Su expresión seria parecía genuina y no le interesaba llamar la atención; no como a los influencers de Instagram, que les gusta publicar fotos con cara malhumorada y entrecerrar los ojos, con un café con leche, en plan intelectual. Sus cicatrices eran reales, del servicio militar. Estaría mintiendo si dijera que pensar en él como un SEAL de la Marina, no hizo que mi sangre bombeara más rápido.

Tommy se acercó y se sentó con nosotros unos minutos, bromeando con Billy durante un rato.

"Connor ha derramado una Guinness", dijo.

Billy parecía horrorizado, como si le hubieran dicho que Connor había tenido un grave accidente o algo así.

"Me estás tomando el pelo. ¿El hombre que me sermoneó durante treinta minutos sobre los males de un tirón corto? Que me parta un rayo".

"Yo me he reído. Creo que está distraído", dijo Tommy.

"Que me parta un rayo", dijo Billy. "Bueno, estas son Jessica y su amiga Brandi".

"Estuvisteis aquí anoche", dijo Tommy. "Bailando", le dijo a Jessica.

"Yo estaba vigilando", admití.

"La próxima vez deberías levantarte e intentarlo. De hecho, estás a punto de tener una oportunidad. Es casi la hora".

Negué con la cabeza, con una sonrisa.

“Creo que iré a buscar otra ronda para toda la mesa”, dije.

Tommy puso en cola la música una vez más y la multitud empezó a aplaudir siguiendo el ritmo. Las mesas se apartaron, y una fila de aspirantes a bailarines, en diversas etapas de ebriedad, estaba lista para intentarlo. Billy y Jessica fueron dos de los primeros en unirse. Fui al bar y aguardé para llamar la atención de Connor. Atendió a un par de mujeres en el otro extremo de la barra y luego se giró para ver cuál de los clientes necesitaba ser atendido a continuación. Sus ojos giraron hacia donde estaba yo y se posaron en mí. Eran tan azules, brillantes y penetrantes, que sentí como si pudiera ver a través de mí todos los secretos que alguna vez había guardado. Me excitó. Pedí otra ronda para mi mesa. No fue necesario que le dijera las bebidas específicas, simplemente las preparó con manos rápidas y hábiles y las puso en fila frente a mí.

“¿Puedo hacer algo más por ti, Brandi?”, preguntó.

“Ya me has protegido de las quemaduras solares”, dije, con una sonrisa, con la intención de coquetear un poco.

“Estaré encantado de ayudar en cualquier momento. De día o de noche”, dijo.

Dios, era sexy incluso cuando, obviamente, estaba siendo juguetón; de lo cual estaba bastante segura de que era solo bravuconería. Nada en este hombre serio, con el peso del mundo sobre sus hombros, lo hacía parecer el tipo de persona que buscaba pasar un buen rato dondequiera que pudiera conseguirlo. Incluso mi cuerpo respondió de un modo que nunca antes había experimentado, cuando un chaval intentaba ligar conmigo.

Llevé las bebidas a la mesa y observé el baile, la forma en la que Jessica se colgaba de Billy, y cómo él le acariciaba el cabello y le tocaba la cara. Era sexy y cariñoso y sentí un agujero inmenso en el pecho. La soledad bostezaba dentro de mí y tomé un gran trago de mi fuerte bebida con ron. Me entró con calidez y me relajó. Pero tenía que admitir, para mí misma, que echaba de menos que me abrazaran. Ser sostenida por un hombre, especialmente un hombre como Connor O'Shea, en la quietud de mi mente, me permitía confesarlo sin vergüenza, sería el paraíso. Presionada contra su enorme pecho y envuelta en esos brazos grandes y musculosos. Me sentiría tan segura, tan querida. Nada *sola*. La palabra ‘sola’ ya me hacía un profundo daño.

Pronto, el baile terminó. Jessica y Billy volvieron a la mesa y tomaron un sorbo de sus bebidas. Me hablaron, pero estaba claro que estaban enganchados el uno al otro. Era una completa sujetavelas. Estaba a punto de llamar un taxi para volver al resort, cuando Billy fue a pagar la cuenta. Le pregunté a Jessica si estaba bien. Estaba sonrojada y le brillaban sus bonitos ojos.

“Sí, Billy me ha pedido que vaya a su cabaña con él. Pero no te dejaré sola. Le he dicho que no. Pero, ¿te importaría si se viniera a nuestra habitación?”.

“Por muy divertido que pueda ser esconderme en el baño y taparme los oídos para daros algo de privacidad, prefiero que os vayáis a su casa. Iré a dormir un poco. Estoy bien, lo juro”, prometí.

“No. Nunca nos hemos separado durante una noche de fiesta y no lo voy a hacer esta noche. Y menos estando tan lejos de casa, donde no conocemos a nadie”, insistió. “Le diré que lo veré mañana”.

“No voy a arruinar tu diversión”, dije. “Lo prometo, soy una niña mayor y estoy bien. Incluso te enviaré un mensaje de texto cuando entre en la habitación”.

Ella negó con la cabeza, firmemente:

“No te voy a abandonar por un chico ni por ninguna otra razón. La familia es la familia”.

“Estás siendo un poco tonta”. La abracé, “Ve a pasar un buen rato. Hazlo por mí”.

En ese momento, Billy volvió y se inclinó para susurrarle algo. Ella sonrió.

“Tommy me ha dicho que te acompañará a casa después de su turno. Él se asegurará de que llegues al resort sana y salva, si te parece bien”, dijo.

Pude ver lo feliz que estaba y asentí.

“Puedo llegar yo misma, pero si te hace sentir mejor, está bien. Iré con Tommy. Diviértete, sé inteligente. Te quiero”, dije.

Me abrazó con ganas y se fueron de la mano. Cogí mi teléfono y miré cuidadosamente mi feed de redes sociales, para que no pareciera que era una persona triste bebiendo sola. Después de unos minutos, Tommy se acercó a la mesa.

“Soy el afortunado que te llevará de vuelta al resort y se asegurará de que llegues a la habitación sana y salva”, dijo.

Asentí: “Gracias. Podría irme sola, pero Jess es muy protectora”.

“No tiene nada de malo que los amigos se cuiden los unos a los otros. Estoy feliz de acompañarte a casa, si estás lista”.

Me puse de pie y cogí el bolso, lista para seguirlo.

En ese momento, Connor apareció junto a Tommy:

“Vete. Yo me encargo”, le dijo a su hermano.

Tommy lo miró, se encogió de hombros y se despidió con la mano mientras se alejaba. Y me quedé a solas con Connor. Se me aceleró el corazón como si fuera a salirse del pecho. Era una mezcla entre nerviosismo y excitación.

CAPÍTULO 9

CONNOR



Confiaba lo justo en mi hermano. Podía apoyarme en cualquier situación de combate y me sentiría totalmente seguro. Sin embargo, ni se me pasaba por la cabeza dejar que acompañara a Brandi de vuelta al hotel. Quería ese tiempo a solas con ella. Además, la configuración predeterminada de Tommy era el modo ligar, y la idea de que coqueteara con Brandi me encendió. Quería su tiempo, sus sonrisas, cada palabra que quisiera decir. La dificultad en su respiración cuando le toqué la espalda por primera vez en la playa aquel día. El pequeño gemido que no pudo detener. Dios, la deseaba más de lo que deseaba el aire.

El sentimiento protector que sentía por ella, probablemente era solo un subproducto de todos mis años en el servicio. Era un hombre que había hecho todo lo posible para garantizar la seguridad de su equipo. Si yo fuera responsable de ella, incluso en el camino de vuelta al hotel, que me aspen si alguien, o algo, la molestara. Por eso quería ser yo quien la acompañara de vuelta. Tenía que reprimir el estúpido impulso posesivo de golpear a cualquier hombre que intentara incluso mirarla. Tommy iba a acompañarla a casa. Como todo un caballero, me ofrecí reemplazarlo como una buena acción hacia mi hermano. Pero me puse a la carga y me la llevé solamente para mí.

“¿Quieres que te lleve o prefieres caminar?”, propuse.

“La brisa es agradable. ¿Podemos ir andando?”, preguntó.

Asentí y ella se puso a andar a mi lado mientras caminábamos por el borde de la carretera. Era demasiado tarde, no había tráfico y el camino estaba bien iluminado por las pintorescas farolas que bordeaban la calle.

“Tus hermanos parecen muy unidos. No es de extrañar que te hayan seguido hasta aquí”, dijo.

“Querían una vida más relajada, como la mía. Y aquí había oportunidades para hombres que no tienen miedo al trabajo duro. Me alegro de que hayan venido. Algunos días hacen que me suba por las paredes, pero somos familia”.

“La familia es la familia”, dijo, y se rio.

“¿Qué?”.

“Es algo tonto que dijo Jessica antes de irse, cuando no quería dejarme sola. He estado sola desde los dieciséis años, por el amor de Dios, y ella actúa como si no pudiera encontrar el camino de vuelta al hotel”, dijo con tristeza.

Dieciséis era una edad muy temprana para quedarse sola. Me preguntaba qué había pasado, pero no quería entrometerme. Aún así, pensé en lo fuerte que debía ser, aunque yo solo notara la belleza y la tristeza. “No hay ningún problema en acompañarte al hotel. Quería hacerlo”, dije.

“Cuéntame cuál ha sido tu parte favorita de las vacaciones hasta este momento”.

“Me ha gustado la playa. Esta mañana ha sido muy agradable. He disfrutado del sol, las olas, un buen libro y una siesta”.

“Hasta que empezaste a quemarte”, me aventuré.

Una sonrisa leve y apenas visible, curvó sus labios. Nos acercamos a la playa cuando giramos hacia el hotel. La vi temblar cuando se levantó la brisa.

“Tienes frío”, dije, deseando tener una chaqueta que poder ofrecerle. Sin importar que viviera en una isla tropical, debería tener una maldita chaqueta.

“Estoy bien. Esto es precioso a la luz de la luna. ¿Te importa si nos acercamos al agua un momento? Si no quieres, puedo encontrar el camino con bastante facilidad”, dijo.

Jamás la habría dejado sola en la playa, incluso me metería en el mar si fuera necesario.

La acompañé hasta el lugar donde la arena ya estaba empapada y húmeda, por el azote de las olas. Se quitó las sandalias y caminó hacia el agua, que estaba reluciente y negra bajo la luz de las estrellas. Me quité los zapatos y fui tras ella. No había bebido mucho, pero no iba a dejar que corriera ningún peligro. Se estremeció visiblemente cuando el agua le rodeó los tobillos y subió por la curva de sus bronceadas pantorrillas.

Alcanzándola, tomé su mano con la mía.

“Las olas pueden ser más fuertes de lo que parece. Y tú eres pequeñita”, dije, a modo de explicación.

“Mido un metro setenta. No soy pequeña”, protestó.

“Mides casi treinta centímetros menos que yo. Eso es ser menuda”, dije, pero no pude evitar pensar que estaba preciosa con la mano puesta en la cadera, insistiendo en que no era pequeña.

En ese momento, una ola la golpeó y se tambaleó un par de pasos hacia un lado. La sostuve, poniendo un brazo alrededor de su cintura. Ella se rio y se aferró a mi brazo por un segundo. Cogí su mano y la hice girar. Volvió a reírse, con su coleta ondeando tras ella, mientras bailaba con el agua hasta las rodillas.

“¿Tienes frío?”.

“Sí, pero no me importa. Porque es tan… enorme, ¿sabes? Me hace sentir pequeña, pero en el buen sentido”.

“Eres pequeña, pero en el buen sentido”, bromeé.

Levantó la cabeza para mirarme y sonrió.

Brandi se aferró a mi mano y me empujó más adentro, hasta que las olas le rozaron la falda. Volvió a mirarme por encima del hombro y supe que la seguiría sin importar lo profundo que quisiera ir. Estaba radiante y esperanzada, y yo quería eso.

“No soy pequeña”, insistió.

“Para mí lo eres”, dije.

“Bueno, eso es porque eres como Hulk”.

“En realidad no soy verde. Simplemente, me veo así por la noche”, bromeé.

“No, eres enorme. Quiero decir, Billy dijo que eras un SEAL, pero ¿cómo podías escabullirte por ahí? Eres gigante. La gente te oiría venir y te vería”.

“Puedo hacerme silencioso. No es el tamaño, es la fuerza de voluntad y las ganas”.

“Te hace parecer como un asesino”, dijo, sarcásticamente. “Espera, ¿lo eras?”.

“El gobierno de los Estados Unidos no emplea asesinos”, dije, rotundamente.

“Entonces, les gusta… ¿llamarlos de otra manera?”, dijo.

“A veces”, me reí.

“Aquí fuera, la luna se ve inmensa sobre el agua. Me dan ganas de nadar hacia ella”, dijo.

“Pero nunca llegaría”.

“¿Estás más borracha de lo que pensaba?”, bromeé.

“No, solo estoy… estoy bien. No es nada. Es… Jessica yendo a casa con el chico, yo volviendo a casa sola. Está bien. Así es como quiero que sean las cosas”, dijo, pero pude ver su labio inferior temblar a la luz de la luna.

Su mano todavía estaba sobre la mía, pequeña y fría. El agua le llegaba a los muslos, haciendo girar el dobladillo de su vestido rosa mientras flotaba alrededor de sus piernas. Sería tan fácil besarla en ese momento y acariciar su mejilla con la mano. Sentí en el pecho una oleada de ganas de consolarla. Me miró a los ojos y su barbilla se levantó desafiante, como si quisiera que notara que se había sentido sola, y lo admitió.

“¿Lista para volver?”.

“Supongo que sí”, dijo. “¿Una vuelta más por el camino?”.

Le di la vuelta un par de veces. Se rio y se balanceó contra mí, se apoyó en mi pecho un segundo más de lo necesario para recuperar el equilibrio. Era lo único que podía hacer, sin cerrar mis brazos alrededor de ella y abrazarla, para mantenerla a salvo.

“Eres tan cálido”, se maravilló, “incluso, con el viento y el agua fríos. ¿Cuál es tu secreto?”.

“Entrenamiento SEAL,” dije, bruscamente.

“¿En serio? ¿Te enseñan a no pasar frío?”.

“No. Realmente, no. En mi caso, siempre he padecido el calor. Mi madre nunca pudo lograr que usara una manta en la cama, ni en invierno”.

“Yo siempre tengo frío. Quiero decir, no aquí, donde hace un calor de cojones la mayor parte del tiempo. Joder”.

“¿Qué?”.

“He dicho calor de cojones. Eso es vergonzoso”, dijo. “Estoy tan acostumbrada a estar con Jessica y decir lo que se me ocurra. Lo siento”.

“No tienes que disculparte por decir cojones”, dije, con una sonrisa, “Sé lo que son. Tengo un par”.

“Estoy segura de que sí. Y deben ser adorables”, dijo, y luego se echó a reír: “No sé por qué dije eso. Intentaba ser educada”.

“Nunca antes habían llamado adorables a mis testículos. Supongo que debería sentirme halagado. Pero ha sido raro”.

“Lo sé. Soy rara. No puedo evitarlo”, dijo.

“No eres rara. Eres sincera”.

El vestido se le había pegado a las piernas, húmedo y etéreo. Podía ver el hueco donde se apretaba contra su sexo. Mi corazón pareció dar un vuelco y me quedé sin aliento por un momento. Una vez que estuvimos en la arena, se estremeció. Su barbilla se tambaleó como si intentara evitar que le castañetearan los dientes. La noche me parecía lo suficientemente cálida, pero ella tenía la mitad de mi tamaño, por lo que tenía sentido que tuviera frío.

“Ven aquí”, dije, “un viejo truco de los SEAL para calentarse”.

Ella me miró dudosa.

“¿Confías en mí?”, dije.

“¿Debería?”, respondió.

“Eso depende de ti”, dije.

Brandi se acercó: “Muéstrame el viejo truco de los SEAL”, dijo.

“Eres una chica valiente”, dije, con una sonrisa irónica.

La rodeé con un brazo y la acerqué contra mi pecho. En lugar de sobresaltarse o alejarse,

Brandi se acurrucó contra mí. Tenía la altura perfecta para apoyar la mejilla sobre mi corazón. Suspiró y me rodeó la cintura. La estreché entre mis brazos, con cuidado de no aplastarla. Ella aguantó, me abrazó fuertemente y se hundió en mi pecho como si le perteneciera.

"Se te da muy bien", dije, tratando de ocultar el ardiente sentimiento que crecía en mí.

"Me llevé la plata en abrazos en PyeongChang 2018", dijo. Me reí.

"Pensaba que abrazar era un deporte de invierno", dije.

"Los abrazos deberían ser un deporte durante todo el año. Dios, los echo de menos".

Dio un paso atrás y dijo: "Gracias".

"¿Has entrado en calor?", dije.

"Sí", dijo ella, con ligereza.

Seguí su ejemplo, mientras se ponía los zapatos y volvía a la carretera. Me froté el brazo, esperando que pensara que me estaba quitando la arena, cuando en realidad estaba tratando de quitar la presión de su mano que aún podía sentir, como una huella de su tacto, en mi piel.

"¿Por qué los echas de menos?", pregunté, consciente de que me estaba metiendo en territorio personal.

"Llevo ya un rato soltera", respondió ella.

"¿Qué es un rato?".

"Un poco más de dos años", admitió.

Casi me atraganto. "¿Los hombres de donde eres son estúpidos?", pregunté.

Ella se rio, pero sonaba vacía. "No lo sé. He estado finalizando mi maestría y trabajando a tiempo completo como camarera. Me he mantenido ocupada".

"¿No has tenido citas?".

"Mira", dijo, "me estoy divirtiendo contigo. Ha sido divertido. Pero prefiero no entrar en esta conversación ahora mismo. Nunca debió haber empezado. Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto hasta que pusiste tu brazo alrededor de mí".

"Todos tenemos cosas de las que no nos gusta hablar, así que, dime qué te gusta de la isla".

"Me encanta este sitio, todo es cálido, alegre y acogedor. ¿Por eso te has mudado aquí?".

"Sí. Es lo contrario de lo que era mi vida hasta ese momento. Quería algo diferente, un nuevo estilo de vida".

"Entonces has tomado una buena elección. Creo que si pudiera empaquetarlo todo y mudarme a cualquier lugar, sería un sitio como este".

"Oh, eso es porque te gusta el pescado con patatas fritas del pub", bromeé.

"Lo he comido dos veces en dos días", dijo. "Está realmente bueno. Pero no me mudaría a una isla solo para comer eso".

"Entonces necesito mejorar la receta".

"¿Ese es tu objetivo? ¿Atraer a los turistas para que se muden a la isla y se conviertan en clientes permanentes?", ella rio.

"Es un modelo de negocio", dije.

"Háblame de los negocios que tenéis tú y tus hermanos. Billy organiza excursiones de senderismo. Parece que vosotros cinco os estáis comiendo el mundo".

"Tengo el pub, Billy hace senderismo, Brendan, que es el más cercano a mí en edad, tiene un negocio de surf. Mickey es socorrista y hace excursiones de buceo. Tommy es el más joven y se encarga del bar, en el pub, a tiempo completo".

"Entonces, técnicamente, cualquier chica podría reservar su viaje aquí y pasar todo el tiempo entretenida por los hermanos O'Shea. Pasear, hacer surf, bucear, beber y comer. Sin mencionar las clases de baile de Tommy en el pub".

“A los turistas les gusta el baile irlandés. Es un truco publicitario. Tú no has bailado”, dije.

“No se te escapa una, ¿no?”, preguntó. “No soy de bailar. Me da vergüenza”.

“No tienes nada de qué avergonzarte, por lo que puedo ver,” dije, repasando su cuerpo con una mirada que me permití echarle.

“Gracias”, dijo, “la falda mojada, realmente, parece alta costura”.

“No estoy bromeando. Me gusta lo que veo”, dije.

“Bueno, a mí también”, me espetó, mirándome, y sentí un impacto en el pecho.

Después parpadeó rápidamente por la vergüenza y continuó:

“Nunca he visto a nadie como tú. Quiero decir, deberías tener un aspecto aterrador. Eres grande y llevas tatuajes, aunque sinceramente, no sé si los tienes por todo el *cuerpo*, pero el hecho de que me lo haya preguntado dice mucho. No soy alguien que mire a la gente así”, dijo.

“No tienes nada de qué avergonzarte. Me gusta escuchar que me miras como una mujer”.

“No es algo habitual en mí. Suelo ser muy tranquila”, dijo.

“¿Estás tratando de evitar que me ponga nervioso? Porque no creo que seas una depredadora sexual por haberme mirado el cuerpo. Me gusta. Si no creyera que fueras a desmayarte, te ofrecería echar un vistazo más de cerca, cuando quieras”, dije, con una sonrisa maliciosa.

“Estás tratando de matarme con esa sonrisa, ¿no?”, preguntó con aspereza.

Y me reí.

“Tal vez solo estaba tratando de que me desnudaras”, respondí.

“Entonces”, dijo en voz alta, “cambiando de tema, sobre el trabajo…”.

“Está bien, morderé el anzuelo. ¿Cuál es tu profesión?”.

“Soy educadora. Quiero enseñar en un distrito pobre, como aquel en el que empecé el colegio. Siempre hay escasez de maestros en esas escuelas y los que acaban trabajando allí tienden a ser los menos capacitados, menos experimentados y, básicamente, los menos cualificados para atender a esa población. Mi sueño es un colegio a tiempo completo, que tenga un buen programa de nutrición y ofrezca clases para padres y servicios de cuidado y salud después del horario escolar. Ese es realmente el modelo basado en la comunidad en el que creo”.

“Guau”, dije, totalmente sincero. Esta mujer es un encanto.

“Gracias”, dijo. “Y gracias por no decir que soy una especie de santa. No lo soy. Mi intención es marcar la diferencia a través de la educación y tengo la energía y motivación para hacerlo. Y no voy a desperdiciarlo”.

“Estoy impresionado”, dije. “Ese distrito tendrá suerte de tenerte”.

“Gracias”, dijo. “Es lo único que siempre quise hacer”.

“Así es cómo me sentía acerca de la Marina. Empecé a hacer ejercicio y a entrenarme años antes de tener la edad necesaria para alistarme o hacer los exámenes”.

“Entonces lo entiendes, sabes lo que es tener un sueño. Partirte el lomo por ello y saber que vale la pena”.

“Sí, lo entiendo”, dije.

“Esto ha sido muy divertido, volver caminando a casa contigo, tomando un desvío por la playa. Discutí con Jess acerca de que podría volver al hotel por mi cuenta. Y podía. Pero me alegro de que hayas venido”, dijo. Fue tan dulce y me pilló desprevenido que no sabía cómo responder al principio.

“Yo también”, dije, al fin.

Lamenté ver el complejo turístico más adelante con las enormes antorchas tiki, de imitación tropical, ardiendo para iluminar el camino. Ella marcó el camino hacia un edificio en la parte trasera del complejo, frente a la playa. Metí las manos en los bolsillos y miré a izquierda y

derecha para asegurarme de que no había nadie alrededor, nadie acechando en las sombras listo para saltar sobre ella. La tensión me recorrió los hombros, tal como ocurría cuando estaba en una misión. Ya me había sentido protector con ella, incluso antes de tenerla en mis brazos durante aproximadamente un minuto y medio. Podía cerrar los ojos y sentir la forma y presión exacta de su cuerpo contra el mío. Pero, por el momento, estaba en alerta máxima, listo para protegerla, tal como hice cuando entró al agua. Sacó un llavero para escanear en la puerta.

"Hemos llegado sanos y salvos, dijo. "Le enviaré un mensaje de texto a Jessica una vez que esté dentro, para hacerle saber que he sobrevivido a las peligrosas cuatro manzanas que hay desde el pub hasta el hotel sin que me molestaran".

"Había minas terrestres por todas partes; ahora puedes entender por qué estaba preocupado", bromeé.

"Tenía un Navy SEAL para protegerme", dijo, un poco coqueta.

"Cuando quieras", dije. "Cualquier cosa que necesites, estoy a tu servicio".

¿Por qué diablos dije eso? ¿Acaso me había convertido en Romeo?

"Eso es muy dulce por tu parte, pero hay cosas que necesito que no creo que puedas darme", dijo, algo triste.

"¿Es eso un desafío?", pregunté, levantando su barbilla para que sus ojos se encontraran con los míos.

Brandi puso su mano en mi pecho, no para alejarme, tampoco para acercarme. Solo para tocarme, por el placer de tener su mano en mi cuerpo. ¿Era consciente de que su contacto me atravesaba la camisa y me quemaba la piel? Deslicé las yemas de mis dedos, endurecidas por el trabajo, por su brazo desnudo. Noté cómo se le erizaba la piel, siguiendo el camino de mi caricia. Se mordió el labio inferior y levantó los ojos hacia los míos.

Me había jactado de mi fuerza de voluntad. Era hora de demostrarlo cuando la tentación era feroz. Acaricié su brazo arriba y abajo unas cuantas veces y deslicé mi pulgar bajo el fino tirante de su vestido para tocar la piel. Un pequeño corte en su respiración me la puso dura, como si una mano me estuviera apretando el pene. Mi cuerpo respondía a su más mínimo ruido o reacción. No podía decir una palabra, apenas podía inspirar y exhalar. Me estaba cerniendo sobre ella, sintiéndome demasiado grande, demasiado para ella.

Mi cuerpo había pasado de cero a cien en unos segundos, bueno, no había estado a cero desde la primera vez que vi a Brandi Jackson. Tragué saliva con esfuerzo. Quería que me invitara a su habitación. Quería pasar una noche de sexo salvaje y sucio con ella, algo que borrara su soledad, su tristeza. Podría darle un placer que quemaría todos esos malos recuerdos hasta convertirlos en cenizas.

Sentía la mano de Brandi en mi pecho, demasiado pesada. Su mano me hizo difícil respirar hondo.

"Debería darte las buenas noches", dije, con esfuerzo.

Dando un paso atrás, quité mi mano de su brazo. Significaba alejarse, a regañadientes, del alcance de su brazo.

Ella asintió. "Buenas noches, entonces", dijo, volviéndose para abrir la puerta.

De repente, saltó hacia atrás y chilló. Agitó una mano frente a su cara y se tambaleó hacia atrás.

La sujeté, para estabilizarla, e inmediatamente vi lo que la había asustado. Una araña, de las que era común ver por la isla, pero del tamaño de un plato, se había caído del marco de la puerta al pomo. No era de extrañar que hubiera saltado hacia atrás, como si la estuvieran electrocutando.

“Te tengo. Es solo una araña”.

“Y un T-rex era solo un dinosaurio”, respondió aplaudiendo.

“¿Estás bien?”, dije, listo para liberarla de mi agarre, ya que parecía estar bien.

Ella negó con la cabeza.

“Estoy aterrorizada. Deberías abrazarme”, dijo, mirándome a los ojos, más descarada de lo que esperaba verla.

“Si insistes”, dije.

La levanté y la puse en el muro de contención de estuco, que tenía un montón de hibiscos rojos y dorados que florecían por la noche. La tenía a la altura perfecta, podía sostenerla sin encorvarme. No iba a dejar de abrazarla. Me coloqué entre sus piernas y la sostuve contra mi pecho, envolviéndola en un abrazo de oso. Mis hombros se curvaron alrededor de ella, como si estuviera listo para desviar un golpe o protegerla de la metralla que lloviera sobre nosotros. A continuación, deslicé mis manos hasta sus caderas.

Una vez que tuve mis manos sobre ella y supe que ella también lo quería, no había vuelta atrás. Sus caderas eran generosas y curvadas en mis manos. La atraje hacia mí. Su cuerpo era suave y flexible. Bajé la cabeza y capturé sus bonitos labios, separándolos, saqueando su boca con mi lengua. Sin piedad. Le di un beso profundo y largo, saboreándola hasta saciarme. Con las manos, aprendí cada contorno de su rostro, de su cuello y de sus hombros. Tracé un mapa de su clavícula con las yemas de los dedos y bajé por el centro de su pecho.

Brandi deslizó de repente sus manos detrás de mi cuello, sosteniéndome, jugando con las puntas de mi cabello. Era una sensación potente, estimulante y viva como la brisa que refresca la piel caliente en verano. Excepto que, todo sobre nosotros era caliente y nada nos estaba enfriando. Cuando me tocó el cuello, solté el control que había mantenido. Mis manos fueron directo a sus pechos, acariciándolos, frotando los pezones con los pulgares, disfrutando de los montículos redondeados y deliciosos, y los picos endurecidos ante mi contacto. Ella gimió y apretó mis manos, mostrando su disfrute en todos los sentidos menos en uno. Ella no me estaba devolviendo el beso.

Me golpeó como una jarra de agua fría. La había estado besando, diablos, la había estado matando a besos, y me había dejado besarla, pero eso era todo. Podría estar asustada, por la forma en la que la había levantado e inmovilizado contra la pared mientras saqueaba su boca. Me detuve y retrocedí al instante. Incluso me tambaleé hacia atrás un paso para darle espacio. Soltó los dedos de la parte de atrás de mi cuello. Parecía aturdida, con los labios entreabiertos, brillantes y sonrosados por la abrasión de mis besos.

“Vuelve”, dijo, pareciendo dolida.

Me detuve frente a ella, tratando de pensar en una forma de disculparme.

“Me he dejado llevar”, dije.

Separó las rodillas y alcanzó mi camisa con su mano vacilante sobre mi pecho. Esto no era propio de ella, me di cuenta por sus cuidadosos movimientos. Deslizó su mano por mi camisa hasta mi cuello y guió mi rostro hacia el suyo.

“Me ha gustado”, dijo.

“No me has devuelto el beso”, dije.

Parecía desconcertada, sus mejillas se sonrojaron cuando segundos antes se había mostrado atrevida y feliz.

“Lo siento, ha pasado poco tiempo”, dijo, tímidamente.

Levanté su barbilla con mi dedo y la miré a los ojos.

“Entonces me siento honrado de que estés aquí conmigo en este momento. Pero no tenemos

que hacer nada que tú no quieras hacer”.

Me miró y tomó aire.

“Quiero hacerlo”, dijo, con seguridad.

Presioné mis labios contra los suyos y los abrí suavemente. Era tan cálida y complaciente como antes. Deslicé mi lengua en su boca y la exploré; la sentí temblar un momento y retrocedió, pero después se aventuró y me lamió el labio superior, luego el paladar. Sus brazos estaban alrededor de mi cuello y sus besos eran dichosos y llenos de deseo, frotando sus labios contra los míos. Echó su lengua hacia atrás como con timidez y la acaricié, provocándola, para luego darle un beso apasionado que la dejó temblando en mis brazos.

Me hundí entre sus muslos, con mi inconfundible y duro miembro haciendo presión entre sus piernas. No contento con sostener sus caderas, envolví los brazos a su alrededor por completo. Rompí el beso, acaricié la parte posterior de su cabeza y la abracé contra mi pecho. La sostuve por un momento acurrucada contra mí, para que sintiera mi corazón latir con fuerza, y mi respiración entrando y saliendo de los pulmones. Quería consolarla, quería hacerle saber que estaba tan afectado como ella.

CAPÍTULO 10

BRANDI



BRANDI

Su beso no se parecía a nada que hubiese sentido antes. Me invadió una oleada de deseo. Estaba confundida y excitada y casi con miedo de ser arrasada por él. Cuando puse las manos en su cuello, no pude evitar recordar el cuello de Nick, más suave y pequeño, al contrario que el cuello de Connor, que era grueso, musculoso y con tatuajes en su piel bajo mis dedos. Su cabello era sedoso, parecía extraño que algo tan suave y atractivo fuera parte de un hombre tan grande y tosco. Cuando me sentó en el muro, levantándome como si no fuera más que una muñeca, sentí que me quedaba sin aire en los pulmones. Lo deseaba y reprimí la culpa que sentía por hacerlo.

El primer contacto de su boca con la mía eliminó cualquier sentimiento de vergüenza que pudiera tener. Era ardiente y real. Me sentí tan temeraria, tan fuera de control, pero él estaba allí, sosteniéndome con sus manos, haciéndome sentir un fuerte tirón en la parte baja del vientre. Me invadió un deseo feroz y avasallante y empecé a temblar. Cuando Connor me acarició los pechos con avidez, me arqueé en sus manos. Gemí y me apreté más contra su cuerpo, queriendo más de ese contacto excitante. Quería que me bajara el vestido y me tocara la piel desnuda. Sentí la excitación entre mis piernas junto a una sensación de necesidad que iba incrementándose.

De repente, dio un paso atrás y sentí la pérdida de su cercanía de inmediato.

Se separó, me puso de pie y se disculpó. ¿Por qué se estaba disculpando conmigo por el mejor beso que jamás me habían dado? No quería que se disculpara, no quería que me tratara como si fuera algo frágil. Quería que me deseara. Pero tal vez no lo hiciera.

“Lo siento, Brandi. Me dejé llevar. Deberías entrar. Buenas noches”, dijo, bruscamente.

Connor se metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás. Tan pronto como entré al edificio, se fue. Prácticamente salió corriendo, dando las buenas noches por encima del hombro. No podía creer lo que acababa de pasar. No, todavía podía sentirlo entre mis piernas, su dureza presionando justo donde más lo necesitaba. Habría querido mecerme contra él, moverme arriba y abajo por todo su miembro y correrme. Así de bueno estaba.

Pero tal vez eso no era lo que él quería. Parecía asustado, como si nunca debiera haberme tocado. Como si yo fuera la novicia de *Sonrisas y Lágrimas*. No me sentía una monja. Me sentía como una… iba a decir una puta, pero la verdad era que me sentía como una mujer. Como si estuviese viva, despierta y madura. Me reí ante la idea. Me hizo pensar en emojis de melocotón y sujetadores push up.

Le envié un mensaje a Jessica para hacerle saber que había llegado a salvo. Para mi sorpresa, me envió un mensaje de inmediato:“*Gracias, te quiero, nos vemos pronto”*.

Me reconfortó saber que estaba lo suficientemente preocupada por mí como para interrumpir su rollo con el no-tan-bueno-como-su-hermano-mayor, O'Shea, con quien se había liado. Salí al balcón y admiré la vista, el sonido y balanceo de las olas en las que había estado con Connor. La fuerza de las olas me recordó mucho a la atracción que había sentido hacia él, lo magnífico que era, grande, magistral, capaz de ser tierno y apasionado como nunca antes había visto.

Podría enamorarme de Connor fácilmente. Tan fácil como tomar un baño caliente. Tenía que resistirlo. No estaba dispuesta a pasar página a dos años de dolor y soledad con un rollo de verano. Era frívolo y estúpido. Pero, ¿qué mujer no se volvería loca por Connor O'Shea? Tendría que ser un robot para resistirse. Yo era una chica inteligente. Tenía la cabeza sobre los hombros y tomaba decisiones prácticas. De ninguna manera mi relación con Connor iría más allá de ese

ardiente beso. Está bien, tal vez fueran dos ardientes besos, pero la cosa era que había acabado esta noche.

Dejé mi cabello suelto y la brisa lo levantó ligeramente. Cerré los ojos y respiré el relajante aire salado, el viento fresco que me helaba. Por ello, se me erizaron los pezones dolorosamente contra el algodón del vestido. Suspirando, volví a la habitación. Recogí y doblé parte de mi ropa y algunas prendas de Jessica. Cogí los pantalones cortos del pijama, una camiseta de tirantes y fui a darme una ducha. Seguramente, la ducha me calmaría mi cuerpo acelerado. No podía estar así de encendida toda la noche. Era un sentimiento extraño. Había estado sola mucho tiempo después de la muerte de Nick y pocas veces había sentido interés sexual desde que él se había ido. Probablemente podría contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que me había masturbado en los últimos dos años. Y allí estaba yo, prácticamente temblando de las ganas, necesitando tocarme. Parecía clandestino y hasta un poco sucio.

Puse la ducha muy caliente, hasta que empezó a arder y tuve que bajar la temperatura. Luego dejé que el agua me corriera sobre la cabeza, bajara por la cara y siguiese por los brazos, donde habían estado las manos de Connor. Me giré para quedar de cara al chorro de agua y me cayera por los pechos. La fuerza del agua hizo que me excitara aún más. Me cubrí los pechos con las manos. Las sentía demasiado pequeñas y suaves, en comparación a las de Connor. Sus manos eran grandes y callosas, y me habían consumido los pechos, acariciándolos y pellizcándolos hasta quedarme sin aliento, tratando de encontrar una manera de rogarle por más. Me froté la piel, me masajeé los pechos y pellizqué los pezones, tratando de imitar lo que me había hecho. No era lo mismo, pero aún así me gustaba.

Me pasé la mano por el vientre, siguiendo el rastro del agua. Pasar los dedos entre mis piernas, arriba y abajo, ya era increíble. Mi parte sexual había estado cerrada y amurallada durante mucho tiempo. Era como volver a sentir una extremidad que había estado dormida, estimulante y un poco doloroso al mismo tiempo. La última persona que me había tocado había sido Nick. Él había sido bueno y amable conmigo. Puede que fuera algo más conservador como amante, pero había sido paciente y me dijo qué era lo que él quería. No me había tomado la molestia de averiguar qué era lo que yo quería en la cama, qué era lo que más me gustaba. Me había gustado cumplir sus deseos, me habían gustado los besos y caricias posteriores.

Frotarme por fuera, acariciar mis pliegues sensibles me dejó temblando y necesitando más. Ya estaba respirando de forma entrecortada y me incliné hacia delante, apoyando la frente contra el azulejo de la ducha. Deslicé los húmedos y resbaladizos dedos sobre el clítoris, acariciando solo un lado, luego frotando de un lado a otro, experimentando para ver qué me gustaba más. Estaba disfrutando de la presión y me encantaba frotar más y más fuerte. Se me doblaron las rodillas al presionar con mis propios dedos. Se sentía bien, pero lo único que podía ver era agua corriendo por las baldosas blancas, formando un charco alrededor de mis pies descalzos. Necesitaba algo más. A alguien más. Me dejé fantasear, me di permiso para desatar lo que realmente había deseado.

Connor me besa. Cada detalle de ese beso cambia toda mi vida, cómo vivo en mi cuerpo, lo que puedo sentir, lo que puedo hacer. Todo lo que tengo para ofrecer. Todo lo que él tiene para dar.

Me permití fantasear sobre lo que podría haber pasado si Connor no me hubiera dejado de pie en el suelo para después huir, como si su cabello estuviera en llamas.

Me levanta sobre el muro de estuco, con mis piernas colgando sin poder hacer nada, a unos pocos centímetros del suelo. Viene hacia mí de inmediato, deslizando su mano entre mis rodillas desnudas, separándolas. Da un paso entre mis muslos, donde mi vestido mojado se aferra a

ellos. El calor de su cuerpo es increíble. Quiero arrastrarme hacia él. Es como un horno, ardiente al tacto. Paso la mano por su pecho hasta su garganta. Me estiro y lo beso, lamiéndolo ligeramente. Me encanta la forma en la que me responde y que me haya atrevido a dar un paso más. Me siento poderosa y femenina.

Sus manos me recorren el cuerpo, subiendo hasta mis pechos y acariciándolos. Me tira de los pezones y acerca la cabeza para meterse uno en la boca. El calor de su lengua me consume y me prende fuego. Siento una descarga en mi centro, como si estuviera siendo atraída hacia él. Me derrito con esta caricia y acaricio su cabello frenéticamente. Me coge el otro pezón, pellizcando el que había dejado atrás mientras yo protesto con gemidos. Hace rodar el pezón entre el pulgar y el índice, tirando ligeramente. Me apoyo en los codos, con su mano en la parte baja de mi espalda, sosteniéndome. Mis caderas se elevan espontáneamente, mientras me chupa el pezón a través de la fina tela de algodón.

Connor pasa la mano por mi estómago y con la palma presiona mi montículo. Me arqueo contra él, adorando la presión y cómo cada movimiento parece un chasquido de placer. Me balanceo contra él, sin vergüenza.

"¿Te gusta esto, cariño?", pregunta.

Su aliento es cálido contra mi pezón, que aún está húmedo, tan tierno que hace que me retuerza. Retorcerme me hace escabullirme de su mano.

"S… sí", me las arreglo para decir, con las manos aún enterradas en su cabello, cogiéndolo como si no quisiera que se escapara.

"Dime lo que quieres", exige.

"Tócame más, por favor", respondo.

"¿Ya suplicando?", gruñe, mirándome, "Me gusta la forma en la que 'por favor' suena en esa bonita boca. Quiero que vuelvas a decirlo".

Connor me acuesta sobre la blanda tierra debajo de mis hombros, con un halo de flores rojas y doradas, y él encima de mí. Hace a un lado mi ropa interior, sus grandes y contundentes dedos se arrastran a través de mis húmedos y suaves pliegues. Tiemblo, el placer se me dispara por las piernas con cada caricia. El pulgar calloso me acaricia el clítoris, enviándome escalofríos hasta que le suplico que se detenga, aunque deseo desesperadamente que continúe hasta llegar al éxtasis. Se detiene para besarme y me acaricia con la mano, alisando mi cabello: "Te tengo. Puedes confiar en mí", dice, y un rubor de afecto y felicidad me tiñen la piel.

Connor me acaricia, luego juega con la punta de un dedo en mi estrecho pasaje. Grito por la sobrecarga de placer que me está dando. Entonces siento el agarre caliente de su boca en mi pezón, el empuje de sus dedos curvándose dentro de mí, el grito agudo que se me escapa de los labios mientras me frota el clítoris explotando a su alrededor. Mi cuerpo exprime y presiona alrededor de sus dedos, levanto las piernas en el aire, y mi espalda se arquea como si estuviera siendo electrocutada. Me besa de nuevo. Me recorre el cuerpo y me besa en los labios, tan tierno, tan sensual, que le suplico que venga a mi habitación a pasar la noche. Le pido que me enseñe todo lo que sus manos pueden hacerle a mi cuerpo.

Golpeé la pared de la ducha y gruñí mientras me corría, tocándome e imaginando que era Connor. Quería que fuera él. Me sentí tan bien que después me temblaban las piernas. Me lavé el pelo con una sonrisa en la cara. Me pregunté cómo era posible que Connor me acabase de dar el mejor orgasmo de mi vida… a la distancia. Sentí una ligereza en el pecho. Pasé una velada divertida con él y terminó con excelente sexo, aunque fuera a solas. Me acurruqué en la cama del hotel, deseando que estuviera allí conmigo. Si tuviera su número de teléfono, podría haberle enviado un pícaro mensaje de texto diciendo que era genial en la ducha, solo para molestarlo. Me

reí ante la idea porque nunca haría algo así. No era el tipo de chica que podía bromear con esas cosas tan a la ligera, porque no estaba lo suficientemente cómoda conmigo misma. Mientras tanto, me encantaba la forma en la que me miraba y ver el deseo en sus ojos.

Me hizo pensar que, tal vez, volvería a tener antojo de pastel de carne mañana por la noche.

CAPÍTULO 11

CONNOR



¿Pero qué demonios estaba haciendo? ¿Intentando acostarme con una inocente turista con un pasado trágico? No había duda de que la deseaba, pero ella estaba fuera de mi alcance. No era del tipo de chica con quien follar. Lo supe la noche que la vi por primera vez. La tristeza en sus ojos me lo dijo. ¿Acompañarla a casa para mantenerla a salvo? Bien. ¿Manosearla en la puerta del hotel? No está bien. Prácticamente, la devoré. Es un milagro que mantuviera la compostura lo suficiente como para no follarme su pierna. Me sentí como un estúpido adolescente.

Pero ese beso, maldita sea. La primera vez que su lengua rozó la mía, estallaron fuegos artificiales. No de tipo romántico sino de tipo sexual. Me la ponía dura solo de pensar en ese beso del que escapé. No fue mi intención faltarle el respeto, manosearla ni besarla. Pero lo había hecho, eso y más. La sentía tan viva, cálida y ansiosa, y por la forma en la que me devolvió el beso, la sacudida de triunfo me hizo tener ganas de más. Me hizo quererlo todo. Era una forma de éxtasis que me nublaba el cerebro y borraba el hecho de que se merecía a alguien que no estuviera completamente jodido por un trastorno de estrés postraumático. Algún joven esperanzado la conquistaría y tendrían perros labradores, un bebé regordete y una casa con un columpio en el porche. Le deseaba lo mejor con todo mi ser. Del mismo modo que quería darle una paliza a su futuro esposo imaginario.

Sí, mi cabeza estaba fatal. Así pues, cuando llegué a casa, aparqué en un extremo, como excusa para pasarme a ver si Brendan todavía estaba despierto. Me acerqué a su cabaña, haciendo tanto ruido como pude, por si estaba dormido, pero las luces estaban encendidas. Me dirigí a la puerta y llamé.

“Soy yo, cabrón”, dije.

“Pasa, anciano”, gritó Brendan. “Pensé que ya había pasado tu hora de acostarte”.

“Estaba acompañando a una chica bonita a casa”, dije. “A petición de Billy, para poder irse con su compañera de habitación”.

“¿No eres un poco viejo para jugar al cómplice?”, preguntó Mickey.

“Vaya, mira quién ha aparecido por aquí. ¿Estás probando una?”, pregunté. Mickey me pasó su botella.

“Una buena lager americana, hermano. La Guinness me sabe a orina estancada”.

“Bebes mucha orina desde hace días, ¿verdad?”, lo desafié, cogiendo una cerveza de la nevera y recostándome en el sofá de cuero de Brendan.

“Háblame sobre esa chica”, dijo Brendan. “Retiro lo dicho. Has llegado a casa demasiado pronto habiendo una mujer involucrada de por medio. ¿Te ha rechazado?”.

“No”, dije.

“Has perdido la mano, ya veo”, dijo Mickey; diciendo gilipolleces como siempre.

“Tal vez sea fea”, se preguntó Brendan.

“No, Brandi es una rubita muy guapa y con curvas generosas. Tiene un hoyuelo en la mejilla derecha. Y ojos como dos piedras preciosas”, dije, con un suspiro.

“Entonces, ¿por qué diablos estás sentado aquí con nosotros? ¡Dios, Con, diviértete un poco! No tienes que estar deprimido todo el tiempo”, dijo Brendan.

“Sí, ¿por qué no te has tirado a Brandi mientras Billy se tiraba a la compañera de cuarto?”, preguntó Mickey.

“Ella no es así”, dije, acaloradamente, apoyando la cerveza sobre la mesa baja. “Así que mantened su nombre fuera de vuestras bocas”.

Vi a Brendan y Mickey intercambiar una mirada que claramente decía: “¡Vaya!”.

“Dejadlo”, dije. “Hablemos de otra cosa”.

“Está bien. Estoy reservando clases de surf dobles para las próximas tres semanas. Vienen muchos grupos”, dijo Brendan.

“Bien. Si necesitas ayuda, pregúntale a uno de los otros muchachos. Yo no hago surf”.

“Lo sabemos. Prefieres pilotar un submarino encubierto”, se rio Mickey.

“No tengo un submarino”, dije.

“No, pero preferirías tener uno. No bailas ni surfeas, ni nada para llamar la atención”, observó Brendan.

“Fueron demasiados años en operaciones encubiertas”, dije. “Viejos hábitos. Además, mido metro noventa y cinco. Es difícil pasar desapercibido”.

“Venga, podemos ir a otra excursión de buceo”, dijo Mickey. “Te encantó la otra vez”.

“Eso es porque el buceo es muy guay”, dije. “Me encanta estar bajo el agua y ver el fondo marino. Y la tranquilidad. ¿Está el negocio de buceo tan en auge como el de surf de Brendan?”.

“Sí, tengo tantas reservas que tuve que rescatar a Billy para pasado mañana. Iba a ir de excursión a un acantilado. Es una ruta de todo un día y le gusta tener un socorrista cuando va con los novatos”.

“Yo puedo ir”, dije. “Tommy abrirá el bar mañana. Tengo mucha experiencia en primeros auxilios”.

“Sí, podrías hacerlo”, dijo Mickey. “Te lo agradecería y estoy seguro de que Bill también lo haría”.

“Sin embargo, no te gusta ir de ruta”, dijo Brendan.

“A nadie le gusta caminar, excepto a Billy. Pero las vistas son buenas y me gustan los espacios abiertos. Si se mete en alguna maldita cueva, que no cuente conmigo”.

“Eso es genial. ¿Así que te has caído y te has roto la pierna en una cueva?

Menudo follón, turista; no me gustan los espacios cerrados, tendrás que mover el culo hasta la entrada de la cueva para que pueda ayudarte”, se rio Mickey.

“Oye, si necesita un socorrista, no se puede ser tan exigente. Además, las cuevas son asquerosas. Huelen a moho y siempre hay algo que desearías no haber encontrado nunca”, dije.

“¿Así que, ‘búsqueda y rescate’ no era tu favorito?”, Brendan se rio.

“No, para nada”, dije, bruscamente.

“Está bien, entonces, irás de excursión mañana. Llévate agua. Billy solo lleva agua elegante para los turistas. Si no quieres agua con gas de manantial embotellada, llévate la botella de casa”, dijo Mickey.

“No quiero agua para chicas con sabor a fruta”, dije. “Gracias por la advertencia”.

“Es difícil creer que era militar con su agua de diseño y esas tonterías”, dijo Brendan.

“Lo hace por los turistas”, dijo Mickey. “Dice que les gusta vivir una experiencia de primera clase. Lo mismo con la cámara de alta resolución que alquila. Supongo que debe estar metido en algo porque tiene un montón de clientes. Me sorprendió que me preguntara para pasado mañana, porque había dicho que la familia canceló”.

“Tal vez tenía lista de espera. Obviamente, recibió otra reserva. Sabemos muy bien que Billy no se levantaría temprano si no hubiera dinero en juego”, dije.

“Cierto. ¿Recuerdas el verano que tuvimos que entregar sus papeles?”, preguntó Brendan.

“Sí, pensó que podía hacerlo como a las once o doce del mediodía, pero tenían que estar listos a las siete de la mañana”, me reí entre dientes. “El hijo de puta no pudo levantarse a tiempo”.

“¿Por qué lo cubrimos de nuevo?”, preguntó Mickey.

“Porque no queremos que el nombre de O'Shea esté relacionado con la vagancia”, dijo Brendan. “Podría haber manchado nuestro buen nombre. Yo hacía los martes, lo recuerdo”.

“Yo tenía los lunes. Los lunes por la mañana eran una mierda”, reflexionó Mickey.

“No, Billy era un poco mierda”, me reí. “Especialmente cuando descubrió que nos estábamos quedando con el dinero de la ruta”.

“Hacía un día a la semana”, dijo Brendan.

“¿Un día entero? Es bueno que trabaje para sí mismo. No se levantaría si no fuera algo que quisiera hacer”, dije. “Pero iré y lo ayudaré. ¿A qué hora?”.

“A las nueve”, dijo Mickey. “En tu lugar, llegaría un poco antes para averiguar la ruta y esas cosas”.

“A las nueve está bien”, dije.

“¿Incluso sin haber dormido”, preguntó Mickey.

“Estoy bien”, dije. “Mejor que tú que no echas ningún polvo”.

“Echo muchos polvos”, dijo.

“Sí, por eso estás en casa de Brendan esta noche”.

“Tú también estás aquí”, señaló Mickey.

“¿Qué tiene de malo mi casa? Aparecéis todos de repente, os bebéis mi cerveza y habláis pestes de estar en mi cabaña”, dijo Brendan.

“Prefiero estar con una mujer”, admitió Mickey.

“Yo también”, dije.

“¡Bueno, y yo!”, Brendan se rio. “Pero si estamos solos, al menos la cerveza está fría y la conversación es buena”.

“Vale, no quise herir tus sentimientos, niña llorica”, bromeé.

“Tú eres la llorica en este caso”, me devolvió.

“Creo que me iré a acostar y os dejaré solos”, dijo Mickey, tirando su botella en el contenedor de reciclaje.

“Ambos somos mayores que tú”, dijo Brendan.

“Sí, sí, hasta luego, bebés”, dijo.

Me volví hacia Brendan. “Menudo peso pluma. Lo deja después de una cerveza”.

“Llevaba tres. Llegó justo antes que tú”, dijo Brendan

“Entonces, ¿cuál es tu opinión sobre la fiebre del turismo? ¿Deberíamos empezar a aceptar reservas en el pub a través de los resorts, o no?”, dije.

“¿Me estás pidiendo consejo, hermano?”, bromeó Brendan.

“No, es parte de la conversación mientras bebo otra cerveza”, me encogí de hombros.

“¿Te gusta esa chica?”.

“Ya me has oído”, dije, rotundamente. “El tema está zanjado”.

“Vale, vale. Entonces, ¿qué tal este tema? ¿Vas a hacer eso de las tele-consultas para tu trastorno de estrés postraumático?”.

“¿Te ha llamado mamá por eso? Maldita sea. No puedo decirle nada a esa mujer”, negué con la cabeza.

“Ella sabe que necesitas a alguien que te cuide. Nos has apoyado desde el día en que nacimos. Nos gustaría devolverte el favor en algún momento. Eso es todo”.

“Estoy bien. Se lo he dicho para quitármela de encima”.

“Con, no duermes. Veo tu luz encendida a todas horas”.

“Necesitas una mujer. O, que diablos, empieza a hacer crochet si vas a ser una vieja cotilla. Encuentra algo que te mantenga alejado de mí y de mi negocio”, dije.

“Eres un cascarrabias”, dijo.

“¿Y qué, si lo soy?”.

“No solías ser así”.

“Todos hemos madurado, Bren. Esto no es una casa del árbol”, dije, irónicamente.

“Lo sé”, dijo, desplomándose en el sofá.

“Ya puedes decirle a mamá que lo has intentado”, dije. “Dile que soy un cabezón, como siempre. Has cumplido con tu deber como hermano”.

“Entonces, mi próxima tarea es conseguirte una mujer”, dijo.

“No, gracias. He visto a las mujeres que te gustan. No son mi tipo”, dije.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Brendan.

“Me gustan las tetas grandes, pero también necesitan ir acompañadas de un cerebro”.

“El hecho es, hermano, que no siempre busco conversación”.

“No hay nada más sexy que una mujer inteligente, que sepa hablar y con sentido del humor”.

“Eso es lo que funciona para ti, hermano. Tú quédate el sentido del humor, que yo me quedo con las tetas”, dijo, y se rio.

“¿Qué ha pasado con Penny? Esa chica de uno de los hoteles con la que saliste un tiempo. De hecho, la conocimos. Eso fue bastante serio”.

“Terminamos. Obviamente. O ella estaría aquí conmigo en tu lugar”, dijo.

“¿Estás diciendo que prefieres la compañía de una ex a la mía?”, bromeé.

“Claro que sí. Pasé años en la misma casa que tú. Podría pasar algunas noches más con Penny”.

“Así que, por 'terminamos’, ¿quieres decir que ella te dejó?”, bromeé.

“Fue mutuo”, dijo.

“Eso es lo que dice la gente cuando los dejan tirados”, dije.

“Tal vez, pero, aún así estoy mejor que tú. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste novia?”.

“¿Novia? Cuando tenía diecisiete años. ¿Qué hombre adulto tiene novia? Ahora, si estamos hablando de ligar, hace poco”.

“Está bien. ¿Cuándo fue la última vez que saliste con la misma mujer más de dos veces?”, dijo.

“Uh… Claire”, dije.

“De lo de Claire hace como dos años, además era una turista y eso no cuenta. Porque vienen por una semana, de todos modos. Eso no es algo estable. Eso es una aventura. Sigue pensando”.

“Cerremos esta conversación. A menos que necesites hablar sobre tus sentimientos o alguna mierda de estas”, dije en broma.

“De acuerdo. Hazte el duro y reservado. Cuando te suba la presión arterial por no expresarte, ya verás lo que me importa”.

“No le digas a mamá que crees que tengo la presión arterial alta”, dije, “porque todavía puedo darte una paliza”.

“Lo dice el hombre que le tiene miedo a mamá”, bromeó.

“Estoy en perfecto estado de salud”.

“Sí, estás perfecto, está bien. Ahora, deja de beberte mi cerveza, mueve el culo y vete a casa. Cierra un poco los ojos”, dijo.

“¿Me estás echando porque necesitas un sueño reparador?”, bromeé.

“Soy atractivo por naturaleza ”, dijo. “Tú, por otro lado, pareces viejo como el diablo”.

Puse los ojos en blanco y tiré mi botella vacía a la papelera de reciclaje. Me sentí mejor después de pasar el rato con mis hermanos. Había una razón por la que viajábamos en grupo. Los chicos O'Shea estaban mejor juntos.

CAPÍTULO 12

BRANDI



Dormí profundamente y tuve un sueño reparador. Cuando me desperté y me estiré, girándome hacia la luz del sol que entraba por las puertas que daban al balcón, pude ver que había dormido hasta tarde. Mirando el teléfono, vi que eran más de las nueve y media. Crucé los brazos detrás de la cabeza y pensé en lo bien que lo había pasado con Connor, en lo bonita que había sido la velada. Cuando Jessica se fue con Billy, supuse que me esperaba una simple noche triste y solitaria. En vez de eso, caminé junto al mar con Connor O'Shea y me dio el mejor beso de mi vida.

Estaba sonriendo mirando el techo cuando entró Jessica, tratando de no hacer ruido.

"Oye", dije, "¿lo habéis pasado bien?".

"Sí", me sonrió. "¡Y Billy se ha ofrecido a llevarnos de excursión mañana, todo el día, a las dos!".

"Me parece genial", dije, un poco ausente.

"Oye", dijo. "¿Qué te pasa? Estás distraída, pero pareces feliz. ¡Cuéntamelo!".

"De acuerdo. Pues Connor me acompañó a casa y nos besamos", dije. "Nada del otro mundo". Podía sentir mi enorme sonrisa, mi sonrojo anunciando la mentira que había soltado al decir que no había sido nada.

Jessica chilló, un grito al estilo de una niña de trece años. Saltó a mi cama y rebotó sobre sus rodillas. "¡Cuéntame más! ¡Cuéntamelo todo!".

"Pero, perdona", dije, inexpresivamente. "¿Tuviste o no tuviste sexo real anoche con Billy? Estás actuando como si besar a alguien fuera algo importante".

"Es algo grande. Ha pasado mucho más tiempo desde la última vez que te besaste con alguien que desde que yo tuve sexo", señaló.

"Ay, Dios mío. No me lo recuerdes. Soy como la novicia de *Sonrisas y Lágrimas*, por el amor de Dios", gemí.

"Incluso, ella tenía más rollos que tú", bromeó Jessica; y le di con una almohada.

"¡Está bien, cuéntamelo todo! ¡Por favor!", dijo ella. "Seré amable y no hablaré de que tu vagina tiene treinta y nueve años. Porque a pesar de que tienes veinticinco, ser célibe cuenta como años caninos para el chocho. Además, es posible que tu virginidad volviera a crecer por debajo de las telarañas".

"¡Callate!", me reí, "¡eres lo PEOR!".

"Está bien, no lo diré más. Lo juro", se rio, cuando la golpeé con la almohada de nuevo.

"¡No te diré NADA!", me reí.

"Por favor. Estaré calladita. Ni siquiera sabrás que estoy aquí", prometió.

“Eso sería al principio. Es imposible que no hagas ruido. Ni siquiera lo conseguías cuando solías colar a Brian en tu habitación, en el último curso. El sexo secreto más ruidoso de la historia”, dije, con una mueca.

“¿Lo oías? Uf, lo siento. Él fue mi primera vez. Se suponía que tenía que hacer mucho ruido”, dijo.

“No creo que nadie haga tanto ruido, a menos que esté siendo asesinado”, dije, con los ojos en blanco.

“Está bien, basta de divagaciones. ¡Háblame del beso!”.

“Vale, bueno, me estaba acompañando de vuelta al hotel. Nos detuvimos en la playa, porque a mí me apetecía y me adentré en el agua. Lo más extraño fue que no solo me esperó. Él me siguió. En realidad esperaba que le diera un puñetazo a un tiburón, o algo así, si se acercaba a mí. Era como tener un guardaespaldas personal”.

“Eso suena sexy”.

“Lo fue. Quiero decir, las olas no se atrevieron a jugármela, con él vigilando”, me reí, “pero me mareé un poco, ya sabes, oscilando en la oscuridad… y él me ayudó a recobrar el equilibrio. Había… una energía entre nosotros. Como nada que haya sentido nunca. Fue como un agarrón en la garganta, pero en el buen sentido”.

“¡Y te besó!”.

“No, en ese momento no. Ahí fue solo tensión y algo de contacto. Sin tocamientos sexuales, quiero decir. Bueno, fue sexual porque todo en él lo es. Pero fue como si al tocarme el brazo saltaran chispas. Quería que me tocara por todas partes. Puedo decirte que me había enloquecido. Volví a la orilla y cogí mis zapatos. Hablamos todo el camino de vuelta al hotel y simplemente sucedió. Y luego huyó a la mitad”.

“Está bien, ‘simplemente sucedió’ es literalmente lo contrario de darme detalles. Eso no es nada. ¡Cuéntame cada maldito detalle Brandi Michelle Jackson!”.

“Eh, ya te lo he contado. Me besó”, dije, burlándome de ella. Me reí. Jessica me frunció el ceño.

“¿*Cómo* te besó?”.

“Um, con los labios”, dije, tímidamente.

“No me digas. Sabelotodo”.

Jessica fue la que me golpeó con una almohada esta vez. Me reí y le quité la almohada.

“Vale”, dije. “Te lo diré. Estaba escaneando la llave para entrar a la habitación y una araña enorme cayó del tejado. Salté hacia atrás y él me tomó en brazos. Traté de ligar con él y le dije que tal vez debería abrazarme. Luego me levantó y me colocó sobre el muro de estuco con flores. Y me besó”.

“Me encanta la parte en la que te cogió. Es tan varonil”, dijo. “Dime cómo besaba”.

“Fue ardiente. Yo me estaba derritiendo. Pero se detuvo”.

“¿Por qué?”, sonaba tan frustrada como yo.

“Pensó que me había asustado. No le estaba devolviendo el beso”.

“¿Estabas demasiado abrumada por el deseo? ¿Paralizada por la sensualidad de Connor O'Shea?”, Jessica bromeó.

Me encogí de hombros:

“Admito que era el primer hombre al que besaba desde Nick, que estaba falta de práctica y que me sentí un poco desprevenida por mis sentimientos”.

“¿Y fue entonces cuando se escapó?”, preguntó.

Negué con la cabeza:

“No. Volvió a por más”, suspiré.

“¡Sí, ya lo tienes, niña!”, dijo.

“No seas tonta”, me reí.

“No, quiero que encuentres a alguien que realmente te guste y vayas a por ello”, se rio.

“Quiero desayunar”, dije.

“Sí, te ha entrado hambre con todos esos ardientes besos”, bromeó.

“Es cierto. Ahora cuéntame lo de Billy”, dije.

“Oh, yo no hablo de esas cosas”, dijo maliciosamente.

“¿Qué? ¡Me has hecho contártelo todo! ¡Es injusto!”.

“Estoy bromeando. Fue un amante muy considerado. Estuvo todo el rato tocándome la cara, lo que creo que se suponía que era romántico, pero en realidad no es lo mío”.

“Es romántico. Eres tú la que no lo eres”, dije.

“Eso es cierto. Mi idea era tener sexo rápido y desenfrenado, pero él hizo más que desnudarnos y meternos a la cama. Puso música”.

“Qué idiota”, me reí.

“Ha sido muy dulce. Es que no estoy acostumbrada a ese tipo de cosas”.

“Has usado protección, ¿verdad?”.

“Sí, por supuesto. Yo tenía condones y él también. Todos teníamos”, dijo, con los ojos en blanco.

“Solo estoy cuidando de ti”.

“Usamos sus condones porque los míos eran normales y él necesitaba extra grandes, si sabes a lo que me refiero”.

“¿Cómo no iba a saber a qué te refieres con extra grande? Se explica por sí mismo”, dije.

“Quiero decir que su pene es enorme”, continuó con una risa.

“Lo he pillado. Eres una poeta. Deberías escribir libros con tu hermosa y romántica poesía”, dije, inexpresiva.

“Pero enorme”, dijo.

“Ya tenemos título para tu libro. Pero enorme: los poemas de Jess sobre los penes”.

“Harían la película. Todas las estrellas más populares pelearían por el papel principal”, dijo.

“Pero no habría un papel principal. Solo una serie de hombres en papeles secundarios”, bromeé.

“Sí, vale, eventualmente habrá un papel principal. Elegiré a un chico uno de estos días”, dijo Jessica.

“Vale, yo también lo haré. Pero tengo que encontrar a uno que no se escape en cuanto empiece a interesarme”, dije en broma.

“Sabes, Billy mencionó que Connor tiene muchos problemas. Tal vez, no deberías tomarte como algo personal el que se fuera. Creo que tuvo algunos conflictos después de dejar la Marina”.

“¿Qué tipo de problemas?”, pregunté, curiosa.

“Creo que las palabras exactas de Billy fueron: ‘pasó por cosas muy duras en la Marina y las lleva consigo’. Realmente no me dio los detalles. Pero debió haber sido algo malo”.

“Eso da que pensar. Porque Billy también era un SEAL, ¿verdad? Quiero decir, si otro SEAL dice que alguien pasó por cosas muy duras… tiene que ser serio”.

“Eso es lo que pensé. Y Billy no… si bien no lo conozco muy bien, creo que no exagera. No le está agregando dramatismo al asunto. De modo que, si Connor actuó de forma extraña, supongo que tiene más que ver con un trastorno de estrés postraumático que con el hecho de

haberte besado".

"Bueno, no me gusta que esté pasando por eso, pero es mucho mejor que pensar que se dio cuenta de que me estaba besando y se fue cagando leches".

"Vayamos a la playa. Este lugar es demasiado bonito como para quedarse en la habitación todo el día".

"Pero antes de ir a la playa, tenemos una cita", dije, sonriendo.

"¿Qué?".

"¡Nos van a dar un masaje! Encontré un Groupon y conseguí dos masajes de treinta minutos al mediodía".

"¡AY DIOS MÍO! Nunca me han dado un masaje. ¡Esta es la cosa más genial del mundo! ¡Gracias!", Jessica me abrazó. "Y voy a pagarte la mitad, sin rechistar".

"De ninguna manera, tu masaje es el gratuito", dije, sonriendo.

"¡No, es el tuyo!".

"Es el tuyo y tú te encargas hoy de las bebidas", dije, "no se habla más del asunto".

"Trato hecho. Pero será mejor que te bebas tu peso en piñas coladas, bonita".

"Oh, lo haré".

Nos reímos mientras nos preparábamos para ir al spa. Nos decidimos por ir en bikini y cubrirnos con un pareo.

"Ojalá pudiéramos retocarnos las uñas de los pies. El tío de seguridad del aeropuerto me quitó el esmalte", dije.

"¿Le ofreciste una mamada? No, no lo hiciste. Ves, podría haber habido una forma de salvar el pintauñas".

"Jess. No".

"Estoy bromeando. ¡Dios, me miras como si hablara en serio!", rio.

"Me has asustado por un segundo. Pensé, ¡Dios mío, no intercambiamos sexo por favores! Además, ¡era un pintauñas de diez dólares!", me partí de risa.

"Bueno, por una laca de cinco dólares eso podría ser excesivo. Pero, ¡diez dólares!, OPI[1] genuino. Sí, esa mierda es valiosa", se rio.

Jessica se puso su endeble sombrero para el sol y posó. Le tomé una foto y la publicó en su Insta con los hashtags #stmartin y #lamejorvida. El spa era muy bonito, con una música de flauta maravillosa y velas aromáticas que olían a lavanda y especias. Nos cambiamos, poniéndonos batas mullidas y quitándonos las sandalias. La sala de masajes al aire libre, con pérgola incluida para dar sombra, estaba rodeada de plantas tropicales que florecían abundantemente alrededor de la estructura, enmarcando la vista al mar. Nuestras camas de masaje estaban una al lado de la otra. Nos estiramos boca abajo y los masajistas nos cubrieron con sábanas después de quitarnos las batas. Inmediatamente, me untaron con un aceite aromático y se me relajaron los músculos por completo.

"Vamos a hacer esto de nuevo mañana. Tan pronto como mis brazos dejen de estar flácidos, encontraré otro Groupon. Esto es el paraíso. Esto es lo mejor", gimió Jessica.

"¿Puedo decirle a Billy que has dicho eso?", me reí.

"No me importa. Dile lo que quieras. Creo que nunca había estado tan relajada", dijo.

"Esto es mucho mejor que aquel Groupon para patinar", dije.

"Ni hablar de lo que me costaron los rayos X, por culpa de eso", se quejó.

Los masajes fueron maravillosos, después nos trajeron una bandeja de frutas y agua de cortesía. Nos sentamos en una bonita zona ajardinada, con las batas que nos habían prestado, bebiendo agua con gas con rodajas de lima.

“¡Esto es vida!”, suspiré.

“Sí”, dijo Jessica.

“Bueno, es hora de volver a la realidad. Esa playa no se tumbará sola”, dije.

“Es duro estar en nuestro lugar”, bromeó.

En cuanto estuvimos en la arena, renovadas tras los masajes, la belleza del lugar pareció magnificarse.

“Quiero hacer fotos de todo esto para que no lo olvidemos nunca”, dije.

“¡Hora de hacerse un selfie!”, dijo Jessica.

Juntamos nuestras mejillas, ella tomó la foto y yo saqué otra del océano.

“Ahora, dejemos los teléfonos. Estamos aquí para vivir, no para documentarlo”, dijo.

“Los masajes te hacen más sabia”, bromeé.

“Hablando de sabios, cuéntamelo todo sobre el mayor y más sabio O’Shea”, dijo, mientras nos recostábamos en las tumbonas bajo una sombrilla azul.

“Tiene muchas habilidades. Ese beso fue ardiente. La forma en la que me miró después de colocarme en la pared, sería suficiente para hacer que una chica… se desmayara”.

“Sí, bueno, ¿te ‘desmayaste’? Ya que estamos usando una palabra clave, como si fuéramos niñas”.

“No. No lo hice. Por supuesto que no”.

“Son como tres formas distintas de decir que no y muy deprisa. De modo que me lo voy a tomar como un casi”, dijo.

“No. Fue…”.

“¿Totalmente inocente? ¿Se cayó accidentalmente sobre tu cara?”.

“Llegamos a segunda base”.

“¡Oooh! ¡Segunda base! ¿Vais a ir juntos al baile de bienvenida en otoño?”, se rio. “Si el beso fue tan bueno y él no dio ningún paso más, entonces es un problema. Entonces, ¿es bueno con las manos?”.

“El mejor”.

“No tienes mucho con qué compararlo, sin ofender”.

“No me ofende. No todas somos tan desinhibidas como tú”, bromeé.

“Soy desinhibida y no me avergüenzo de serlo. Cada una tiene sus talentos”.

“Gracias. Pero creo que de ahora en adelante dejaré a Connor solo”.

“¿Realmente te ha molestado que se haya ido?”.

“¡Sí!”.

“Los chicos hacen cosas estúpidas a veces. No es tu culpa. Como dije, Billy dice que Connor tiene cosillas traumáticas que resolver. Es señal de que tiene algunos problemas”.

“O, es señal de que es demasiado pronto para pasar página de lo de Nick y también que seguir adelante con una aventura de verano es una estupidez, y no es algo propio de mí”.

“Las aventuras de verano son una de las mejores cosas de la vida, quiero que lo sepas. Pero lo que sea que sientas acerca de los rollos de verano, no significa que sea una señal de que no deberías seguir adelante y tener una vida. Es hora de quitarse el velo negro y dejar de llorar por Nick. Lo vas a echar de menos. Lo sé. Pero no le debes el resto de tu vida”.

“Ya lo sé. Pero este no es el momento adecuado para mí. Es demasiado intenso. No estoy preparada para ningún tipo de implicación sexual o emocional. Eso está muy claro. Me sentía abrumada. No podía pensar con claridad”.

“Bueno, no estabas borracha cuando salí del bar, así que debe haber sido esa atracción magnética la que te confundió”, bromeó.

“Mira. Sé que he parecido estúpida al llamarlo de ese modo. Pero es como lo he sentido”, dije. “He reaccionado de forma extraña hacia él, me ha resultado irresistible desde la primera vez que lo vi. Y, nunca repitas esto, pero el hombre podría haberme tenido allí mismo en el mar, si lo hubiera querido”.

“¿Tú? ¿Teniendo sexo al aire libre o en público? De ningún modo”.

“Me temo que sí. Obviamente no lo hicimos, ni nada parecido, pero lo habría hecho sin pestañear. Estaba loca por él. Y cualquiera que pueda volverse loca por un chico que acaba de conocer, claramente tiene que hacer un examen de conciencia. Quiero decir, que actué como una adolescente hormonal a su lado. ¡Peor que cuando era adolescente!”, dije.

“No te castigues. Todas nos volvemos estúpidas por un chico, a veces. Y no has hecho nada malo. Demonios, solo llegaste a la segunda base. Cuando estaba con Grant, creo que inventamos nuevas bases la primera semana”.

“Sí, gran ejemplo. Usó tu tarjeta de crédito para comprar televisores y colocarlos en la parte trasera del Nissan de su hermana”.

“No dije que fuera inteligente. De hecho, dije que era una estupidez. Además, Visa Fraud hizo un ajuste de cuentas y no tuve que pagar nada de todo eso”.

“Emocionalmente, sí”.

“Emocional y físicamente. Me llevó una eternidad perder los diez kilos que gané comiendo helados por pena. Gilipollas”.

“Sí, este ha sido un viaje romántico por el camino de la memoria”, bromeé.

Pedimos unas bebidas y hablamos sobre los peores besadores con los que habíamos salido. Creo que esa la gané con el chico del instituto que no dejaba de pellizcarme la oreja cuando me besaba, porque su hermano mayor le había dicho que era una zona erógena.

“Bueno, si tú ganas el peor beso, yo gano el peor sexo, porque tengo más para elegir en mi catálogo. Voy a tener que ir con el sustituto de mi clase de estadística que tenía el pene más pequeño que he visto y, definitivamente, no sabía cómo aprovechar al máximo lo que tenía. Era muy inteligente, muy interesante y terriblemente malo en la cama. No me habría importado el micro pene si hubiera hecho el más mínimo esfuerzo para hacerme sentir bien. El tipo, simplemente apretó una teta y se puso lo que supongo que era un condón extra pequeño, y empezó a ir a por ello”.

“¿Así que, pensó que era realmente bueno en la cama?”.

“Como si fuera uno de los Vengadores o algo así. No hizo ningún esfuerzo. Ninguno. Menudo inútil”.

“Tú ganas esa. Mientras tanto, ¿sabes quién hizo un gran esfuerzo para complacerme?”.

“¿Voy a arriesgarme aquí y decir Connor?”, bromeó.

“¡Sí! Eso es algo que me confunde muchísimo. Si él no me deseaba, si iba a salir huyendo de ese modo, ¿por qué lo hizo todo tan bien?”.

“Muy bien”, corrigió Jessica.

“Confía en mí. Bien. Jodidamente bien”.

“Cállate. Te acabo de hablar del Perezoso del Micropene. ¿Qué hizo Connor que fuera tan sobresaliente?”.

“Todo. Fue apasionado y sorprendentemente tierno e irresisitible. La forma en la que me tocó fue perfecta, la presión perfecta, la delicadeza perfecta, al límite que necesitaba. Era como si estuviera leyendo mi cuerpo. Diría leer mi mente, pero, seamos sinceras, mi mente no estaba trabajando mucho en ese momento”.

“Genial. Encuentras a un físico sexual y se va”.

“Sí, tú tienes al Perezoso del Micropene, yo tengo al Físico a la Fuga”.

Llegaron las bebidas y tomé un sorbo de Mai Tai con gratitud.

“Sabes, si lo peor de lo que tenemos que quejarnos, en nuestras fabulosas vacaciones en la playa, es que un gran besador no te ha devuelto la llamada, creo que la vida nos sonríe”, dijo Jessica.

“Absolutamente. Quiero decir, ¡la vida me ha sonreído desde que obtuve ese dos por uno de Groupon!”, me reí.

---

1 OPI es una popular marca de pintauñas. [NdT]

CAPÍTULO 13

CONNOR



Tommy se encargó de la preparación de la barra mientras yo me hacía cargo de la entrega de la semana. Me mantuvo ocupado y tuvimos una clientela dinámica todo el día. No tuve mucho tiempo para autocastigarme hasta el anochecer. Para entonces, estaba bebiendo pintas y bromeando con los lugareños aunque no podía quitarme de la cabeza a la preciosa e inocente Brandi Jackson. Yo era un soldado. Fui entrenado para enfrentarme sin miedo a situaciones de vida o muerte. Y sin embargo, había huido como un cobarde después de un beso.

Había sido ridículo. La acompañé para que llegara sana y salva al resort. No para meterle la lengua en la boca y desear meterle también la polla. Brandi me atraía mucho. No solo era atractiva, también era preciosa y luchadora, y tenía algo que me tenía cautivado. No como cuando bebía con mis hermanos y nombrábamos actrices, cantantes y modelos que nos gustaría follarnos. No era una atracción impersonal en plan ‘chica sexy’. Me afectaba de una manera profundamente personal.

Les serví un par de cocktails a unos universitarios que, obviamente no tenían el aguante suficiente, y quizá más tarde tendríamos que remolcarlos hasta un taxi. Averigüe dónde se alojaban, en caso de que en un rato estuvieran demasiado pasados de vueltas para poder decírmelo.

Volví a pensar en Brandi y en que quizá tenía poca experiencia con los hombres. Liderar el despertar sexual de una mujer curiosa y con ganas tenía un perverso atractivo. Quería enseñárselo todo, poner mi boca entre sus muslos, inclinarla sobre una mesa, sentarla a horcajadas y dejar que me montara hasta el clímax. Quería acostarla boca abajo y acariciarla hasta que mojara las sábanas, sorprendiéndome con lo que su cuerpo podría hacer y gozar. Pensar que algún otro hombre pudiera enseñarle todo aquello, o peor aún, que nadie se lo mostrara me enfadaba de forma irracional. Que acabara en otra relación con un tipo agradable que no conozca el cuerpo de una mujer, condenándola a un sexo mediocre y aburrido. Cuando una mujer como ella debería disfrutar de su cuerpo de todas las formas posibles. Quería disfrutarlo con ella, presentarle cada deliciosa sensación que pudiera sentir. Quería aprender qué la hacía retorcerse, suplicar y gritar. Quería mi nombre en su boca cuando se corriera. Cada maldita vez.

Era ese tipo de imaginación lo que podía meterme en problemas. Me estaba inventando un cuento de hadas. Son cosas imposibles en la vida real, incluso, aunque no estuviera jodido de la cabeza por el trastorno de estrés postraumático. Así que hice mi trabajo, hablé con los muchachos de los resorts y estuve con un grupo de universitarias de vacaciones, hasta que Tommy pudo hacerse cargo de la tarea de coquetear. Había una pelirroja en el grupo, de esas que

siempre le gustaban a mi hermanito. Seguramente, se la llevará a casa más tarde.

Los universitarios pidieron otro par de cocktails. Se los serví y les aconsejé que pidieran algo de comida y que se lo tomaran con calma. Ambos querían hamburguesas. Me encogí de hombros y grité a la cocina el pedido de un artículo que no estaba en el menú.

"Voy a llenarlo con repollo", dijo uno de los cocineros, y me reí entre dientes.

"Entonces, muchachos, ¿ya habéis ido a coger olas?", dije.

"No, pero queremos hacerlo. ¿Hay algún lugar por aquí para surfear?", dijo el rubio.

"Por supuesto. Mi hermano Brendan da clases de surf y organiza grupos cuando hay buenas olas", cogí su tarjeta de debajo de la barra, "podéis reservarlas a través de esta aplicación y añadir mi nombre en las notas para obtener un buen precio".

"Gracias, hombre. Lo haremos".

El chico de cabello más oscuro cogió su teléfono e intentó reservarlo en el momento. Ambos estaban tan confusos a causa de la bebida que les costó mucho controlar el móvil. Traté de no reírme. Me gustaba buscarles clientes a mis hermanos cada vez que podía, y estos muchachos estarían en buenas manos, ya que no eran precisamente unos lumbreras. Pronto, las chicas se juntaron con los chicos en una mesa grande, empezando lo que se podría describir como un ritual de apareamiento vacacional despreocupado.

Deseando haberme comportado mejor y haberle explicado a Brandi que no estaba en el mejor momento para una relación, que sería un error que tuviéramos una aventura, volví a odiarme a mí mismo por cómo… había actuado. Estaba ojeando las bebidas de las universitarias por si necesitaban que se las llenara, cuando vi a Billy entrar con Jessica y Brandi.

Sentí cómo se me encogía el estómago y traté de mirarla a los ojos. Ella ni siquiera me miró. Desde la primera vez que la vi intercambiamos miradas, intercambiamos energía, o vibraciones, o como diablos se llame. Había sido nuestra primera conexión, cuando mis ojos se encontraron con los suyos. Si hubiera podido hacer que viniera a mí, para que me permitiera disculparme, lo habría hecho. Pero no tenía ningún interés en molestarla o interrumpir su velada. Y menos cuando me había ido de forma tan atropellada. Me permití mirarla durante un rato. Tommy estaba en su mesa, bromeando y riendo con ellas. Parecía tímida, retraída. No parecía la mujer abierta y exuberante que había sostenido en brazos. Tal vez estaba cansada por la exposición al sol. O tal vez se sentía avergonzada de venir al pub porque me había comportado como un idiota.

Así que, bebí de su vestido morado y de su largo cabello rubio suelto sobre los hombros. Nunca la había visto antes con el pelo suelto, y de repente, quería sentirlo por todo mi cuerpo, arrastrándose a lo largo de mi piel, cayendo sobre mi cara. Parecía mayor, más mujer de lo que ya era. Me encantaba su pelo, era abundante y brillante y empecé a sudar. Tenía unos largos pendientes de cuentas que colgaban y se enredaban en su cabello. Levantó la mano para desenredar el pendiente y se echó el pelo hacia atrás. Tan elegante, tan despreocupada, como si yo no fuera un hombre muriendo de sed en el desierto mientras la observaba.

"Con", me llamó Winston.

Volví la atención a la barra. Fui y verifiqué su pedido, le traje otra pinta y le pasé una canasta de barquitas de patata.

"Invita la casa. Disculpa la demora, colega. Esta fiebre turística nos está golpeando fuerte. Si esto sigue así, tendré que buscar ayuda adicional en la cocina".

"No me importa la espera. No tengo nada en casa por lo que deba apurarme".

"¿Estás buscando una mujer ahora, Win?".

"He salido con varias, pero las de aquí quieren un hombre con dinero para que las mantengan", dijo. "Yo no soy más que un pobre conserje".

“Sí, metiéndose en el bolsillo propinas de cincuenta dólares todo el día”.

“Las propinas van y vienen, amigo. No puedo depender de eso como para llevar a una mujer a los mejores restaurantes cada fin de semana, comprar los muebles que quiere y…”.

“Colega”, dije, “o has tenido algunas experiencias de mierda con las mujeres o eres muy malo”.

“¿Qué?”.

“O has salido con mujeres que solo iban a por tu cartera y te has rendido, o eres tan malo en la cama que tienes que compensarlo con dinero”.

“Oye”, dijo con buen humor.

“Lo que quiero decir es que nunca una mujer me preguntó cuánto dinero tenía. Supongo que las hago felices de otro modo”, me reí.

“Estás diciendo tonterías, Con”.

“Ya sabes cómo soy. Digo muchas chorradas”, me reí entre dientes.

Bromeé otro rato con algunos clientes habituales del bar. Una buena sesión de tocapelotas era lo que necesitaba para distraerme de la preciosa mujer que estaba sentada a seis metros de distancia, negándose a darme una oportunidad. Tan pronto como los muchachos iniciaron su propia conversación sin mí, me sumergí dentro de mi propia cabeza de nuevo. Y sabía por experiencia que era un lugar terrible en el que estar.

Miré a Brandi otra vez, e hice una mueca con la boca, en señal de desaprobación.

Tommy se acercó y me dio un codazo: “Pareces miserable”.

“Esa es mi cara”, dije, de forma inexpresiva.

“Peor de lo habitual. Ve a hablar con ella”.

“¿Qué sabes sobre ella?”, dije, mirándolo de reojo.

“Hablo con mi hermano. No te hagas el sorprendido”.

“No voy a ir hasta ahí”.

“¿Qué pasa si hago que baile hasta aquí?”, ofreció.

“No te atrevas a ponerle una mano encima”, dije. Traté de decirlo de forma despreocupada pero por la expresión de su rostro, puede que haya sido bastante agresivo.

“Es jigging irlandés, hombre. Relájate. No molestaré a tu mujer”.

“Ella no es mi mujer”.

“Entonces, ¿por qué estás actuando como el macho alfa de la manada, listo para cortarme la garganta por su hembra?”, dijo.

“Ya hemos hablado de ti y de tus estúpidas metáforas. Un pub es un lugar donde la gente viene a relajarse y divertirse. No a una puta clase de poesía”.

“Si la gente viene aquí para divertirse, no deberían hablar contigo. Has tenido un palo metido en el culo durante semanas y te has puesto peor en cuanto entró Brandi. Ve a hablar con ella y deja de actuar como un idiota”, dijo Tommy.

Eso fue muy duro viniendo de Tommy. Si fuera Brendan, simplemente le diría que se fuera a la mierda y nos reiríamos. Pero Tommy era alegre y encantador. No era común que hablara con seriedad y mucho menos, que me cantara las cuarenta. Y me cabreó.

“¿Por qué te importa?”, desafié.

“Porque eres mi hermano y no me gusta verte sufrir”, dijo. Bueno, ahí estaba el viejo Tommy de nuevo, con el corazón en un puño todo el tiempo. Me encogí de hombros y serví un par de copas.

Entonces decidí ir allí a ver a Brandi. No quería que pensara que la estaba evitando a propósito. Quería ver si estaba bien. No sería agradable enfrentarme a ella después de haber

huido de esa manera pero aunque Brandi me ignorara y se negara a hablar, al menos podría acercarme y admirarla con su exuberante cabello. Incluso, aunque fuera un adiós.

Salí de detrás de la barra y me abrí paso entre la multitud para encontrar otro grupo en su mesa. Billy y las chicas se habían ido hacía ya un rato. Maldije por lo bajo. Había perdido mi oportunidad de hacer las cosas bien o al menos de verla. Maldije y volví a la barra mientras Tommy empezaba su rutina de baile irlandés, convenciendo a los turistas para que lo intentaran.

Me sentía viejo y acabado. Quería decirles a todos los del bar que se fueran de mi terreno, se largaran a casa, sin bailar, sin reír, y que me dejaran en paz. Quería salir por la parte de atrás y conducir hasta mi cabaña y dormir durante un año. Pero era algo imposible. Cuatro horas serían como un puto paraíso. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había dormido sin despertarme empapado en sudor por una pesadilla y con el corazón latiendo como si estuviera corriendo por mi vida a toda velocidad. Tal vez debería irme a casa, pensé. Pero me recordé a mí mismo que un SEAL nunca se rinde. No estaba dispuesto a alejarme del pub durante una avalancha de turistas solo porque sentía que perdería la cabeza si no me tranquilizaba pronto.

No había tenido paz en mucho tiempo, incluso no podía ni recordar cómo era.

CAPÍTULO 14

BRANDI



Habíamos traído zapatillas deportivas porque queríamos hacer ejercicio. A decir verdad, no habíamos entrenado mucho, a menos que levantar los Mai Tai contara, pero me alegré de tenerlas para la excursión. Mis chanclas Old Navy[1] me habrían resultado incómodas al cabo de un rato. Me puse el bikini debajo de unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y me recogí el pelo en un moño desordenado. Me puse protector solar y gafas de sol y ya estaba lista para salir. A Jessica le llevó más tiempo. Se estaba poniendo delineador de ojos a prueba de agua, bronceador y muchas otras cosas que la hacían parecer una modelo de una web de artículos deportivos. Finalmente, le di un codazo y tomé prestado el rímel, prometiéndole que no tenía conjuntivitis ni nada por el estilo. No iba en plan alfombra roja, pero un poco de maquillaje tampoco me haría daño. Nos íbamos a hacer fotos y un poco de rímel era bueno para levantar el ánimo de cualquier chica.

Billy había dicho que caminaríamos por los acantilados que hay al otro lado de la isla, lejos de las zonas turísticas costeras. Me encantó la idea de ver el paisaje natural de un lugar tan hermoso y a Jessica le encantó la idea de ir a cualquier parte con Billy.

“Sabes, no deberías pagar la mitad de la habitación, ya que no duermes aquí”, bromeé.

“Toma”, dijo, sonriendo y pasándome un bálsamo labial de color coral, “necesitas esto. Tiene protector solar y es muy favorecedor”.

Me lo puse y chasqueé los labios, “¡Qué bonito!”, dije.

“Nos quedan unos días más. Billy y yo queremos una aventura de vacaciones y sin ataduras. Así que mi plan es divertirme todo lo que pueda. Tal y como deberías hacer tú. Necesito café”.

“Vale. Podemos tomar café, pero tendrás que orinar en un arbusto durante la caminata”.

“No importa”, dijo ella. “Me limitaré a beber agua y comer cortezas, o lo que sea que la gente coma en las excursiones”.

“Una mezcla de frutos secos con pasas. Es una ley del desierto”.

“A nadie le gustan las pasas. ¿Por qué la gente se las come?”.

“Tal vez sean nutritivas. No lo sé. Vamos”.

Billy nos recogió y condujo por la isla, a través de zonas que aún no habíamos visto. Aparcó en lo que parecía un lugar al azar, al lado de una motocicleta con un tío parado al lado. Pero no era cualquier chico. Era un ex SEAL de la Marina de metro noventa y cinco que me había besado como el mismísimo infierno y se había ido por patas.

“Mierda”, dije, en voz baja.

“¿Qué?”, dijo Jessica.

“Nada”, murmuré.

Salí del asiento trasero del coche y allí estaba él.

“La hierba mala nunca muere, ¿no?”, dijo, tratando de restarle importancia.

“Hola”, dije.

Me colgué el bolso bandolera y metí la botella de agua dentro. Las gafas de sol eran como una armadura. Estaba más cómoda si él no podía verme a los ojos. Especialmente cuando miré a Billy, que estaba ayudando a Jessica a ajustar su riñonera innecesariamente y coqueteando. Quería empezar con esa maldita ruta y acabar con todo este asunto. Lo que había sido una mañana soleada llena de cantos de pájaros y la esperanza de correr aventuras, ahora era algo por lo que tenía que pasar: una prueba. Había cargado el teléfono con la intención de hacer un millón de fotografías preciosas del paisaje tan inusual de St. Martin. Incluso había planeado hacer un álbum de fotos cuando llegara a casa para poder mostrarles a mis alumnos cómo había pasado las vacaciones de verano. No veía la hora de tener una clase propia; algo que nos ayudaría a conocernos mejor. Sí, iba a centrarme en eso. En hacer fotos interesantes, sin mirar a Connor O'Shea.

Oh, mira, pensé sarcásticamente, Billy está masajeando el cuello de Jessica con crema solar de forma sugerente. Genial. Ahora tengo que evitar a Connor y a mi mejor amiga y su rollete de vacaciones, que prácticamente están follando con la ropa puesta. Menuda excursión. Cinco estrellas.

También me recordó cuando Connor me había puesto protector solar en la espalda. El amanecer candente de mi despertar sexual. Algo muy inconveniente a recordar en ese momento. Saqué el teléfono para tomar una foto y parecer ocupada y absorta en los alrededores… en el polvoriento estacionamiento con contenedores de basura. Me di la vuelta para ver si el camino por el que habíamos conducido era pintoresco. Era de grava y estaba flanqueado por malas hierbas y maleza a ambos lados. Era como si hasta la naturaleza se hubiera vuelto contra mí. Estaba rodeada de un paisaje sin precedentes, el hombre más atractivo que jamás había conocido y la pareja más cachonda de la Tierra. La excursión no parecía prometedora.

Finalmente, Billy acabó de acariciar el cuello de Jessica y anunció que estábamos listos para empezar. Partimos por un sendero que se curvaba cuesta arriba. Billy señaló un pájaro de colores brillantes que se elevó desde una rama y revoloteó en el aire. Después nos mostró unas flores blancas estrelladas que florecían a lo largo del suelo, debajo de los árboles. Tomé un par de fotos y traté de concentrarme en las indicaciones que daba la guía de viajes de Billy. Caminamos a campo abierto con el sol cayendo sobre nosotros. Nuestro ascenso gradual nos llevó a un lugar con unas vistas hermosas del agua azul turquesa que teníamos debajo. Tomé una foto, luego fotografié a Jessica y Billy posando con el paisaje de fondo. Ella posó besando su mejilla y un pie saltando en el aire, como una caricatura de amor adolescente. Traté de no fruncir el ceño y mirarlos mal.

Nos dirigimos de vuelta al bosque tropical, que se veía tan exuberante y bonito que no podía estar de mal humor.

“Esto es una locura. ¿Cómo es que no está lleno de gente?”, pregunté.

“Como ya he dicho, está fuera del circuito turístico. La mayoría de los centros de información y atracciones turísticas están al otro lado de la isla y el puerto de cruceros tampoco está cerca de aquí. Así que está tranquilo”, dijo Billy.

Me quedé boquiabierta ante los coloridos pájaros que revoloteaban de árbol en árbol. “Es como un arco iris que cobra vida. Como otro mundo”, me maravillé.

No vi el extremo de una raíz que sobresalía en medio del angosto camino y tropecé. Me quedé sin aliento cuando supe que me iba a caer y busqué frenéticamente cualquier cosa que

pudiera agarrar para sostenerme. Entonces, una gran mano se cerró alrededor de mi brazo, me cogió y me sujetó. Connor había estado cuidándome todo el tiempo, manteniéndose cerca, manteniéndome a salvo. No había pronunciado ni una sola palabra, pero estaba justo detrás de mí. Jadeando, giré la cabeza para mirarlo, pero lo hice tan rápido que lo golpeé en la cara con la coleta.

Me encontré con sus ojos de un azul tan penetrante que no sabía si me había quedado sin aliento por el tropezón o por haberlo mirado a los ojos.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Sí. Gracias", respondí.

Su mano todavía estaba en mi brazo. De alguna manera, la comunicación entre mi cerebro y mi boca había entrado en cortocircuito por el contacto de Connor sobre mi piel desnuda.

"¿Estás segura?".

"Sí. Estoy segura".

Sin soltarme el brazo, añadió: "Lamento lo de la otra noche. No tenía nada que ver contigo. Quería aclararlo para no arruinarte el día".

"Gracias", dije, aliviada.

"Te hubiera dicho algo tan pronto como llegaste hoy, pero estabas tomando fotos de los contenedores de basura y después esos dos empezaron. Así que ya era bastante incómodo".

"Parece que se están divirtiendo", dije, con una sonrisa.

"Mira, él le está dando un paseo a cuestas. Es como un asqueroso anuncio de televisión".

"Sí, de tampones, donde todos están felices sin motivo alguno", dije. Él se rio.

"Estaba pensando más en un anuncio de turismo, pero bien podría ser de tampones".

"Gracias", dije, "no quería pasar el día incómoda por lo de la otra noche".

"No me gusta cómo he dejado las cosas", dijo.

"A mí tampoco. Hoy seremos solo amigos. ¿De acuerdo?".

"Está bien", dijo, un poco vacilante.

"Entonces, ¿puedo recuperar mi brazo?", pregunté en broma.

"Supongo", dijo, y me soltó el brazo.

Inmediatamente sentí la falta de su contacto, una frialdad, una pesadez que reemplazó las vibraciones de su mano en mi brazo.

"Oye, Bran", llamó Jessica. "¡Mira esos pájaros!".

Señaló un par de pájaros de color verde brillante y rojo que parecían pelear en una rama.

"¿Una pelea de pájaros?", pregunté.

"No, sexo entre pájaros. ¡Mira lo emocionados que están!", dijo Jessica, con una sonrisa. "Voy a grabar esto".

"¿Quién va a querer ver tu vídeo de las aves del Caribe teniendo sexo?".

"Pues la mayoría de los espectadores de YouTube, para empezar".

"Jessica, los pájaros ponen huevos", dijo Billy, "eso no son pájaros teniendo sexo".

"¿Ah, no?", dijo, todavía filmando con su teléfono.

"No".

"¿De modo que se están picoteando el uno al otro solo por maldad?", dijo.

"¿Has pensado que se trataba de un pájaro haciendo BDSM[2]?", dije. Escuché a Connor detrás de mí soltar una corta risa.

"¿Qué? ¿Acaso soy experta en aves? Parecía gracioso", dijo, dejando de grabar.

"Anímate. Tal vez encontremos lagartijas teniendo sexo u otra cosa más tarde", dije.

"También ponen huevos", dijo Billy.

“No estás ayudando”, dije.

Señaló algunas flores poco comunes y luego nos condujo hacia un lado, por un sendero angosto entre las rocas.

“Vigilad dónde pisáis”.

Antes de que las palabras salieran de su boca, Connor me cogió del brazo y me ayudó a pasar por un lugar empinado. Volví a mirarlo. Me miró a los ojos como para preguntarme si aquello estaba bien. Asentí.

“Gracias”, dije, “esto es precioso. ¿Vienes muy a menudo?”.

“No. Mickey suele ser el socorrista en las rutas de un día, pero hoy estaba ocupado. Tengo una amplia formación en el campo de los primeros auxilios”.

“¿Así que estoy en buenas manos?”. No pude evitar decirlo. Vi sus ojos oscurecerse por un momento, con la sombra de la atracción todopoderosa que había entre nosotros.

“Estás en manos altamente entrenadas”, dijo, resistiendo el anzuelo del coqueteo.

“Toma”, dije, “déjame sostener una de esas manos altamente entrenadas, mientras pasamos por la parte empinada para mantener el equilibrio. Así no tendrás que volver a cogerme del brazo”.

Connor me soltó el brazo pero me agarró la mano… como si fuera a retirarla. Entrelazó nuestros dedos y me sujetó con fuerza. Joder, me gustaba. Me encantaba que nos diéramos la mano, aunque fuera solo una cuestión práctica para evitar una caída. De acuerdo, nada que tuviera que ver con Connor O'Shea era una cuestión práctica.

“¿Haces muchas caminatas por tu pueblo?”.

“Vivo en la ciudad. He corrido detrás del camión de tacos una o dos veces, pero esa es la única actividad física que hago”, dije.

“Tacos, ¿eh? ¿De qué tipo?”.

“Tacos de pescado. Estoy deseando volver a casa para comerme uno”.

“¿Quieres volver a la ciudad solo por los tacos de pescado? Estás en una isla, Brandi”, dijo. “Oye, Billy, a estas chicas les encantan los tacos de pescado y eso les hace echar de menos la ciudad”.

“Necesitan probar mariscos al estilo isleño”, intervino, captando a lo que me refería.

“Hemos estado comiendo en un pub todo el rato. No tienen mucho pescado”, dijo Jessica.

“Tenemos pescado con patatas fritas”, señaló Connor.

“Lo he comido ya dos veces. Está muy bueno. Pero echo de menos el sabor picante y fresco del taco de pescado”, bromeé.

“¿Estás sugiriendo que mi pescado no es fresco?”.

“Para nada. Nunca insultaría tu pescado”, me reí.

“Es un pescado excelente. Fresco todos los días. Tenemos un proveedor local”, dijo, orgulloso.

“Un proveedor local suena como un traficante de drogas”, dije, con los ojos en blanco. “Pero soy una chica de ciudad”.

“Somos de Chicago”, señaló, “nuestro abuelo tenía un pub allí”.

“Oh”, dije, “así que conoces bien los entresijos del negocio. ¿Por qué no has trabajado allí en vez de ir al ejército?”, pregunté, luego negué con la cabeza. “Lo siento, eso es entrometerse”. Me encogí de hombros.

“No me importa. El pub estaba en problemas. La recesión nos golpeó duro. Empecé a entrenar durante el instituto para estar en plena forma para la Hell Week[3]. Había un máximo de diez de los grandes en bonos de bienvenida. Pude conseguir los diez para ayudar a rescatar el

pub”.

“Oh”, dije, de nuevo, “eso ha sido increíblemente generoso, más aún viniendo de un adolescente”.

“Era para mi familia. La lealtad es lo más importante. Siempre lo ha sido. En tiempos difíciles, mi familia sabe que puede contar conmigo”.

“Estoy segura de que lo saben. Quiero decir, todos se han mudado aquí, uno por uno, para estar cerca de ti. Te han seguido hasta en el ejército. ¿Ellos también han dado dinero para ayudar a saldar las deudas del bar?”.

“No, que yo sepa. Solo querían ser SEALS”.

“Ellos quieren ser como tú”, bromeé.

Me dedicó una media sonrisa antes de que pudiera detenerlo. Luego, endureció su rostro rápidamente.

“No eres lo suficientemente rápido”, dije. “Te he pillado sonriendo. Crees que soy graciosa”.

“Sí”, dijo, casi a regañadientes.

“Bueno, creo que eres muy desinteresado”, dije, admitiéndolo casi por accidente.

“¿Desinteresado?”.

“No te uniste a la Marina para ser un tipo duro o presumir de tus operaciones encubiertas. Te uniste para conseguir dinero para el negocio de tu abuelo. Eso es algo tremendamente desinteresado. No mucha gente de dieciocho o veinte años haría lo mismo”.

“Tú lo harías”, dijo, casi como una acusación.

“Nunca lo sabré. No tenía un negocio familiar que salvar. O una familia que rescatar”.

“Tienes a Jessica”.

“Sí”, admití, “ella es de la familia. Lo que quería decir…”.

“Nunca tuviste la oportunidad de demostrar que te interpondrías ante una bala por ellos”.

“Ellos no. Solo ella. Mi madre”, dije, bajando la voz.

“Lo siento”.

“No lo sientas. Estoy acostumbrada. Quiero decir, tan acostumbrada como puedas estarlo tú. Ella murió cuando yo estaba en el instituto. Mientras tú hacías miles de abdominales para prepararte para demostrar tu valía en el ejército, yo escribía notas de agradecimiento a las personas que habían asistido a su funeral”.

Connor me apretó la mano con más fuerza y me atrajo hacia él. Me beso los nudillos. Una cálida oleada me llenó ante ese gentil gesto y la cariñosa forma en la que me mostró su simpatía. Asentí en reconocimiento.

“Entonces, ¿haces excursiones por tu cuenta?”, pregunté.

“No”.

“¿No te interesa el paisaje?”.

“Estoy en el trabajo la mayor parte del tiempo. Cuando no lo estoy, salgo a correr por la playa. Como cuando te vi el otro día”.

“¿Cuando me salvaste de quemarme?”.

“Sí. Siempre soy el héroe”, dijo, con tristeza.

“Nunca es tarde para cerrar el pub y empezar a dar masajes”, dije, “se te da muy bien”.

“Gracias. Creía que había perdido la mano”.

“Bueno, ayer recibí un masaje en el spa, pero aparte de eso, el único que he recibido fue tuyo”.

“¿Cómo estuve en comparación con el del spa?”.

“Muy bien de hecho. Pero la ubicación era demasiado pública”.

“¿Necesitas privacidad?”.

“Absolutamente”, dije. “No puedo relajarme por completo en una playa llena de gente”.

“Estabas dormida. Literalmente inconsciente”, señaló. “Parecías bastante relajada”.

“Está bien, está bien”, dije, “me hice una siesta”.

“Tienes permiso”, cedió. “Mira esto”.

Habíamos llegado al final del descenso y desembocamos en una playa estrecha, con acantilados a un lado y una serie de cuevas poco profundas. Los altos arcos conducían a un hueco marrón rojizo dentro de la roca.

“Vamos”, dijo. “Te tomaré una foto”.

Sonreí, corrí hacia el primer arco y luego salí corriendo de nuevo.

“¿Murciélagos?”, bromeó.

“No, Jess y tu hermano se están besando allí. No los vi a simple vista, debido a la sombra”.

“¿De forma ardiente y desenfrenada?”.

“Con gemidos y todo”, dije.

“Elige otra cueva. A menos que quieras porno de fondo”, dijo.

Me reí; contenta de haber roto la tensión. Tenía la cara roja después de ver la mano de Billy sobre la camiseta de tirantes de Jessica. La estaba arrinconando contra la pared de la cueva, con su otra mano detrás de su cabeza, para protegerla y se estaban besando. Esa imagen removió algo dentro de mí y me sonrojó al mismo tiempo.

“Paso”, dije.

Nos abrimos paso por la franja de arena hasta que llegamos a la siguiente cueva. “Está bien, probemos esta. Pero si hay más gente haciendo cosas indecentes, pues que se vayan”, dije.

“Entiendo. También puedes recortarlos de la foto”, dijo.

Fui a la boca de la cueva, apoyé una palma contra la pared y sonreí. Tomó un par de fotos.

“Gracias, ahora tú”, dije.

“Ya he estado aquí antes. No necesito un recuerdo”, protestó.

“¿Preferirías volver y posar frente a Jessica y Billy para una foto? ¿O esperar fuera hasta que terminen?”.

“Está bien”, dijo, pasándome el teléfono e intercambiando lugares conmigo.

Admito que disfruté haciéndole una foto. Su cuerpo enorme y musculoso parecía llenar la abertura de la cueva. Estiró sus brazos fornidos hacia arriba y tocó la parte superior del borde de la cueva, se apoyó en sus manos de forma casual. Me mordí el labio inferior y tomé unas diez fotos en vez de una o dos. Incluso, hice zoom en su cara. Supongo que para admirarla más adelante con tristeza.

“¿Quieres una selfie?”, ofreció. “Es algo que se suele hacer en el pub”.

“Así es. Aunque no se me dan bien las selfis. Siempre coloco el pulgar sobre la cámara o me cuesta que ambas personas entren en el encuadre”, dije.

“La hago yo. Soy más alto”, dijo. “¿Deberíamos ir a la primera cueva e incluir a Jess y Bill para una foto grupal?”.

Negué con la cabeza. “No quiero una foto de la polla de tu hermano, pero, gracias. Me da la sensación de que estaríamos fotografiando culos y tetas”.

“Soy su hermano. Es mi trabajo avergonzarlo y no me importa. Pero me abstendré, si tanto te impresiona”.

“¿Ibas a tomarle una foto al culo desnudo de tu hermano?”.

“Absolutamente”, dijo. “Y luego se lo mandaría a Brendan, Mickey y Tommy. Y lo amenazaría con enviárselo a nuestra madre y publicarlo en TripAdvisor como reseña de sus

excursiones de senderismo. Servicio completo y ese tipo de cosas".

"¿Le harías eso tu hermano?".

"Joder, sí que lo haría. Y él me haría lo mismo, si tuviera la oportunidad".

"No me pareces el tipo de hombre al que atrapan con los pantalones bajados", dije.

"Casi lo estaba la otra noche. Contigo", dijo, con tristeza.

"¿De verdad?".

"Tuve que irme antes de que empeoraran las cosas", dijo, con esfuerzo. "No hubiera habido vuelta atrás".

"¿Y si no quisiera que hubiera vuelta atrás?", dije, de forma cruda y demasiado vulnerable.

"Se supone que debo ser el mayor y más sabio. Tomar la decisión más honorable. Tú misma habías dicho que no tenías experiencia, que tu última vez había sido en una relación seria. Habría estado mal aprovecharme de ti sabiendo que no me deseabas a mí sino que simplemente te sentías sola".

"¿Y cómo has sabido eso?", exigí.

"Mírate, Brandi", dijo, como si supusiera que significaba algo.

"¿Qué pasa conmigo?".

"Eres alegre, joven y con muchas esperanzas. Irás a dar clases a un colegio del centro de la ciudad y cambiarás vidas. Hay mucho en ti que es tan… inocente. Yo lo estropearía. Lo rebajaría. Te rebajaría".

"¿Estás bromeando? ¿Esto —levanté nuestras manos unidas— me rebaja? ¿Tu contacto me ensucia?".

Connor me soltó la mano, pero me acerqué a él con las manos en las caderas.

"No sé quién te crees. Pero no te pareces en nada a un viejo verde que me triplica en edad ni nada por el estilo".

"Mira, has dicho que mientras yo estaba haciendo abdominales tú estabas enviando notas de agradecimiento por el funeral de tu madre, ¿verdad? Pues mientras yo estaba haciendo abdominales, me apostaría lo que sea a que estabas aprendiendo a escribir en cursiva. Porque eres muy joven. Por aquel entonces debías ser una niña".

"No soy una niña. Llevo siendo adulta mucho tiempo y por mi cuenta aún más. No actúes como si no supiera lo que quiero. Y, probablemente, no te habría frenado esa noche".

"Probablemente. Sí", dijo con un sonido amargo, algo así como una risa. "He sido conveniente para algunas turistas en mi época. Estoy fuera de esos rollos".

"¿De esos rollos? ¿Te ofrecías como gigoló desde el fondo del bar?", me burlé.

"No. Por supuesto que no. Estoy harto de ser el 'lo suficientemente bueno para esta noche' de alguien. Prefiero estar solo".

"Parece que estás admitiendo que tienes sentimientos".

"Por supuesto que sí. Quiero a mi familia, ya te lo he dicho".

"Sí, pero es más que eso. Te sientes solo e inseguro", señalé.

"No me siento inseguro. Soy un jodido SEAL de la Marina".

"Eso no significa que no tengas dudas. Todo el mundo las tiene. Incluso Jessica, y no es algo que puedas ver a simple vista. Pero tú…".

"Se me han quedado pequeñas las aventuras amorosas. Soy lo suficientemente mayor para saber que hay algo mejor".

"¿Eres demasiado viejo para permitirte algún tipo de diversión?", desafié.

"Puedo divertirme mucho. Simplemente, perdí el gusto por las consecuencias".

"Oh, ¿todas las mujeres lloran y te suplican que te cases con ellas?", pregunté.

“Tal vez”, dijo, torciendo la comisura de su boca hacia arriba.

Caminamos arriba y abajo por la playa durante unos minutos. Me quité los zapatos y me mojé los pies para refrescarme.

“Te has cortado el pelo”, dije.

“Sí”.

“Me gusta un poco más largo”.

“Estoy acostumbrado a mantenerlo militarmente corto. Me perdí un corte de pelo el mes pasado. Y fue un desastre”.

“¿Un desastre? ¿Como una pulgada entera de largo?”, bromeé.

“Deberías haberme dicho que te gustaba”, dijo, en voz baja.

No respondí. El hecho de que le importara si me gustaba su pelo me había impactado. Me regañé a mí misma. No debería importarme. Su cabello era suyo y no importaba la opinión de nadie más. Y menos la opinión de una chica a la que besó un par de veces y de la que huyó.

“¿Crees que ya habrán acabado en la cueva?”, pregunté, con impaciencia, ansiosa por cambiar de tema.

“Creo que es hora de que lo hagan”, dijo.

Connor volvió a la primera cueva y gritó: “súbete los pantalones y vámonos. Obtendrías críticas terribles en Yelp si hicieras esto en rutas reales”.

Billy salió de la cueva algo despeluchado, pero no desnudo.

“Cálmate, Connor. Nos lo estamos pasando bien”.

“Bueno, la sala de espera de aquí no es un verdadero placer”, gruñó, “es como estar en un destructor, que el tío en la litera de al lado se esté masturbando y que tengas que fingir que no lo escuchas. Ahora, pongámonos en marcha”.

Billy, que hacía apenas unos segundos parecía listo para dar un paso al frente y lanzar un puñetazo, se encogió de hombros.

“Está bien. Iré a buscar a Jess”.

“Asegúrate de que tenga ropa”, dijo Connor.

Resoplé de risa.

“Sí, los hermanos siempre somos desagradables entre nosotros. No te preocupes por eso”.

“No me preocupa. Ha salido pavoneándose como un gallo listo para picotearte por haberlo llamado, y de repente hace lo que tú le dices”.

“¿Entonces soy el gallo alfa?”, preguntó.

“El gallo principal”, dije, con una sonrisa.

Jessica salió de la cueva, sonrojada y con la coleta completamente desordenada. Del hombre le colgaba un tirante del sujetador, debajo del top.

“Es un poco temprano para el paseo de la vergüenza”, bromeé, uniendo mis brazos con los de ella.

“Es que él está buenísimo y no podemos parar de besarnos. No voy a disculparme”, dijo, alegremente.

“No es necesario. Te quiero. Pero no quiero ver más partes de Billy de las que ya he visto”.

“Comprendido. Entonces, ¿tú y Connor tuvisteis la oportunidad de hablar sobre lo vuestro?”, dijo.

“Más o menos. He encontrado una roca bonita”, dije, mostrándole la piedra, lisa y gris, que había recogido de la orilla.

“Dios, ¿cuántos años tienes? ¿Nueve?”, dijo. “Se suponía que debías aprovechar el día. Aprovecha al chico sexy. ¿Estabas recogiendo piedras? Bésalo”, susurró.

“No voy a forzarlo durante una agradable caminata al aire libre”.

“¿Nos has visto entrar en la cueva? No. Amiga”, bromeó, “deberías divertirte un poco. Deja de darle tantas vueltas a todo. Aún nos queda otra semana aquí. Aprovéchala al máximo, por favor”.

“Amiga, eres incondicional y quieres que sea feliz”, suspiré, “pero estoy segura de que es mejor dejar a este hombre en paz”.

“¿Quieres parar la caminata y volver? Lo haré si estás incómoda. Es un poco tarde para preguntártelo después de haberte perdido de vista. Creía que estabas bien”, dijo ella.

“Estoy bien. Disfrutemos del día. Trata de no despegarte de mí otra vez”.

“No lo haré. Honestamente, creí que necesitabais tiempo para hablar en privado. Quiero decir, no lo hice del todo por vosotros, porque besarse con Billy es increíble…”.

“Estabas pensando en mí”, bromeé.

“No estaba pensando en ti en absoluto mientras estábamos en esa cueva. Sin ofender”.

Nos reunimos con ellos al principio del sendero desde la playa. Ascendimos a ritmo constante y Connor me ayudó en un tramo difícil, cuando me resbalé. Le di las gracias y solté su mano inmediatamente. Después de caminar durante un rato, a través del sombreado y húmedo bosque tropical, salimos a un claro donde la vista era magnífica.

Billy tomó algunas fotos de Jessica y de mí, con esa hermosa vista del océano detrás de nosotras. Nos detuvimos a beber un sorbo de agua, cuando Connor se me acercó.

“Quédate quieta”, dijo.

“¿Qué?”, dije, mirando detrás de mí.

Apoyó su mano, grande y pesada, sobre mi hombro.

“Dije que te quedaras quieta”, repitió.

Me quedé helada. Me sujetó con firmeza y me arrancó algo del pelo, justo por encima de la coleta. Me lo tendió para mostrármelo. Era horrible y de unos ocho centímetros de largo.

“Parece que has recogido a un autoestopista en el bosque”, dijo.

Me estremecí y pregunté: “¿Muerden?”.

“Pican. Son unos bichos repugnantes”, dijo, apartándolo.

“Gracias”, dije. Pasé una mano por mi cabello para ver si se me había caído algo más encima.

“Al menos, no era una Jack Spaniard[4]. Les gustan los lugares secos y su picadura duele como si te hubieran electrocutado”.

“Es una pena que no lo mencionen en los sitios web de ofertas de viajes”, dije, tratando de hacer una broma.

“Todo lugar tiene sus peligros, Brandi”, dijo.

“Ahora quiero sumergirme en el mar para asegurarme de no tener más insectos sobre mí. ¿Me convierte eso en una cobarde?”.

“No, pero puedo revisarte para ver si hay más”.

“Está bien”, dije.

Me di la vuelta y sentí el cuidadoso peso de sus ojos mirándome de pies a cabeza.

“No tienes nada, pero te estás quemando los hombros y la raya del pelo”.

“Me he puesto protector solar”, dije.

“Has estado sudando. Es hora de volver a ponerte”.

“Cuando nos detengamos, lo haré”, dije, apresurándome para alcanzar a Jessica y Billy.

“Bill”, anunció, “tiempo de crema solar”.

“Diez-cuatro[5], hermano”, dijo. “Nos pondremos en parejas. Aviso a Jess”.

Puse los ojos en blanco. Había planeado que Jessica me pusiera protector solar. Pero ahora

estaría ocupada escalando de nuevo a nuestro guía turístico. Cogí el protector solar y me puse un poco en las manos.

"Oye", dijo Connor, "¿puedes pasarme crema por la nuca?".

"Si midiera dos metros de altura, podría", dije.

Se sentó en una roca e inclinó la cabeza hacia adelante. Froté protector solar desde la línea del cabello hasta el cuello de la camiseta. Metí los dedos justo debajo del cuello para emparejar la crema. El calor de su piel y mi atracción por él me recorrió como una droga.

"Ya está", dije, retirando la mano, "eso debería bastar".

"Gracias. ¿Quieres que te lo pase por los hombros y la espalda?".

"Llevo una camiseta, mi espalda está a salvo".

"¿Te protege contra los rayos ultravioletas? De lo contrario, tu pequeña y delgada parte superior tiene un SPF de 2 y necesitas llevar bloqueador solar debajo".

"Vale", dije, desafiante.

Me quité la bandolera y la camiseta sin mangas. Me quedé solo con la parte superior del bikini, disfrutando el hecho de que estaba estupefacto. Cuando recuperó el juicio, se echó protector solar en la palma de la mano y tiró de mí para que me sentara frente a él en la roca. Me acomodé sentada entre sus piernas de espaldas a él. Me frotó la crema sobre los hombros desnudos, los brazos y la espalda. Sus manos me recorrieron la columna y me frotaron el cuello. Me esparció protector solar por la garganta, extendiendo la mano para aplicarlo en la parte superior del pecho. Sentí que me agitaba con una respiración profunda, en parte porque su contacto me dejó sin aliento, en parte porque quería mostrar mi escote. Él tenía sus manos puestas sobre mí. Su toque fue enérgico, profesional al principio. Creo que se dio cuenta de cómo me derretía. Luego me pasó los dedos por la garganta con ternura, me cogió por la mandíbula y acercó mi rostro al suyo. Tenía el corazón tan acelerado que casi se me sale del pecho. Su aliento era cálido sobre mis labios entreabiertos. *¡Sí! ¡Bésame! ¡Por favor, bésame!* Pensé, mientras contemplaba su bello rostro. No podría apartar la mirada aunque quisiera. La tensión entre nosotros era tan densa que me mantuvo inmóvil, en el agarre de su gran mano sobre mi mandíbula. Lo sentí venir. Iba a besarme y yo iba a devolverle el beso.

"Connor", dije, solo por el placer de decir su nombre.

Parpadeó y miró hacia otro lado. Me soltó la cara y se deslizó hacia atrás.

"Ya estás lista", dijo.

Lo dijo como si no me hubiera acariciado el rostro con la clara intención de besarme apasionadamente. Resoplé y me puse de pie. Sacudí las manos y recogí mi camiseta y mi bolso antes de volver a reunirme con Jessica.

Caminamos durante un par de horas más, aunque probablemente no llegamos mucho más lejos. Jess y yo nos íbamos deteniendo a tomar fotografías porque era increíble, las vistas del agua, las formaciones rocosas, las flores y los pájaros.

"Deberías haber tomado una foto de ese insecto que te arrancó", comentó Jess.

"¿Como la típica historia del pez enorme que nadie cree?", dije.

"O una historia de citas que nadie cree, por lo pequeña que era", bromeó.

"Oye, lo he oído", dijo Billy, ofendido.

"Tú no, cariño".

"Estamos hablando del tío del micropene", dije. "Era un adjunto en la universidad".

"Parece como un príncipe", comentó Connor.

"Todos los O'Shea están bien dotados", continuó Billy.

"Entonces vosotros que hacéis, ¿os juntáis y os la medís?", bromeó Jessica.

“¡No!”, dijo Billy. “Pero hay ciertos rasgos familiares que todos heredamos”.

“Todos somos altos”, dijo Connor, claramente tratando de no reírse.

“Y de manos grandes. Aunque eso no se correlaciona con el tamaño de otros miembros”, agregó Jessica.

“¿Has tomado clases sobre el tema?”, dijo Connor.

“No”, dijo Jessica, “aunque se podría decir que aprendí mucho sobre el tamaño del pene del adjunto”.

“No tenía exactamente ‘mucho’ para enseñarte”, me reí.

“Quizá haya aprendido un poco. Muy poco”, se rio Jessica.

“Pero aprendiste mucho de mí”, dijo Billy, pasando un brazo alrededor de sus hombros.

“Sí, fue una lección muy larga”, se rio.

Dirigí la mirada hacia Connor para ver su reacción. Permaneció con una expresión dura, pero había risa en esos brillantes ojos azules. Lo empujé con el codo.

“Estos dos”, dije, poniendo los ojos en blanco.

“Menos insinuaciones y más andar”, dijo, bruscamente.

Caminábamos en fila india por el borde de un acantilado. El agua parecía estar tan cerca que el chapoteo y el batir de las olas contra las rocas me llenaron los oídos.

“El sol es abrasador”, dijo Jessica.

“¿Quieres darte un baño?”, preguntó Billy, con astucia.

“¿Hay alguna playa cerca?”, preguntó.

“No, pero el agua está ahí abajo”, dijo, con picardía.

“Estaba al tanto de que habían saltos en la isla de David's Hole, pero esto no es…”, dijo Jessica.

“Hay unos 3 o 4 metros de profundidad. He buceado por aquí antes. ¿Quieres saltar?”.

“Joder, sí”, dijo Jessica, desnudándose hasta quedarse en bikini.

Dejó su ropa y su riñonera en un montón y se quitó los zapatos. Billy se quitó la camisa y los zapatos. Corrió y saltó desde el borde con un grito, sumergiéndose en el agua azul en un gran chapuzón. Jessica salió disparada detrás de él, antes incluso de que tocara el agua. Me asomé por el borde y la vi salir, riéndose.

“¡El agua está muy buena!”, gritó. “¡Venga!”.

Miré hacia abajo, al agua cristalina, y solo de verlo me daba escalofríos. Anhelaba esa agua, el momento vertiginoso e ingrávido del salto, la caída y el chapuzón. Quería saltar, pero no estaba segura de tener el valor. Se me encogió el estómago ante la idea de correr por el borde de las rocas, saltar y caer en el agua.

“¿Te apetece?”, preguntó Connor.

Me encogí de hombros.

“Sí, pero tengo miedo”.

“Me he tirado de helicópteros desde más altura sobre el agua. Por la noche. Estarás bien”, animó.

“Ya. Soy profesora, Connor. Podría hacer que te aprendieras las tablas de multiplicar con una canción o inventar un juego para ayudarte con los homófonos. O enseñarte a escribir un ensayo temático bien organizado de cinco párrafos. Mi experiencia laboral es diferente a la tuya”, me evadí.

“¿Vas a quedarte aquí o vas a ir a por ello?”, me desafió.

Sentí que mi naturaleza competitiva se elevaba. Enderecé los hombros.

“Voy a intentarlo”.

“Intentarlo es una mierda. Ve a por ello”.

“¿Vas a saltar también? ¿O dirás que tienes que quedarte aquí para proteger nuestras cosas?”, lo desafié.

“Oye, toma mi mano. Hagámoslo juntos”, dijo.

Me quité la camiseta, los pantalones cortos, los zapatos y los calcetines. Dejé las gafas de sol encima de la montaña de ropa y lo vi desvestirse. Connor tenía tatuajes en el pecho. Y también en los brazos. Observé el camino retorcido de tinta negra en su corpulento cuerpo durante un minuto con la boca seca de deseo.

Entonces, me cogió de la mano.

“¿Lista?”, preguntó.

“Sí”, respondí, saltando sobre los dedos de los pies con excitación nerviosa.

“¡Vamos!”, dijo.

Salimos corriendo y no paramos cuando llegamos al borde. Con un grito de él y un grito mío, corrimos de la mano en el aire. Estábamos cayendo tan rápido. El agua fría me golpeó cuando aterricé, sumergiéndome profundamente e impulsándome luego hacia la superficie. Me sumergí mientras me peinaba el cabello hacia atrás, riéndome. Miré a mi alrededor y no vi a Connor. Preocupada, me di la vuelta, buscándolo.

“Billy”, llamé, presa del pánico, “¿dónde está Con…?”.

Mis palabras fueron interrumpidas por un grito, en cuanto se colocó debajo de mí y me arrojó al aire. Aterricé con otro chapuzón, farfullando mientras subía.

“¡Me has asustado!”, acusé.

“He sido un SEAL, Brandi. Puedo nadar”, se rio. “Es una especie de requisito previo”.

Billy también se estaba riendo.

“Podrías haberte golpeado cuando entraste al agua o… golpeado la cabeza con algo”, protesté, todavía sintiéndome agitada y molesta por dentro.

“Oye, estoy bien”, dijo, viendo que estaba realmente preocupada.

Me atrajo hacia su cuerpo y me abrazó a su pecho brevemente. Presionó mi mejilla contra su dura y cálida piel, escuchando el latido de su corazón tranquilizador mientras el mar nos mecía. Lo miré, haciéndole una pregunta que no podía expresar con palabras. Sus ojos se clavaron en los míos, pero fue un mensaje un poco al sur de sus ojos lo que me dio una respuesta. Podía sentir la dura prueba de su excitación, haciendo presión contra mi estómago. No pude ocultar una sonrisa.

---

1 Old Navy es una popular marca de ropa y complementos. [NdT]

2 BDSM es un anglicismo para abarcar un grupo de prácticas sexuales consensuadas en las que predomina la sumisión, como el sadomasoquismo. [NdT]

3 Hell Week o Semana del Infierno, es un evento de cinco días y medio de la marina estadounidense que consta de varias pruebas que testean la resistencia física y la tolerancia al dolor de los aspirantes a SEAL. [NdT]

4 Jack Spaniard o Polistes annularis es una especie de avispa que habita la zona este de los Estados Unidos. [NdT]

5 10-4 es una expresión utilizada para mostrar afirmación o confirmación. Se popularizó gracias a su uso en series policíacas y de detectives, puesto que se trata de una señal utilizada por los cuerpos de seguridad. [NdT]

CAPÍTULO 15

CONNOR



La caminata de vuelta fue agobiante. Habíamos estado nadando y cuando fuimos a recoger nuestras cosas, decidimos volver. Todavía la tenía medio dura durante el camino de vuelta a mi moto. Ir justo detrás de Brandi y observar la curva de su trasero mientras caminaba y trepaba, no ayudaba en lo absoluto. De hecho, cada movimiento que hacía me ponía a mil. No había dicho nada, pero con lo cerca que habíamos estado en el agua, tenía que haber notado mi erección. Quería que ella la sintiera. En parte necesitaba que ella supiera que esto era una tortura para mí. Que habría querido llevarla a nado hasta los acantilados, apoyarla contra una roca y follarla bajo el sol y rodeados por el mar.

Jessica y Brandi rieron y bromearon la mayor parte del camino de vuelta. Jessica mencionó una o dos veces que yo estaba todo el rato cerca de Brandi.

"Temo que ella se tropiece y caiga", dije, tratando de hacer una broma.

"Tienes razón", dijo Brandi. "Me resbalé cuando empezamos. Me habría roto el culo si no me hubiera cogido. Además, es nuestro socorrista. Tiene que vigilar a la más débil de la manada".

"Eso no es lo que hacen los socorristas", dije, "eso es lo que hacen los leones". Me miró a los ojos y me permití mirarla con lujuria, como si fuera una presa.

De vuelta en el aparcamiento, Billy me dio un codazo:

"¿Por qué no dejas que Tommy se encargue del bar esta noche? Podemos llevarlas a comer mariscos".

"Me gusta tu propuesta", dije. "Quién iba a decir que tener a un perro tan salido como hermano iba a merecer la pena".

"Puedes contar conmigo, hermano", se rio.

A las chicas les pareció una gran idea, así que las dejamos en el hotel para que se cambiaran. Traté de convencer a Brandi de que se montara en la parte trasera de la moto, pero se negó. Después de dejarlas en el resort, llamé a Tommy. Aceptó hacerse cargo del pub para que yo pudiera salir. Como era de esperar, aprovechó la oportunidad de administrar el lugar sin que yo lo estuviera vigilando. En casa, me di una ducha fría hasta que se me hizo insoportable. Pero no fue de gran ayuda para refrescarme.

Billy y yo nos reunimos y condujimos juntos para ir a recoger a las chicas.

"Entonces, ¿vas a dar algún paso con ella? ¿O seguirás mirándola como si fuera una hamburguesa con queso y estuvieras obligado y decidido a morir de hambre?", preguntó Billy.

"Las llevaremos a cenar y les mostraremos lo buenos que son los mariscos locales".

"Sí, ¿qué tal si le enseñas cómo es la carne local?", preguntó.

“No digas esas tonterías delante de ella”, dije.

“No lo haré, solo te lo he dicho a ti, a mi hermano mayor que de repente se convirtió en una frágil flor ante mis palabras”, dijo Billy.

“Cuando eres desagradable perjudicas a tus hermanos y a nuestros negocios”, dije, con severidad.

“¿Prefieres que los clientes que vienen al pub hablen de sexo o sobre el clima?”, preguntó.

“Eres un idiota”, dije, y miré por la ventanilla.

“Si fuera un idiota, estaría siguiendo tus pasos. Por la forma en la que actuaste, es muy probable que ella piense que no te ha gustado. La cuidas para que no se caiga, juegas en el mar como un tonto adolescente, pero no te haces cargo de lo que quieres como hombre”.

“¿Por qué diablos he venido contigo?”, murmuré. “El hecho de que te folles a todas las turistas no significa que yo tenga que hacer lo mismo o sea menos hombre. Tu idea de la masculinidad está bien jodida”.

“Un hombre persigue lo que quiere y protege lo que es suyo. Adivina quién me ha enseñado eso, hermano. Tú”, me recordó.

“Limítate a conducir”, dije.

Porque no estaba equivocado. Algo me estaba frenando con Brandi. Quizá era su dulzura, su aparente inocencia. O podría ser el hecho de que estaba jodido por la experiencia de la guerra y no quería hacerle daño.

Ella se merece a un hombre íntegro. Es por eso. Pensé, diciéndome la verdad a mí mismo.

En el hotel, Jessica y Brandi subieron al coche, llevaban vestidos ligeros, pulseras con cascabeles y pintalabios rojo. Inundaron el coche con su perfume, un olor parecido a las azucenas, demasiado dulce y fuerte. Traté de no ponerme de mal humor, pero el olor me mareaba en el reducido espacio del coche. Billy siguió charlando, coqueteando con las dos chicas mientras conducía hasta Winger's, el mejor lugar de mariscos del pueblo con diferencia.

“Parece un poco deteriorado, pero confiad en nosotros”, dije, mientras nos deteníamos en el estacionamiento de grava.

Era un edificio de tablillas desgastadas con un techo de metal ondulado, nada bonito que fotografiar. Había letreros de cerveza con luces de neón en las ventanas y un patio de cemento lleno de mesas con sombrillas, donde se podía comer y ver las olas.

“Supongo que no han oído hablar de Instagram”, dijo Jessica, guardando su teléfono.

“Oh, vamos”, dijo Brandi, animada, “hagamos un selfie de celebración. Aquí mismo. No todo tiene que ser glamour. Tú haces la foto, a mí se me da fatal”, dijo.

Me cogió del brazo y presionó su mejilla contra la de Jessica. Billy estaba al otro lado de Jessica, sonriendo. Nos juntamos, Jessica sostuvo su teléfono con el brazo, lo extendió y tomó una foto.

“He cerrado los ojos. Haz otra”, dijo Billy.

Hicimos dos más antes de que perdiera la paciencia. Era difícil, con mi pene ya a media asta, estar tan cerca de Brandi. El olor a perfume no era suyo, gracias a Dios. Brandi olía a champú y jabón, nada artificial. Respirar su aroma era refrescante, purificador. También me la puso dura como el mismísimo infierno. Así que di un paso atrás.

Conseguimos una mesa y pedimos la comida. Las chicas pidieron tacos de pescado, Billy pidió almejas y yo comí langosta. Bebimos cerveza y vimos la puesta de sol sobre el agua.

“Esto es genial”, dijo Brandi, “es como el pub. Me siento como una lugareña, como una persona guay que conoce los secretos de la isla y esas cosas”.

“¿Y la excursión que hemos hecho hoy no te ha dado esa sensación?”.

“Podría haber sido pero me estaba debatiendo si filmaros a vosotros dos para Pornhub”, se rio. Jessica soltó una carcajada e incluso Billy se rio.

“Es que atrapar a tus amigos besándose en una cueva podría considerarse una experiencia turística fuera de lo común”, dije.

“No creo que consigas que mucha gente se inscriba en esa excursión”, dijo Brandi.

“No lo sé. Podrías haberme convertido en una estrella porno”, se rio Jessica, “quién necesita una carrera en finanzas cuando puedes ganarte la vida enrollándote”.

“Hay cinco O'Shea para elegir”, señaló Billy.

“No me mires a mí”, dije. “No me ofrezco como voluntario”.

“¿Tienes problemas de aceptación con tu cuerpo?”, bromeó Jessica: “Porque te he visto saltar del acantilado esta tarde y no tienes nada de qué avergonzarte”.

“Eso lo dices ahora. De todos modos, tenemos la política de no acostarnos con las mismas mujeres. Evita las peleas internas”.

“¿Ha sido esto un problema en el pasado?”, preguntó Brandi.

“Realmente, no. Una vez, Tommy quiso salir con la ex de Mickey, pero nos sentamos con él y lo disuadimos”.

“Déjame adivinar”, bromeó Brandi. “¿Los hermanos están antes que chicas?”.

“No, exactamente. Pero la lealtad familiar es importante para nosotros. No tiene sentido pelear con un hermano por una mujer con la que tiene un asunto pendiente”.

“¿Y si ya lo han zanjado?”, preguntó Jessica.

“¿Ya le has echado el ojo a Tommy?”, pregunté. Billy me frunció el ceño, pero todo fue muy divertido.

“No”.

“Si ha estado enamorado, no creo que exista un cierre definitivo. Pero si solo fueron una o dos citas, podríamos considerarlo”, dije.

“¿Una Cumbre O'Shea?”, preguntó Brandi.

“Básicamente”.

“¿Tenéis una sala de juntas para estas reuniones?”, preguntó Jessica.

“Tenemos una hoguera”, dijo Billy. “Y está buenísima”.

“¿Una hoguera?”, dijo Jessica. “¡Me encanta!”.

“A mí también me gusta”, dije.

Cuando llegó la comida, abrí mi langosta y empecé a mojar trozos en el tazón de mantequilla. Brandi estaba sentada frente a mí y se detuvo para mirarme.

“¿Qué?”, dije.

“Nada”, dijo ella.

“¿Quieres un bocado?”.

“No, gracias”, dijo, haciendo una pequeña mueca.

“¿No te gusta la langosta? Está muy buena”, dije.

Sacudió la cabeza.

“Es que no utilizas el tenedor”, dijo Jessica, “te lo estás comiendo con las manos”.

“Es un crustáceo. Tienes que abrirlo, arrancarle la carne… es algo primitivo”, bromeé.

“Es más eficiente”, dijo Billy. “Además, estamos en una mesa de pícnic en la playa. No en el Palacio de Buckingham”.

“Sé *cómo* usar un tenedor, si eso es lo que te preocupa”, dije inexpresivo. Ella se encogió de hombros. “Tú también estás comiendo con las manos”.

“Es un taco”, señaló.

“Aun así, no estás usando un tenedor”, bromeé.

Ella me sonrió. Una gran y bonita sonrisa que iluminaba su precioso rostro y hacía que la bragueta de mis vaqueros estuviera aún más apretada.

Jessica y Brandi siguieron dándose codazos y hablando con la boca llena mientras decían: “Lo sé, ¿vale?”, así que supuse que les habían gustado los tacos. Billy contó una larga y heroica historia sobre una misión en su último año de servicio. Estaban pendientes de cada palabra, eran su tipo favorito de audiencia.

“¿Y tú?”, dijo Brandi: “¿Cuál ha sido tu máximo orgullo en la Marina?”.

“Esa es información clasificada”, dije, fulminando a Billy con la mirada a modo de advertencia.

“Él no habla de sus misiones como el resto de nosotros. Estuvo involucrado en una mierda muy complicada y de alto nivel”, dijo Billy.

“Tampoco paso todo el rato presumiendo”, dije.

“No tiene nada de malo enorgullecerse de un trabajo bien hecho, Con”, dijo, de forma amable.

“Prueba una almeja”, ofreció Billy.

En apenas unos segundos, él y Jessica ya estaban compartiendo comida, alimentándose el uno al otro.

“Me estáis arruinando la langosta”, dije malhumorado.

“Parece que te gusta regañar”. Brandi se echó a reír. “Eres un aguafiestas total. Deja que se diviertan. Come con los dedos. Sé feliz”.

Después de un rato se quedaron sin comida y pudimos volver a hablar como personas normales. Incluso me limpié la boca con una servilleta para mostrar mis habilidades sociales. Y me gané otra sonrisa de Brandi. Las chicas pidieron bebidas afrutadas y Billy pidió un plato enorme de plátanos fritos y helado para compartir. El postre estaba rociado con caramelo y todos nos lanzamos a por él.

Cuando una gota de salsa de caramelo cayó en la barbilla de Brandi, tuve que resistirme para no lamerla. En cambio me estiré sobre la mesa y le froté la mancha con el pulgar, para luego lamerlo. La carga entre nosotros era eléctrica y el aire salvaje. No importaba lo que Billy y Jessica hubieran estado haciendo para presumir de su pequeña aventura, la atracción entre ellos no era nada comparada con la nuestra. Nada era tan profundo como esto. Había una fuerza que me atraía hacia ella todo el tiempo, contra la que luchaba constantemente y era agotadora. Estaba agotado por todas las noches sin dormir, por las pesadillas que desangraban mis días y por el esfuerzo que tuve que hacer para no llevar a Brandi Jackson a la cama.

“¿Estás bien?”, dijo ella.

“Sí, ¿por qué?”.

“Te estabas frotando la frente. ¿Te duele la cabeza?”, dijo. Era demasiado observadora.

“Tal vez un poco”, me evadí, esperando que lo dejara pasar.

“Toma, bebe un poco de agua. Podría ser por haber estado al sol o por no beber suficiente líquido”, dijo, ofreciéndome su vaso de agua helada. Tomé un trago solo para satisfacerla.

“¿Feliz?”, dije.

“Todavía no. Quiero acercarme a la orilla”, dijo.

La miré y se me vino a la cabeza la última vez que habíamos estado juntos en el agua, que la tenía en brazos y se me puso dura por su cercanía. Y la vez anterior, que había tenido que sujetarla en la playa y ella se había aferrado a mí. Pensé, con ironía, que el mar potenciaba la tensión sexual y el deseo.

“Está justo ahí”, dije.

“Ven conmigo”, dijo, lamiendo el caramelo de la cuchara y ofreciéndome

la mano. “¡Venga! He saltado de un acantilado porque todos mis amigos lo estaban haciendo. Puedes venir a mojarte los pies conmigo para divertirte un rato. ¿Cuándo ha sido la última vez que has hecho algo solo por diversión?”, bromeó ella.

“No tengo ni idea”.

“Probablemente, hace diez años”, intervino Billy. “¡Ay!”, dijo, mientras Jessica le daba una patada por debajo de la mesa. “Podríamos ir con vosotros, ¡ay! ¡Deja de darme patadas!”, le dijo a Jessica.

Evidentemente, quería que Brandi diera un paseo por la playa a solas conmigo. Me pregunté si estarían conspirando para juntarnos.

Salimos de la terraza y nos adentramos en la arena. Sostuvo mi brazo mientras se quitaba los tacones de tiras y hundía los pies en la arena.

“Todavía está caliente por el calor del día”, dijo. “Tu turno”.

Me quité los zapatos y me incliné, alineándolos cuidadosamente junto a los de ella.

“¿Comes langosta con las manos, pero eres cuidadoso con los zapatos?”.

“Soy militar”, expliqué. “Aprendes a mantener tus mierdas ordenadas”.

“Ah. Ya lo veo”, dijo. “Vamos”.

Echó a correr hacia el agua. Pensé en caminar con las manos en los bolsillos como si no tuviera prisa, pero un deseo de ir a por ella me inundó el pecho. Y lo hice. La perseguí y la alcancé fácilmente. Enganché un brazo alrededor de su cintura y la atraje a mis brazos.

“He ganado”, dije.

Ella respiraba con dificultad y el cabello le caía sobre la cara.

“¡Aún no! ¡Todavía no hemos llegado a la orilla!”, dijo, jadeando.

“Confía en mí”, dije. “He ganado”.

“¿Cuál es tu premio?”, dijo. “¿Un beso?”.

Si había algo peor que tener sus curvas irresistibles presionadas contra mi cuerpo, era que me hubiera ofrecido un beso. Por supuesto que lo quería. Empezaría por sus muslos y seguiría subiendo. Se me puso dura. Instintivamente, estuve a punto de negarme. Pero vi el desafío y la esperanza en su mirada. Incliné la cara y rocé mis labios contra los de ella. Apenas fue un beso, lo suficiente para no herir sus sentimientos al negarme. Ese era el plan. Excepto que ese contacto superficial me encendió. Nos separamos. Se tambaleó un poco hacia atrás en la arena y se dirigió de nuevo hacia el agua, con menos seguridad esta vez. Miró hacia atrás por encima del hombro como para comprobar que yo todavía estaba allí.

“Todo el día he tenido la sensación de que has estado pendiente de mí”, dijo.

“Lo he hecho”, dije.

“Y como no pudiste relajarte ni una sola vez, pues, relájate ahora”.

La seguí hasta el agua. Miró por encima del hombro hacia mí. Un mechón de cabello voló sobre su boca. El aire entre nosotros se volvió cálido y pesado. Extendí la mano y aparté el mechón de su rostro.

“Debería haberlo recogido”, dijo.

Negué con la cabeza, paralizado por la forma en que se veía a la luz de la luna.

“Eres tan preciosa”, dije.

Quise decirle que me gustaba su cabello suelto, o que estaba bien, pero dije lo que me salió.

“Es muy amable por tu parte”, dijo.

“¿Qué?”.

“Haberlo dicho”.

“No es amable por mi parte. Es un hecho”, dije, más enfadado de lo que pretendía. “No me digas que tu ex, además de no saber besarte, tampoco te decía que eras preciosa”.

Negó con la cabeza. “Era un buen chaval. Tampoco me decía que era fea ni nada desagradable”.

“¿Entonces qué?”.

“La última persona que me dijo preciosa ha sido mi madre”. Su voz era tan suave que casi de perdía en el sonido de las olas.

“No fue mi intención ponerte triste”, dije.

“No lo has hecho. No eres culpable de mi tristeza. Quería que me acompañaras a la orilla. Me encanta por la noche”.

“Esta es la segunda vez que salimos a chapotear de noche”, dije.

“Lo sé. Es mejor ahora. Te conozco mejor y la brisa no es tan fría”.

“Si tienes frío, puedo ayudarte”, le ofrecí con picardía. Ella captó mi tono juguetón.

“Entonces tal vez tenga frío. Y el agua está helada como el Ártico”, bromeó.

“Si quieres que te abrace, lo único que tienes que hacer es pedirlo”.

“¿Tú quieres?”, dijo.

“Sí”, dije, “llevo años viviendo junto al mar pero solo he chapoteado contigo”.

“¿De verdad? ¿Pierde la magia después de un tiempo?”.

“No. Simplemente me había olvidado de eso”.

“¿De la magia o del océano?”.

“De la magia”, dije.

“Nunca debes olvidar las cosas que te parecen mágicas o que te producen alegría. Después de haber perdido a mi madre, el olor a café me salvó. Veía todo gris y estaba hecha una pena. Solo quería dormir y olvidar lo que había sucedido. Pero estaba pasando junto a la sala de profesores del insituto y olía a café con avellanas. Pensé, ¡qué bien huele! Era la primera cosa que disfrutaba desde el funeral y me aferré a eso. Me di cuenta de que aún estaba viva. Todavía podía apreciar el olor a café recién hecho.Había una esperanza para mí”.

La abracé, pero no de la forma suave y seductora que había planeado para tomarla en brazos. Sino un abrazo de oso protector y reconfortante. Podía imaginarla: una niña huérfana y delgada, en el pasillo del instituto, pensando que el olor a café le había salvado la vida. Tenía que ser muy fuerte para sobrevivir a eso y quería mantenerla a salvo para que no volviera a sufrir otra vez. Dejé de lado el hecho de que yo era la última persona que podría hacer eso, era demasiado inestable y demasiado amargo para algo tan puro.

“Me estás aplastando los pulmones”, dijo, con una risa ahogada. La solté. “No quería quejarme, pero necesito respirar”.

“Eres muy exigente. Ven a chapotear conmigo. Abrázame. Déjame respirar”, bromeé.

“Sí, necesito mucha atención”, bromeó.

Brandi se adentró un poco más en el mar. Hizo un giro y empezó a dar brincos, caminar de puntillas y dar patadas con los pies, mientras caminaba para hacer un pequeño chapoteo. “De pequeña y cuando nos lo podíamos permitir, tomé clases de baile. Me encantaba hacer ballet”. Me lo demostró.

“No has bailado cuando Tommy enseñó el baile irlandés en el pub”.

“No tengo veta artística. Puedo pararme frente a una clase porque me encantan los niños. Pero no soy lo suficientemente valiente como para dar un discurso o probar un baile que no conozco. Me avergonzaría”.

“Te entiendo”, dije.

La miré durante un minuto, luego me metí las manos en los bolsillos para aflojar la parte delantera de los vaqueros y hacer un poco de espacio. La bragueta me estaba aplastando la polla, gracias a esta mujer.

“¿Crees que habrán acabado con el helado?”, dije.

“Probablemente, deberíamos volver”, dijo, con un poco de nostalgia.

La seguí hasta la mesa. Jessica estaba sentada en el regazo de Billy, lamiendo helado de su pulgar.

“Oye, vas a hacer que nos echen de este sitio”, dije.

“Ambos tenemos los pantalones puestos”, replicó, “además, me he encargado de la cuenta. Así que deja de darme la lata”.

“Gracias por la cena, exhibicionista”, dije, irónicamente. Ambos se rieron. Miré a Brandi, que estaba absorta en su teléfono.

“¿Va todo bien?”.

“Sí. Pero no obtuve una segunda entrevista para el trabajo de sexto curso”, dijo.

“Lo siento, cariño”, dijo Jessica, saltando del regazo de Billy para abrazar a su amiga. “Encontrarás una oferta mejor cuando lleguemos a casa. Por ahora, no se habla más de trabajo. Estamos de vacaciones, amiga”.

“Voy a ir al baño de mujeres, vuelvo enseguida”, dijo Brandi.

“Te acompaño”.

Mientras las chicas se alejaban, le pregunté a Billy: “¿Crees que deberíamos invitarlas a pasar el rato junto a la hoguera?”.

“¿Mi hermano mayor me pide permiso para que una chica se pueda quedar a dormir?”, se rio.

“No. Me refería a tomar una cerveza y sentarnos junto a la hoguera”.

“Por mí, bien. Jess se iba a quedar en casa de todos modos”.

“De acuerdo”.

CAPÍTULO 16

BRANDI



"Tienes que enrollarte con ese hombre", dijo Jessica, antes de que llegáramos al baño.

"No", dije. "Te lo he dicho. Él no quiere".

"¿Que NO QUIERE?", dijo, demasiado fuerte. "Por la forma en que te mira, podrías quedarte embarazada".

Solté una carcajada.

"Te estás montando una película", dije.

"De ninguna manera. Mira, tienes una oportunidad de tener una gran aventura en una isla. Está buenísimo. Tiene tatuajes. Te ha estado follando con la mirada desde las nueve de la mañana. Si no ves las señales, tendré que llevarte al oculista".

"Mmm, no. Entonces, ¿qué hay de ti y Billy? Parece que te gusta mucho".

"Sí, nos lo estamos pasando genial. Es justo lo que pretendía hacer al venir de vacaciones a una isla caribeña. Lo hemos hablado y ambos queremos ligar y nada más. Diversión, sexo y coqueteo sin ataduras. Es perfecto porque nunca tendré que volver a verlo. Es magia con fecha de caducidad".

"¿Es eso lo que quieres?", dije, tratando de no fruncir el ceño.

"Joder, sí, es lo que quiero. Y también te vendría bien a ti. Estás muy tensa. Si pudieras relajarte y disfrutar, sería bueno para tu salud mental. Deberías cuidar de ti misma", dijo, con seriedad.

"¿Cuidar de mí misma?".

"Los orgasmos forman parte de cuidarse a una misma", insistió, con una risita.

Mientras caminábamos de vuelta a la mesa, me di cuenta de que la idea de una aventura isleña con Connor O'Shea era algo que deseaba con tanta fuerza que hasta se me doblaron los dedos de los pies.

"¿Estáis listos para irnos?", preguntó Jessica, a los chicos.

"Sí, claro", dijo Billy. "¿Queréis ir a Casa O'Shea y ver la hoguera? ¿Tomar un par de cervezas y pasar el rato?".

"¿A casa?", dijo, dudoso, Connor.

"Es el Complejo O'Shea", agregué, "como los Kennedy en Hyannis Port".

Con eso me gané una sonrisa de Connor que me calentó todo el cuerpo. Jess me miró y asentí.

"Claro", dijo ella.

Todos nos metimos en el coche. Jess estaba en la parte de atrás a mi lado, porque los O'Shea eran demasiado altos para plegarse en un asiento trasero. Ella me dio un codazo.

“No”, susurré, “esto no significa que vaya a acostarme con él”.

“Te das cuenta de que puedo oírlo”, dijo Connor, inexpresivamente desde el asiento delantero.

Casi me muero de vergüenza. Sentí un poco de alivio en el pecho ante tanta incertidumbre. No se había ofendido. Era Connor. Tenía sentido del humor y sentido del honor. Y era tan jodidamente sexy. Sabía que me estaba metiendo en problemas. Pero, por alguna razón, esta vez no quería dar marcha atrás.

Finalmente, llegamos al recinto, un viejo complejo con un montón de cabañas alrededor de un patio. Algunas parecían deterioradas, pero las cabañas más cercanas a la carretera estaban en buen estado, pintadas y cuidadas. El patio tenía adoquines nuevos y una enorme fogata de ladrillo rodeada de sillas. Billy fue a su cabaña a coger cerveza mientras nos instalamos. Elegí una silla Adirondack[1] y crucé los pies debajo de las piernas. Connor encendió el fuego. Me gustaba verlo hacer cosas varoniles y los marcados ángulos de su rostro a la luz del fuego. Se sentó a mi lado en una silla de jardín plegable.

“¿Te llega algo de calor?”.

“Un poco, en nada me habré calentado el cuerpo”, dije.

Jessica había elegido el único asiento biplaza, un banquito de metal al otro lado de Connor. Billy volvió con un paquete de seis cervezas y un par de tíos lo acompañaban. Me di cuenta de que todos eran O'Shea, solo por la altura. El más alto de los dos se parecía mucho a Connor, pero no tan duro y con menos tatuajes. El otro tenía el pelo rojizo a la luz del fuego y se presentó como Mickey O'Shea, número tres.

“Yo soy Brendan”, dijo el más alto, pasando una mano por su cabello castaño, que era un poco más claro que el de Connor y no tan corto.

Tenía una bonita sonrisa. Ambos acomodaron sus sillas junto a la hoguera, con las piernas estiradas y las botas atadas a los tobillos como si estuviera ensayado.

Mickey estaba hablando de su excursión de buceo con exceso de reservas.

“Espero que a vosotras, chicas, no os haya importado que el cabrón de Connor os acompañara en vuestra caminata de hoy. Normalmente soy yo el que va, pero la temporada turística me tiene agobiado”, dijo.

“No ha sido un problema”, dijo Jessica. “Él y Brandi son amigos”.

“Esta es Brandi, entonces”, dijo Brendan.

“Oh, ¿has oído hablar de mí?”, dije, maliciosamente, mirando a Connor. Estaba frunciendo el ceño hacia su hermano, al otro lado de la hoguera. Bebió un trago de cerveza y no dijo nada.

“Te han mencionado de pasada. Escuché que a ti y a tu amiga os había gustado el pub. Que ella y Billy habían estado saliendo mucho últimamente. Y, por supuesto, que eres algo sagrado y no se puede hablar de ti”, dijo Brendan.

“¿Qué?”, pregunté, sorprendida. “¿Me estás confundiendo con la santísima virgen?”.

“Connor no me ha dado una ostia desde que éramos niños, pero la otra noche pensé que iba a cortarme la cabeza”.

“Yo estuve presente. Fue muy feo”, intervino Mickey.

“Siento haberles ofrecido cerveza, Con. Debería haberles dicho que se quedaran dentro”, intervino Billy.

“Entonces, ¿qué se puso feo? Cuéntalo”, canturreó Jessica, mientras pasaba su brazo alrededor de los hombros de Billy.

“Puede que yo haya sugerido inocentemente que había vuelto demasiado temprano a casa después de haberte acompañado de vuelta al hotel”, dijo Brendan.

“Se ofendió ante la insinuación de que podría haber abusado de ti de alguna manera”, dijo Mickey. “Y que no nos atreviéramos a pronunciar tu nombre”.

“Ya basta de chorradas”, dijo Connor, mirando fijamente al fuego, en voz baja.

“Este solía ser capaz de aceptar una broma”, dijo Mickey. “Ahora, no tanto. Si durmiera más, tal vez estaría de mejor humor”.

“Sí, el insomnio es una mierda”, dijo Connor, “pero también lo sois vosotros dos”.

“¿Les has dicho a tus hermanos que no hablaran de mí?”.

“Se estaban pasando”, gruñó.

“¿De verdad soy tan inocente?”, bromeé.

“No lo sé. ¿Lo eres?”, preguntó.

Ante sus palabras, me invadió una oleada de calor. Quería subirme a su regazo. A decir verdad, quería levantarme y sentarme a horcajadas en la silla del jardín y sacudirlo para que me tocara. En cambio, le di un sorbo a mi cerveza. Estaba buena, pero no tenía mucha sed y volví a dejarla

“¿Te gustan los muebles de jardín?”, dijo Mickey, cambiando de tema antes de que las cosas se pusieran más tensas. “Sigo insistiendo en que deberíamos comprar un set con cojines a juego, como los de las revistas”.

“Son un coñazo porque cada vez que llueve habría que recogerlos”, señaló Brendan, “y tendrías que guardar todos los cojines en tu cabaña. No hay sitio en las nuestras”.

“Tampoco hay espacio en la mía”, protestó Mickey.

“Por lo tanto, nada de cojines elegantes”, dijo Billy. “Pero, ¿quién los necesita? Esto es cómodo”.

“Para ti, tal vez”, dijo Mickey, “pero mi asiento no vino con una mujer para acurrucarme”.

“Ya sabes dónde encontrarlas”, dijo Connor. “Tienes que pasar más tiempo en el pub. Conocer a algunas turistas. Socializar”.

Los tres O'Shea se rieron de su hermano mayor. Brendan le dio una palmada en la rodilla. “¿TÚ le estás aconsejando a alguien que socialice?”, soltó una carcajada.

“Veo mucha gente”, dijo Connor.

“Tú les sirves bebidas pero sales a divertirte con nadie. Solo pasas el rato con nosotros cuando te obligamos a hacerlo”, dijo Brendan.

“Entonces soy un lobo solitario”, bromeó.

“Pensaba que eras un león”, solté y me echó una mirada ardiente.

“Un león”, repitió. Su voz era ardiente, ronca. Podría haber dicho, ‘detergente para ropa’'. Igualmente me hubiera excitado.

Estuvimos conversando durante un rato. Mickey y Brendan hablaron sobre sus planes para rehabilitar el complejo poco a poco hasta que volviera a ser un negocio en pleno funcionamiento. Luego lo agregarían al imperio O'Shea en St. Martin. No pude evitar quedar impresionada, por su ambición y por el amor verdadero y el buen rollo que había entre los hermanos. Yo solo había tenido a Jess después de la muerte de mi madre y, a pesar de ser amigas íntimas, no éramos de la misma sangre. Admiré la forma en la que los hombres O'Shea hablaban entre sí, apoyándose mutuamente sin que nada importara.

Pronto, todos los chicos acabaron sus cervezas y Mickey y Brendan volvieron a sus cabañas. Jessica y Billy dejaron de acurrucarse, porque él la sentó en su regazo.

“No me apetece tener que taparme los ojos. Tienes una jodida cabaña, Billy. Con una puerta. Úsala”.

Me reí.

“No eres tan gracioso”, lo acusó Billy.

“Quiero que te lo pases bien pero a puerta cerrada”.

“No tienes sentido de la aventura. Sí, has sido un SEAL de la Marina y has participado en todo tipo de misiones encubiertas muy emocionantes. Pero eso es el pasado. Te has convertido en un ermitaño. Ahora, haz que esta mujer pase un buen rato o llévala a casa. Me voy a la cama”.

Cogió a Jessica y se la llevó a su cabaña. Ella se rio y caminó feliz. Negué con la cabeza, sonriendo. Estaba celosa. Me lo admití a mí misma. Quería ser despreocupada, sentirme jover y poder enrollarme sin compromisos. Parecía imposible, como si nunca hubiera sido tan joven, ni siquiera a los diecinueve años cuando conocí a Nick.

“¿Otra cerveza?”, ofreció Connor.

“Todavía tengo una”, dije.

Abrió otra botella y bebió un sorbo. Me alegré cuando volvió a sentarse. Significaba que no estaba tratando de deshacerse de mí para llevarme de vuelta al resort y quedarse solo.

“Cuéntame más sobre estas cabañas y este viejo complejo”, dije.

Cogió el teléfono y me mostró algunas fotos. Tenía una carpeta de imágenes que mostraban el tipo de actualizaciones que quería hacer. Colocar paneles blancos en los baños, montar un lavabo independiente junto a la ventana con vistas al mar. Azulejos de terracota en los suelos, ventiladores de palmetto en los techos con vigas abiertas. Un patio en cada cabaña, con un moderno sillón de mimbre y un telescopio para observar las ballenas o las estrellas.

“Son preciosas”, dije. “Me encanta esa silla. Sería perfecta para leer y escuchar los sonidos del mar. A la gente le encantará. Es la combinación perfecta para aquellos que buscan relajarse en una isla y un poco de lujo. Como esos azulejos pintados del baño o el telescopio. Y el dosel de mosquitera tiene un aspecto muy romántico”.

“¿De verdad crees que puede funcionar?”, preguntó.

“Sí, absolutamente. Oye, cuando lo tengas listo, envíame un correo electrónico. Jess y yo seremos tus primeras clientas”, dije, “si podemos permitírnoslo”.

“Obtendrás el descuento del Complejo O'Shea”.

“¿Te ha resultado extraño que te haya pedido que me envíes un correo electrónico?”.

“No. Dame tu dirección”.

Me pasó su teléfono y copié mi dirección de correo electrónico. “Este es mi correo de estudiante de la universidad. Creo que todavía será válido durante un año. Espero tener una dirección de correo electrónico y una plaza de enseñanza en el colegio, antes de que eso pase”.

“Lo harás. Tendrán suerte de tenerte. La mayoría de los maestros que tuve ya estaban agotados cuando les tocó tenerme de alumno. Eran todos viejos y gruñones. Y no prestaba atención. Mi mente estaba en el recreo o en cualquier otra cosa”.

Sonreí al pensar en él como un niño mirando por la ventana, soñando despierto con un partido de baloncesto en el recreo.

“Te habría hecho escribir líneas y líneas sobre prestar atención en clase y ser respetuoso”, bromeé.

“Me habría portado mal para que me castigues, estar contigo a solas y poder mirarte. Me habría enamorado de mi maestra, eso seguro”.

“De ningún modo. Nadie se enamora de verdad de un maestro. Eso solo pasa en las películas”.

“Si fueras mi maestra, te garantizo que no estaría mirando por la ventana ni a los libros”, dijo. Sonreí. Me estaba tomando el pelo pero era dulce. Nadie lo diría al mirarlo, con sus casi dos metros de músculos y tatuajes, que en el fondo era dulce.

“Y si tú hubieras sido mi profesor de gimnasia, no me habría saltado la educación física todo el tiempo”, admití. “Odiaba sudar y hacer deporte. Trabajaba en el laboratorio de informática o en lo que fuera para escaquearme”.

“Te hubiera hecho dar muchas vueltas”, dijo. “Y flexiones. No de las que hacen las chicas. Las planchas y las flexiones te enseñan a ser disciplinado”. Me reí cuando dijo eso.

“¿Qué?”, preguntó.

“Tu voz me excita”, admití.

“A mí me excita todo sobre ti”, dijo. “¿Recuerdas la primera noche que te vi?”.

“Fue literalmente esta semana, así que sí lo recuerdo”, me reí.

“Vi tus ojos y supe que eras diferente. No para gente como yo, pero diferente”.

“¿Por qué no soy para personas como tú?", exigí.

“Estás tan por encima de mí, Brandi, que ni siquiera lo ves. He hecho y visto cosas que no podré superar nunca. Cosas que me avergonzaría que supieras sobre mí. No puedo ofrecerte nada”.

“¿Puedes ofrecerme esta noche? ¿Y ver adónde va?”, dije, sorprendida por mi propia audacia.

“No quiero faltarte el respeto”, dijo, mirando deliberadamente sus propias manos en lugar de mirarme a mí.

“Mira, parece que no lo entiendes. Si es mi *elección*, no me estarías faltando el respecto. Tienes que confiar en mi capacidad de decidir por mí misma, en lugar de pensar en que me estás haciendo algo malo. No soy, como dije antes, una mártir inocente. Soy una mujer”.

“Sé que lo eres. Y demasiado buena para mí”.

“Déjame ser yo quien determine eso”, dije.

No sé de dónde he sacado el valor. Y no será por los dos sorbos de cerveza que había tomado. No estaba ni remotamente borracha. Pero tuve un repentino torrente de coraje y claridad. Quería besar a este hombre y que me condenen si permito que algo me detenga. Me puse de pie, sin ni siquiera tambalearme sobre mis sandalias de tacón y apoyé las manos en los brazos de su silla plegable.

“Oye”, dije. Miró hacia arriba, a una pulgada de mi cara. Empezó a echarse hacia atrás, alejándose. ”Mmm”, dije con una lenta sonrisa, "no esta vez".

Lo besé. Simplemente presioné mis labios contra los suyos y retrocedí para ver su reacción. Su mirada se volvió ardiente y excitada y su brazo se deslizó alrededor de mi cintura. Me atrajo hacia su regazo. Me senté sobre sus piernas y dejé que me abrazara. Incliné la cabeza sobre su brazo, sentí su boca sobre la mía. Cada nervio de mi cuerpo registró la caricia y agitó las bengalas del Día de la Independencia a modo de celebración.

Connor inclinó su boca sobre la mía, moviendo la lengua dentro de mí. Dios, lo había echado de menos. Había echado de menos esa sensación. Esa increíble y profunda excitación de su lengua invadiendo mi boca y la emoción de devolverle el beso, de sentirme libre de tocarlo y besarlo como respuesta. Envolví los brazos alrededor de su cuello y sonreí contra sus labios, acariciando su lengua con la mía. Él gimió y me besó más profundamente, abrazándome con más fuerza.

“Dios, qué bien quedas entre mis brazos”, dijo. Bajó la boca hasta mi garganta y me besó, enviando escalofríos a través de mi cuerpo.

“Me encantan tus brazos. Quiero decir, me encanta estar entre tus brazos, es… genial”, murmuré.

Parecía como si estuviera en un sueño, flotando en las nubes o por encima del mar. Era como

si estuviésemos en otro mundo y fuéramos libres. Me encantó esa sensación y todo lo que me estaba haciendo sentir.

Connor volvió a besarme y le devolví el beso apasionadamente. Él sonrió contra mi boca.

“Esa es mi chica”, dijo, complacido. Froté la barba de su rostro y la rasqué ligeramente. Se acurrucó en mi mano.

“¿Te gusta?”, dije.

“Sí. Sí que me gusta”, se las arregló para decir, tomando mi boca de nuevo, besándome tan profundamente que el placer me recorrió el cuerpo con cada toque de su excitante lengua.

“Podría hacer esto siempre”, murmuré, besándolo.

Nos seguimos besando durante un buen rato, yo en su regazo con las piernas colgando. Más de lo que dos personas podrían aguantar sentadas en una silla de jardín. Luego deslizó su mano entre mi espalda y el brazo de metal de la silla.

“Eso te debe estar molestando”, dijo.

“Estoy bien. Vuelve aquí”, dije, deseando que sus labios volvieran a estar sobre los míos. Alcancé su rostro, tratando de guiar su boca hacia la mía. Me acarició la mejilla y sentí un ligero temblor en su mano. Me encantaba saber que me deseaba tanto como él a mí. Que la atracción, la conexión, era así de poderosa.

“No, esto no está bien”, dijo con severidad.

Connor se puso de pie y me puso de pie a mí también. Dio un paso atrás y se separó de mí. Vi el ardiente brillo en sus ojos.

“Dime si quieres que te lleve a casa”, dijo.

---

1 Una silla Adirondack es un modelo de silla de exterior hecha de madera, con amplios reposabrazos, un respaldo con listones y un asiento más levantado en la parte delantera que en la trasera. Lleva el nombre de las montañas Adirondack. [NdT]

CAPÍTULO 17

CONNOR



“No quiero que me lleves a casa, Connor”, dijo.

Se acabó. Había agotado la última gota de mi moderación. Hacía años había resistido torturas, privación del sueño, las luces estroboscópicas y trauma sonoro. Pero esta mujer me había roto. No me quedaba más resistencia. Quería caer de rodillas y envolver mis brazos alrededor de sus caderas. Quería tantas cosas, pero me molestaba admitir que una de las que más anhelaba era que me abrazara con fuerza y perderme en su abrazo. Algo en ella me hacía sentir, no necesariamente seguro, pero sí menos amenazado. Sentía el impulso de la lujuria, quería tomarla contra la pared, pero también quería dormir abrazado a ella. Estaba teniendo sentimientos muy fuertes por una simple turista que se marcharía en una semana, una mujer que necesitaba un hombre íntegro.

Pero sus palabras me desarmaron. Desató un deseo que tenía incluso miedo de mencionar. Un sentimiento más complejo que una simple atracción.

“Mi cabaña está justo allí”, dije.

“De acuerdo”, dijo. Levantó la barbilla, desafiante, como si me desafiara a decirle que tenía que irse a casa. Ella confiaba en que yo fuera más noble de lo que era en realidad.

“Después de ti”, dije, y caminó hacia la puerta de mi cabaña sin dudarlo.

“No vuelvas a preguntarme si estoy segura. Ya te lo he dicho”, dijo.

“Y yo aquí pensando que eras una inocente chica sureña”, bromeé, regalándole un beso en la comisura de su boca.

“Soy de Seattle. Así que ese ha sido tu segundo error”, dijo. “Tu primer error ha sido juzgarme por mi apariencia”.

“Tienes toda la razón, ese fue mi primer error”, dije con una sonrisa mientras abría la puerta.

Encendí la luz y la dejé echar un vistazo. Esperaba que hiciera algún comentario sobre lo vacío que estaba y cuánto mantenimiento necesitaba. Pero solo se preocupó en mantener el equilibrio sobre un pie para desabrocharse la sandalia y quitársela. Luego repitió el movimiento en el otro lado, tambaleándose pero enderezándose antes de que la alcanzara. Movió los dedos de los pies sobre la alfombra.

“Menos mal que me lo he quitado”, dijo, “ahora es tu turno. De quitarte las cosas”, me incitó descaradamente.

En lugar de los zapatos, me quité la camisa.

“Oh, Dios mío”, dijo ella.

“Me has visto sin camisa cuando saltamos por el acantilado”, dije.

“Tenía que mantenerme a flote. No podía distraerme”, dijo, de forma despreocupada. “Estoy

concentrada ahora. Dame un minuto".

Brandi se tomó su minuto para mirarme y admirar mi pecho desnudo. Caminó a mi alrededor y también me miró la espalda. No me sentí cohibido. Me sentía orgulloso con mi cuerpo, era mi única arma y había entrenado toda mi vida para estar en forma. Arrastró su suave mano por la parte superior de mi espalda, trazando mi tatuaje.

"Me encanta. Es muy bonito".

Con los dedos trazó el águila con el tridente, el emblema de los SEAL.

"No es el sinsajo, ¿verdad?", dijo con ironía, "aunque eso fue lo primero que pensé".

"Es el Budweiser", dije.

"Tienes el logo de una cerveza tatuado en la espalda". Su voz era suave.

"No, así es como lo llamamos. Es el símbolo de los SEAL. El ancla de la Marina, el águila es el aire y la pistola es para la guerra y la preparación para el combate".

"Es bonito. Parece una tontería pero es precioso".

"No es ninguna tontería. Y si no pensara que es bonito, no me lo habría tatuado en la piel", dije.

Lo trazó de nuevo y sus ligeros dedos me encendieron la piel. Se movió frente a mí otra vez y puso la mano sobre mi pecho de forma tentativa.

"Eres tan alto", dijo, y me dedicó una pícara sonrisa. Sonreí en respuesta. No podía evitar hacerlo, su personalidad tan peculiar era adorable.

"Lo sé. Y tú eres pequeñita. Pero cuando te acueste, te prometo que todo encajará perfectamente", dije.

"Oh, Dios, estás poniendo esa voz otra vez. Maldita sea", respiraba con más dificultad y se abanicaba en broma.

"Si tienes demasiado calor, puedo ayudarte", le ofrecí.

"¿Ah, sí?".

"Sí, tengo un ventilador", dije. Me agaché y conecté el ventilador de la ventana. Ella se rió.

"Tienes razón. ¿Para qué podría necesitarte si puedo apañármelas con un ventilador?".

Entonces la cogí por los brazos. Con los dientes apretados, dije: "Te mostraré para qué diablos me necesitas". Ella jadeó, sorprendida por mi ferocidad, pero sus ojos brillaron. No me tenía miedo. Estaba disfrutando de todo esto.

La apreté contra mi pecho y le cogí el cabello con una mano. Le besé la garganta. Ella se estremeció y gimió ante el roce de mi boca. Frustrado por tener que inclinarme para obtener un buen ángulo, la levanté sin contemplaciones y la apoyé sobre la cama. Luego me quité los zapatos, me subí sobre ella y le lamí la clavícula. Sentí cómo se arqueaba y me arañó ligeramente el cuero cabelludo y el cuello. El emocionante escozor de sus rasguños me aumentó el placer de saborear su piel.

Tenía la intención de ir despacio. Pero las cosas escalaron bastante rápido. Le bajé los tirantes por los hombros, le quité el vestido y me metí un pezón en la boca. Ella se arqueó y maulló, mientras sus manos me apretaban fuerte contra ella. Cada movimiento me indicaba lo mucho que le gustaba lo que le estaba haciendo. Estaba sobre ella y cualquier indicio de moderación se había esfumado. La había anhelado durante lo que pareció una eternidad. Se me vinieron a la cabeza una serie de imágenes, de cada vez que la había visto, de cada vez que había querido hacerlo pero me contuve. En la playa, cuando le masajeé la crema sobre su piel caliente y suave. La noche que la había acompañado al hotel, junto al mar, y luego en la pared de fuera de su habitación. Y hoy, todo el día en la excursión.

Ahora podía oler su excitación, un aroma embriagador y dulce que parecía llenar la

habitación y provocarme. Acaricié su otro seno, adorando el pesado puñado que tenía en la mano, jugando con su pezón. Ella reaccionó instantáneamente, su pezón se endureció y su cuerpo se arqueó para presionar más fuerte en mi mano. Me alcanzó la cara y me atrajo hacia arriba para besarme de nuevo. Me encantaba su boca, saborearla, explorarla y la forma en la que me respondía. Me correspondió con la misma pasión y energía, lo que desató aún más mi deseo por ella.

"Brandi", dije, jadeando.

"¿Siempre eres así?", dijo de forma entrecortada.

"Joder, no", dije, "por supuesto que no. Es que tú eres la puta perfección".

La besé hasta quedarnos sin aliento.

Trazó las líneas de los tatuajes de mis brazos, siguiendo la tinta negra con los dedos, tan ligeros como plumas. Sentía como si hubiera dejado un rastro de chispas en mi piel. Respiré con fuerza mientras un escalofrío me recorría. La forma en la que me tocaba era muy sexual. Me encantaba que me acariciara, que me deseara, no solo que estuviera tumbada en la cama.

"¿Él te besaba así?", no pude evitar preguntar mientras le lamía y chupaba el pezón.

"¡Nunca!", gritó, cogiéndome el hombro con más fuerza.

Decidido a ser el mejor y determinado a provocarle placer primero a ella, bajé los dedos por su vientre, hasta meterlos dentro de sus bragas. Ella se alejó al principio y su cuerpo se tensó. Me agaché, acariciándole los pliegues y gimiendo al notar lo mojada que estaba. Estaba empapada y todo era por mí. Quería saborearla. Sobre todo porque su ex nunca lo había hecho. Parecía demasiado mojigato y quería mostrarle de lo que su cuerpo era capaz.

Acaricié su humedad, provoqué el interior de sus muslos y cuando le toqué el clítoris, le temblaron las piernas. Yo no era un mojigato. Lo froté con el pulgar, presionando y acariciando para darle el placer que debió haber echado tanto de menos.

"¡Oh, Dios!", exhaló un sonido de sorpresa, y su cuerpo se sacudió.

"Tranquila", dije con voz calma, "déjame". Me miró a los ojos, parecía un poco frenética pero asintió.

Deslicé un largo dedo en su hendidura, apretada y aterciopelada por la humedad. Cerré los ojos por un instante para deleitarme con la sensación de reclamarla. Quería ir despacio, pero no podía. Le acaricié el clítoris con el pulgar, mientras introducía un segundo dedo dentro de ella. Me deslicé por la cama, le quité las bragas y enterré mi boca entre sus muslos. Era increíble, suave, sonrosada, receptiva, y temblaba con una mezcla embriagadora entre excitación y deseo. No estaba siendo delicado, ni intentando enamorarla. Le besé el clítoris con la boca abierta y de forma sucia. Se arqueaba en la cama con un gemido. Seguí acariciando su interior con los dedos mientras chupaba y lamía. En poco tiempo, estaba jadeando palabras como "por favor" y "no puedo, no puedo soportarlo, por favor". Entonces el clímax la alcanzó. Sus extremidades se sacudieron, sus músculos internos me apretaron con fuerza y su dulce sabor me cubrió los dedos y la boca. Giró los muslos y me apartó.

Me deslicé sobre el colchón y la besé justo debajo de la oreja, haciéndola temblar. Cogí la manta del borde de la cama y la arrojé sobre nosotros, la atraje contra mi pecho y la sostuve durante un minuto.

"Eso ha sido impresionante", dijo, con voz temblorosa.

"No, no lo fue".

"¡Confía en mí, lo ha sido!", dijo ella.

"Confía en *mí*, eso ha sido solo el principio", dije con malicia. Parecía sorprendida, sus ojos azules se abrieron como platos. Me encantaba sorprenderla. Me encantaba ser el lobo feroz que

la seducía, la tenía en mi guarida, a mi alcance. “Un león, ¿eh?”, bromeé.

“Sí, porque me estabas cuidando como si fuera la gacela débil de la manada”.

“Los leones no ayudan a las gacelas. Se las comen”, dije, mordiendo sus labios.

“Ya lo has hecho”, dijo ella con picardía.

“Eso no ha sido nada. Quiero que te prepares para mí”.

“Necesito un minuto”, se rió nerviosamente.

“Ven aquí”, dije.

La acuné en mis brazos, la besé y la sostuve hasta que sentí que se había recuperado. Por la forma en la que se aferraba a mi cara y a mi pelo supe que ya estaba excitada y ansiosa de nuevo.

“No quiero pensar que ya estás satisfecha”, bromeé. “¿Un pequeño orgasmo y ya estás acabada?”.

“Eso fue de todo menos pequeño”, dijo.

“Puedo hacerlo mejor”, dije, “acepto el desafío”.

“No estoy segura de cuánto puedo soportar”, dijo, todavía temblorosa, “te deseo… mucho. Es que… eres muy grande”.

“Lo sé. Pero no voy a hacerte daño, Brandi”, dije con seriedad, apartándole el pelo de la frente. Me miró a los ojos y asintió.

“Confío en ti”, dijo. Entonces le di un beso suave y erótico. Después me desabroché los pantalones y liberé mi dolorida erección. Ni siquiera el aire fresco del ventilador ayudó a que se bajara en lo más mínimo. Estaba duro como una roca, lo había estado desde la primera noche en que la vi.

Busqué un condón a tientas en la mesita de noche y me lo puse rápidamente. Luego me acomodé encima de ella y sostuve mi peso sobre los antebrazos mientras le sujetaba la cara.

“Oye, te tengo”, dije. Y fue lo último que dije con cuidado o suavidad, porque llevé la polla a su suave y caliente coño y se la hundí con un grito ronco. Sentí como si me absorbiera, como si me atrajera y me mantuviera atrapada entre cada embestida. Era rico, húmedo y embriagador. Empecé a mecerme dentro de ella, moviendo mi rígido pene dentro de su apretado y tierno coño. Ella tenía los labios contraídos y se había aferrado a las sábanas con los puños, mirándome con los ojos muy abiertos.

Mientras la penetraba me moví hacia abajo para acariciarle el clítoris con la pelvis y darle esa fricción que la hacía jadear, y que su boca quedara como una “o” perfecta por los picos de placer que le producía. Me apreté contra ella, aguantando lo mejor que podía. Aturdida, se corrió con un grito y sus músculos internos me apretaron como un puño. Grité ante la sensación y seguí empujándome dentro y fuera de ella, con embestidas cada vez más desesperadas, incluso tuve que sujetar sus caderas para mantenerla quieta mientras la penetraba salvajemente. Me corrí tan fuerte que tuve que sacudir la cabeza hacia atrás por la intensidad. Mientras bajaba del clímax, le cogí un pezón con los labios y se lo succioné. Me acarició el pelo, el cuello y los hombros. Luego me invitó con las manos a apoyar la cabeza en su abdomen. Me sentía a gusto, acunado y cálido, donde deseaba estar cuando estábamos junto a la hoguera. Me sentí tan relajado, tan agotado, tan a gusto.

Era demasiado. Tenía demasiado sentimientos por ella, más de lo que podía permitirme. Estaba jodido, no tenía sentido negarlo. Estaba cagado.

CAPÍTULO 18

BRANDI



Al despertarme, me estiré un poco dolorida y miré a mi alrededor. Busqué a Connor, pero no estaba allí. Suspiré y encontré mi ropa. Me metí en el baño, me di una ducha rápida y me volví a poner el vestido. Ojalá tuviera una coleta para el pelo. Desearía estar en cualquier lugar menos en este. Se me venían a la cabeza destellos de lo que habíamos hecho anoche y de lo maravilloso que había sido. Y ahora tenía que enfrentarme a ello, si es que aún estaba aquí. Casi podía imaginármelo huyendo de su propia cabaña para alejarse de mí. Me lavé la cara y le dije a mi reflejo que dejara de ser una cobarde.

Tan pronto como abrí la puerta del baño, sentí olor a café. Me dirigí a la cocina. Él estaba de espaldas, mirando por la ventana, bebiéndose un café. Era fácilmente el hombre más guapo que había visto en mi vida. El oscuro tatuaje del emblema SEAL serpenteaba a lo largo de su piel. Quería besarlo, envolver mis brazos a su alrededor y descansar mi mejilla en su espalda. Pero él me había escuchado entrar y ni siquiera se dio la vuelta para mirarme. Como si lamentara la noche que habíamos pasado juntos. Me sentí mal, con un nudo en el estómago. Me aclaré la garganta. No hubo respuesta.

"Buenos días", balbucee, intentando parecer alegre.

Se dio la vuelta y por fin me miró. Él asintió en dirección hacia donde estaba el café. No dijo ni una palabra. Lo miré por un segundo, sintiendo una oleada de dolor. Quería llorar, pero también quería golpearlo y gritar *¡Háblame ahora mismo! ¡Yo también me siento vulnerable, así que deja de ser un niñato!* Pero no pude, porque tenía que tragarme las lágrimas. Me aclaré la garganta de nuevo y me serví un poco de café, irracionalmente enojada con Connor por cerrarse conmigo una vez más.

Me bebí mi café. Estaba amargo, pero tal vez era por mi angustia. Me apoyé contra la encimera, incómoda. El silencio era tenso y tan intenso como lo había sido la atracción de la noche anterior. Tenía las mejillas en llamas. No quería más café, pero necesitaba hacer algo para mantenerme ocupada. No quería coger el teléfono y navegar por las redes sociales porque sería grosero, como si lo estuviera excluyendo o no quisiera hablarle. Aunque eso era lo que estaba haciendo él, de pie en la cocina, como una montaña. Aunque una montaña muy sexy.

La puerta se abrió de golpe y Billy y Jessica llenaron el silencioso espacio con sus risas. Jess me vio y levantó las cejas como diciendo, *¿has pasado la noche con él?* Me encogí de hombros en plan, sí, ¿por qué no? Cuando por dentro estaba gritando, ¿por qué no me habla? ¡Sácame de aquí!

"Si estás lista Brandi, puedo llevaros a ambas al resort", dijo Billy.

"¡Eso sería genial!", dije con demasiado entusiasmo. Me puse los tacones y cogí mi bolso.

Connor no hizo ningún movimiento por abrazarme, despedirse o pedir mi número de teléfono, ni siquiera un mínimo gesto. Simplemente se volvió hacia la ventana con su maldito bañador de chico sexy, con su bronceado y sus tatuajes. Quería rechinar los dientes. Iba en el asiento trasero del coche mientras Jessica y Billy hablaban y bromeaban. Trataron de incluirme en la conversación, pero me quedé callada. Me sentía como una sujetavelas. Una sujetavelas sucia y abandonada. Prácticamente salté del coche cuando llegamos. Si no hubiese sido por los malditos zapatos, me hubiera ido corriendo a la habitación.

Cuando entramos, Jessica me cogió del brazo, "¡Cuéntamelo todo! ¿Te lo has pasado bien?".

Me quité los zapatos y el vestido y me puse una de las lujosas batas del hotel. Me subí a la cama y me quité la bata para estar aún más cómoda.

"No lo entiendo", dije.

"He tenido *varias* experiencias. Déjame ser tu intérprete. Dime lo que ha pasado. ¿Duró poco? ¿Ha sido como Nick y te ha tratado como si fueras un simple cuerpo en el cual correrse?".

"En primer lugar, nunca dije que Nick fuera así".

"No, pero por todo lo que me has contado me ha dado esa impresión. Puedo leer entre líneas y has sido demasiado amable con él. Confía en mí. Ahora, los detalles", dijo, dejándose caer en la cama a mi lado.

"El sexo ha sido increíble. Nunca pude haberme *imaginado* algo así, a otro nivel".

"Pero estabais de pie en la cocina en plan a ver quién aguanta la mirada en el suelo más rato".

"Y Connor estaba ganando", negué con la cabeza con tristeza, "ni siquiera me habló. Me he despertado sola, me he duchado sola. Lo encontré en la cocina, le dije buenos días. Señaló el café. Eso fue todo. Hasta que llegasteis. La cosa más incómoda del mundo".

"¿Cómo actuó justo después de tener sexo?".

"Justo después de que termináramos, se estiró en la cama y apoyó la cabeza en mi estómago y se aferró a mis piernas. Le acaricié el cabello. Se quedó dormido de esa manera, abrazado a mí. En algún momento de la noche me desperté para ir a mear y me estaba abrazando, y yo estaba acostada sobre su pecho. Estaba roncando profundamente, como si fuera a dormir durante días. Pero cuando me desperté, se había ido".

"¿Nada en mitad de la noche?", dijo ella, entrecerrando los ojos críticamente.

"Cuando volví a la cama después de mear, traté de darle algo de espacio porque, ya sabes, es enorme. Me acosté de lado, de espaldas a él, en el borde de la cama para ocupar menos espacio. Debió de haberse despertado porque me cogió por la cintura y me arrastró de nuevo a sus brazos y se acurrucó detrás de mí. ¡Dios, Jessica, eso, en ese momento! Connor O'Shea me envolvió y me abrazó contra su pecho, eso fue lo mejor de todo. De hecho, en ese momento pensé, quiero recordar esto para siempre. Me sentía segura, relajada y superfeliz. Y luego esta mañana, estaba a mil kilómetros de distancia".

Jessica me abrazó.

"Entonces, ¿cuál es tu opinión?", dije, esperando que ella interpretara algún tipo de lenguaje silencioso que yo no entendía.

"No puedo decirlo con certeza…", vaciló.

"Dímelo. Puedo soportarlo", dije, abrazando una almohada para mayor comodidad.

"Bueno, en mi experiencia, cuando un chico se retira después, significa que ha acabado. Consiguió lo que quería y tienes suerte si obtienes un falso 'Te llamaré' al irte. Es un paseo total de la vergüenza y acabas sintiéndote horrible".

"Eso es más o menos lo que interpreté", dije, cabizbaja. "Pensé que habíamos conectado. Ahora me siento como una mierda. Él me gusta mucho, Jess".

“Lo sé y lo siento. Te he presionado para que te enrollaras con él y te divirtieras. No esperaba que te dejara tirada. No deberías sentirte mal contigo misma, para nada. Has tenido buen sexo. Todavía queda mucho por disfrutar en este precioso resort. Lo que necesitas es una mimosa junto a la piscina. ¡Vamos!”, dijo.

Asentí, me vestí y la seguí hasta la piscina para que intentara animarme.

CAPÍTULO 19

CONNOR



Se me cayó el maldito teléfono de nuevo. Lo recogí y lo arrojé contra la barra, asqueado, y me volví hacia la tableta. Había estado trabajando en el inventario demasiado tiempo, pero no podía concentrarme.

No era por falta de sueño. Con Brandi entre mis brazos había dormido mejor que de costumbre. Eso era en parte lo que me molestaba. ¿Por qué tenía que tener ese tipo de poder sobre mí? El poder de tranquilizarme, aunque fuera solo por unas pocas horas. Me había brindado mucha más paz de la que había tenido en años. No estaba cansado por haber tenido sexo. Me había enrollado con muchas mujeres y ni una sola vez había logrado dormir una hora sin tener pesadillas. No antes de que llegara Brandi. No era tan estúpido como para pensar que ella era la cura para el trastorno post traumático que tenía. Y sin embargo, me había consolado de una manera instintiva. Y me asustó muchísimo. Porque si ella podía hacerme sentir tan bien, también tendría el poder de destruirme.

Así pues, seguí dando vueltas haciendo inventario y murmurando para mí mismo. Recibí una alerta de un mensaje de texto y cogí el teléfono pensando tontamente que podría ser ella. Aunque nunca le había dado mi número. Que era otra de las cosas por las que me sentía como una mierda. Era un mensaje de texto de Brendan acerca de un paquete de adoquines para el patio que había llegado roto. Puse el teléfono de nuevo en el bolsillo. Se cayó al suelo y eché un taco.

“¡Jesús, Connor!”, dijo Tommy al entrar, “¿qué pasa?”.

“Nada”.

“Al ver a Brandi irse esta mañana de tu casa pensé que estarías de buen humor. Pero aparentemente, tuviste una noche de mierda”, dijo. Entró en la parte trasera y empezó a reabastecer las cajas de cerveza.

“No tuve una noche de mierda”.

“Entonces, ¿por qué estás tan enfadado? Pareces a punto de romper y prender fuego todo el pub. Tienes esa cara atemorizante, como la vez que llegaste a casa en Navidad y yo suspendí álgebra”.

“Te di un buen susto aquella vez, ¿no?”, gruñí.

“Sí. Casi me meo en los pantalones”.

“Pues no me mires si no te gusta mi cara”, dije con amargura.

“Como quieras. Necesitas calmarte”, dijo.

Continuó con las cajas de cerveza durante unos minutos mientras yo contaba esos estúpidos seltzers[1].

“Oye”, dije, “para con la cerveza. Ya la he contado. Me estás fastidiando los números”.

“Entonces, ¿te has olvidado de la entrega de hoy? Mira, no voy a sacar la cerveza de nuevo. Tiene que estar fría”.

“Escúchame, chico”, empecé.

“No soy tu *chico*, Connor. Soy un hombre y trabajo como todos los demás en este bar. Así que no actúes como si fuera un chaval que contrataste para recoger las mesas. Estás enfadado con el mundo y no es mi culpa”, interrumpió Tommy.

“Tal vez ese es el caso”, balbuceé, “pero…”.

“Mira, pensé que si te acostabas con alguien evitaría que estuvieras tan tenso todo el rato. Es como si tuvieras un palo metido en el culo. ¿Qué cojones te pasa?”, preguntó.

“La cagué con Brandi”, dije rotundamente.

“¿Qué pasó? ¿No se te levantó?”.

“¡No! Eso no, cabrón”, dije, y él se echó a reír.

“¿Entonces el sexo fue malo? ¿Era fría y aburrida y se quedó allí tiesa?”.

“No. Todo lo contrario. Fue demasiado bueno”.

“Amigo mío, no hay tal cosa como demasiado bueno. Da marcha atrás y dime por qué es eso un problema”.

“Porque le tomé la palabra y pensé que tener una aventura de una noche era una buena idea. Pero treinta segundos después de acostarla en esa cama supe que había sido un error. Aunque no podía parar. Significó mucho para mí y fue más que un simple polvo”.

“No seas una niña”, dijo.

“Mira, esta es la razón por la cual la gente no se abre contigo”, dije sarcásticamente.

“Soy camarero. La gente me muestra sus resultados de ETS y los mensajes de texto de sus exnovias. Se abren mucho, créeme”, dijo.

“Lo que tú digas”, dije, disgustado y enfadado conmigo mismo, “la miré y…”.

“¿Y qué?”, presionó.

“Miré esos ojos azules y supe que ella era todo lo que podía desear en una mujer. Y que estoy demasiado jodido para tener una relación. Así que hacer lo que hice con ella, sabiéndolo, fue injusto. Fue una forma pésima de tratarla”.

“Con, vamos, hombre. Mereces ser feliz”, dijo Tommy, con la voz más seria que nunca.

“Lo que tú digas”, dije de nuevo, y empecé a contar la cerveza que había almacenado. Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que mantenerme alejado de Brandi Jackson.

---

1 Seltzer es una tipología de bebida carbonatada con alcohol y normalmente de sabores afrutados. [NdT]

CAPÍTULO 20

BRANDI



“¡Venga! Es una clase de yoga en la playa. Es lo que más abunda en Instagram. Es la buena vida. Tienes que venir conmigo”, rogó Jessica.

“Está bien”, accedí.

No quería ir, pero ella había sido implacable a la hora de asegurarse de que me lo pasara bien. Había estado trabajando horas extras para ayudarme a dejar atrás lo de Connor y vivir el momento. Me hizo alquilar una moto de agua hacía un par de días y ayer fuimos de excursión en catamarán. Hoy tocaba yoga en la playa. Lo cual ocupaba un lugar destacado en su lista y la quería demasiado como para decirle que me importaba una mierda el yoga en la playa. Significaba demasiado para ella.

Pasaron diez segundos entre que conseguimos las esterillas, las extendimos y nos dimos cuenta de que el instructor era un ligón. El tipo caricaturesco que intenta coquetear con todas las mujeres indiscriminadamente con la esperanza de tener suerte. Sería difícil hacer la clase sin reírme. Y más cuando se acercó a nosotras durante el calentamiento y le puso la mano en la espalda a Jess para enderezar su postura y le dijo: “¡Ah, *bellísima*!”. El hombre ni siquiera era italiano. Resoplé.

Hicimos un saludo al sol y trabajamos en otras posturas que ya conocía. Había algunas que eran más avanzadas y estaba convencida de que las incluyó como una excusa para poder tocar a todas las mujeres y corregir su extensión y equilibrio.

“Ah, ah”, me dijo, alardeando, “a ver si podemos aflojar estas caderas, ¿de acuerdo? Sí, ahí está, abre esas largas piernas para mí”, dijo, de forma muy sórdida. Avergonzada, traté de hacer todo lo demás bien, pero él seguía acercándose a nosotras. Éramos las más jóvenes de la clase y nos prestó atención adicional. Mientras enrollábamos las esterillas y las guardábamos, se acercó a nosotras.

“Así que vosotras os hospedáis en el resort. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos?”, preguntó descaradamente.

“Nos quedan cinco días de vacaciones”, dijo Jessica.

“Entonces debéis venir a mi humilde clase todos y cada uno de esos días”, dijo, “es de gran ayuda para vuestra mente y cuerpo. Qué cuerpos tan jóvenes y flexibles tenéis”.

Jessica me echó una mirada e intentamos no reírnos.

“¡*Che bella*! Pareces triste para ser una chica tan guapa en una playa preciosa. ¡Dile a Paolo cómo puede hacerte sonreír de nuevo!”, me dijo, cogiéndome de la mano.

Estaba estupefacta. ¿Ahora estaba poniendo un acento falso? Y estaba segurísima de que su nombre no era Paolo. Probablemente era Chad.

“Eh, estoy bien. Gracias por la clase”, dije rígidamente.

“Oh, pero ¿tienes planes para más tarde? ¿Para esta noche? ¡Paolo podría llevarte a bailar! Es muy romántico y sensual, para quitarte la tristeza de la cabeza”, dijo.

“Ya tenemos planes. Gracias de todos modos, Paolo”, dijo Jessica, cogiéndome la mano y llevándome hacia la zona de descanso con sombrillas de la playa.

“¡Dios, qué tío tan repelente”, se rió ella.

“Y egocéntrico. ¡Disculpe, *Paolo es muy egocéntrico, bellissima*!”, lo imité, partiéndome de la risa.

“Le gustaba tu cuerpo flexible”, bromeó Jessica.

“Mmm, eso es un no de mi parte”, dije, poniendo los ojos en blanco, “aunque me encantaría volver a casa después de nuestras espectaculares vacaciones con gonorrea, creo que pasaré”.

“¿Crees que muchas mujeres caen en su particular encanto?”, dijo.

“Quizás nos sorprenderíamos. Hay muchas mujeres solas. Mujeres que creen que él está realmente interesado en ellas…”, me detuve.

“Bueno, esta super *bella* va a ir a buscar algo de comer”, dijo Jessica.

“Me apunto”, dije.

CAPÍTULO 21

CONNOR



Estaba mejor. Salí a correr para despejarme la cabeza y mantener a Brandi alejada de mis pensamientos. Había tratado de estar de mejor humor en el trabajo por el bien de Tommy. Y correr por la playa era parte del plan. De acuerdo, tal vez correr por la playa frente al resort donde se hospedaba, con la esperanza de verla, no era la idea más razonable, pero era poco probable que me la encontrara. Había cientos de personas en esa playa. ¿Cómo podría identificarla?

Ah, lo sabía. Era como si mi mirada se sintiera atraída hacia ella, a su particular figura o energía o lo que fuera. Pude visualizarla sin problemas. Me detuve para agacharme y volver a atarme los cordones solo como excusa para quedarme donde tenía una buena visión de ella. Como un maldito acosador. Hablando de acosadores, Charlie estaba charlando con ella y con Jessica. Estaban guardando el material de yoga en el puesto de la playa y las tenía acorraladas. Prácticamente podía oler su colonia empalagosa. Me molestó que estuviera hablando con Brandi, pero no tenía derecho a enfadarme. Me obligué a acabar la ruta e ir a darme una ducha. Luego fui al pub. Porque Brandi no era asunto mío. Si ella quería pasar el rato con ese ligón repelente del yoga, era asunto suyo. Solo porque lo conocía y sabía cómo se manejaba, no me daba derecho a interferir.

Trabajar en el pub me mantuvo ocupado y me distrajo la mente. Solamente pensaba en una rubia de piernas largas, ojos color azul intenso y los pechos más hermosos que jamás había visto. Esa era mi forma de mantener la cabeza apartada de ella. Lo tenía todo controlado.

Serví chupitos a los universitarios y cervezas a los lugareños. Intercambié estadísticas de promedio de bateo con Max, que siempre decía tonterías sobre cómo los Cubs eran mejores que los White Sox.

Brandi y Jessica entraron y fueron a su mesa favorita. La vi, y me dio un vuelco el estómago, como si hubiera caído en un maldito agujero. Se las dejaría a Tommy o a uno de los otros camareros. Yo no iba a acercarme. No iba a mirarla. Tenía trabajo que hacer.

“¿Estáis listos para otra ronda, muchachos?”, pregunté al equipo de universitarios con sus polos y quemaduras solares.

Un coro de “¡Joder, sí!”, contestó mi pregunta. Después de servirles los chupitos, miré hacia el reservado donde las chicas estaban sentadas. Vi a un par de chicos acercarse para charlar con ellas. Sentí que se me apretaba la mandíbula y se me aceleraba el pulso. Recordé mi entrenamiento para controlar las emociones, para concentrarme en lo que era importante. Servir bebidas. Hice un trato conmigo mismo. Cada dos copas que servía, podría mirar hacia la mesa una vez. Rellené bebidas como un máquina, solo para poder mirarla por cinco segundos. Jessica

y Brandi estaban sentadas en su reservado. Dos tipos con pantalones cortos de color pastel y camisas de algodón impecables estaban hablando con ellas, gesticulando con sus bebidas mientras permanecían de pie ante la mesa. No habían sido invitados a sentarse, obviamente. El Chico de la Bermuda Rosa se lo estaba trabajando mucho con Brandi, inclinándose, riendo demasiado fuerte.

Entonces los vi tomar asiento empujando a ambas chicas. Brandi tuvo que moverse para dejarlo entrar, pero parecía reticente. La miré obsesivamente. El Chico de la Bermuda Rosa estaba tratando de poner el brazo sobre su hombro. Cuando la vi negar con la cabeza en señal de 'no' y levantar la mano como si fuera a empujarlo, casi me desmayo. La oleada de ira que me inundó era adrenalina nivel misión.

Ni me molesté en caminar. Pasé directamente por encima de la barra. Crucé la sala en tres pasos y puse las manos sobre él. Arrastré al Chico de La Bermuda Rosa fuera de la mesa y lo arrojé al suelo como si fuera basura.

CAPÍTULO 22

BRANDI



¿Qué demonios acababa de pasar?

Connor apareció de la nada y cogió a Rob, lo separó de la mesa como si no le costara nada. Retrocedí instintivamente, observé a Connor levantar a Rob y arrastrarlo hacia la puerta. Me levanté de la mesa y los perseguí por la barra.

"¡Connor!", grité.

Ni siquiera me escuchó. Todo el mundo estaba de pie, tratando de ver lo que estaba pasando, amontonándose alrededor. Connor echó a Rob y le dijo que no volviera. Vi a Rob ponerse de pie y gritar obscenidades ante la puerta que Connor cerró en sus narices. Entonces, me volví hacia él.

"¿Pero qué crees que estás haciendo? ¿De repente te preocupas por mí? ¡Acabas de arrastrar a un hombre hasta la puerta y lo has echado!", dije, acaloradamente. "¿Acaso eres un cavernícola?", pregunté.

La sala se quedó en silencio. Connor me lanzó una mirada acalorada y me cogió del brazo. Me condujo a través de la barra hasta la oficina que había en la parte de detrás. Ni una sola palabra, ni una disculpa, nada. Solo su mano caliente sobre mi brazo, llevándome hasta la oficina. Tan pronto como estuvimos dentro, cerró la puerta y me apoyó contra ella. Me cubrió la boca con la suya y un vertiginoso escalofrío de deseo me recorrió, seguido de una enferma necesidad. Hundió su lengua en mi boca y empezó a tocarme con sus manos calientes y llenas de deseo. La forma frenética en la que me besó y la fuerza de sus manos, me puso a mil en poco tiempo. Le pasé los brazos alrededor del cuello y me sujeté. Me separó los muslos con la rodilla y envolví las piernas a su alrededor, besándolo.

El fuerte beso de Connor me dejó sin aliento y con su mano grande y áspera, me acarició el pecho. El sudor goteaba entre mis pechos mientras me arqueaba ante su contacto. Retrocedió un segundo para mirarme a los ojos, como si estuviera comprobando que todo estaba bien. Dejé caer la cabeza contra la puerta, jadeando en busca de aire, con los ojos cerrados. Entonces, posó su boca entre mis pechos, lamiendo el sudor, chupándome los pezones a través de mi camiseta de tirantes. Me subió las manos por los muslos, por debajo de la falda. Me bajó las bragas y me las quité. Ya estaba temblando pensando en sus manos y en sus largos dedos separando mis pliegues y penetrándome. Pero no me acarició con la mano. Se arrodilló frente a mí como si fuera una especie de diosa a la que pretendía adorar.

Calzó mi pierna sobre su hombro y acercó la boca a mi sexo desnudo. Jadeé y me aferré a su hombro. Me besó con la boca abierta, de la misma forma que me había besado en la boca. Su cálido aliento y su lengua aterciopelada me encendieron el cuerpo y no pude evitar gemir. De pronto me encontré cogiéndolo del pelo, presionando su rostro más fuerte contra mí y

arqueándome. Fue un beso muy guarro, me penetró con la lengua y, de repente, empezó a chuparme el clítoris, succionándolo y lamiéndolo hasta retorcerme de placer. Golpeé la puerta con la palma de la mano y sacudí la pierna en el aire sobre su espalda, donde estaba agachado. Solté un grito que se prolongó tanto como mi estremecedor orgasmo. Connor me dio un último beso y me bajó el pie al suelo.

Se puso de pie, cerniéndose sobre mí. Me aferré a sus bíceps con ambas manos, cogiendo sus voluminosos brazos y presionando mi cuerpo contra el suyo. Levanté la vista y me encontré con sus ojos. Lo necesitaba. Se lo hice saber. No traté de disimularlo ni de vacilarlo. Fui explícita y abierta con él. Me rodeó las caderas con un brazo y me levantó. Me besó de forma suave y amorosa. Me derretí, mi cuerpo se volvió líquido de deseo.

"Por favor", dije, finalmente.

"Me encanta cuando dices por favor", dijo, sumergiendo su lengua en mi boca, dándome el beso más seductor.

"Entonces lo diré de nuevo", susurré, contra sus labios. "Por favor, Connor".

Me soltó de sus brazos y me dio la vuelta para que quedara frente a su escritorio. De pie y detrás de mí, me colocó las manos sobre la superficie de madera y me inclinó posando su mano en la parte baja de mi espalda. Sentí su mano curvarse a lo largo de mi culo desnudo mientras me levantaba la falda. Notaba su mano ardiente, grande y callosa contra mi piel. Connor me cogió por las caderas y escuché el chirrido de su cremallera.

"Oh, Dios, sí", gemí.

No estaba dentro de mí todavía, pero sabía lo que iba a hacerme. Se me encogió el estómago de la emoción.

Entonces sentí la cabeza húmeda y caliente de su pene presionando contra mi hendidura. Sacudí las caderas hacia atrás y lo acogí dentro. Gimió en voz alta y lo empujó todo dentro de mí. Era tan grande, tenía que adaptarme a la circunferencia y longitud de su duro miembro. Jadeé, lo quitó y volvió a penetrarme largo y profundo. Empujé hacia atrás contra su cuerpo y clavé las uñas en el escritorio de madera para poder sostenerme de sus poderosas embestidas. Me sostuvo por las caderas, manteniéndome quieta, para que pudiera llenarme completamente. Lo sentí muy profundo dentro de mí y quedarse quieto por un momento. No podía ni pensar. Sentía el latido de mi pulso en los oídos y la tensión de mis músculos internos alrededor de la invasión de Connor. Todo era demasiado. Pero cuando se inclinó y empezó a acariciarme el clítoris con los dedos, exploté. Grité, arañé el escritorio, me revolví contra él. Me penetró con embestidas duras y rápidas, hasta que lo sentí correrse, sacudirse y derramarse dentro de mí. El subidón del líquido caliente era embriagador. Dejé caer la frente sobre el escritorio, agotada de satisfacción.

Se separó de mí y pasó los dedos por el desastre que habíamos hecho. Sus dedos resbaladizos eran tan irresistibles que me mecí contra él.

"Quieres más, ¿no?", dijo, con la voz ronca.

"No puedo", dije, impotente, "es demasiado".

"No sabes todo lo que puedes hacer. Déjame demostrártelo", dijo.

Connor movió los dedos juguetonamente a través de mis pliegues, acariciándome los muslos y el trasero hasta que volví a temblar de deseo.

"Eso es", dijo, hundiendo dos dedos dentro de mí.

Empujé su mano hacia atrás. Increíblemente, lo deseaba, quería más de él, lo quería todo de él. Volvió a tocarme, esta vez su mano me acariciaba el bajo vientre y el vello púbico para después abrirme, llegar al clítoris y frotarlo con su pulgar e índice, prodigándolo, sin darme una tregua. Me corrí con un grito suplicante.

“Eres tan preciosa”, susurró, levantándome del escritorio y girándome en sus brazos.

Se sentó en una silla y me sostuvo en su regazo.

Me recosté contra su amplio pecho.

“Había deseado hacer esto. Me has empapado la mano. Quería esto, Dios, he soñado con esto”.

“Connor”, jadeé.

“No he sido demasiado duro, ¿verdad? ¿Te he hecho daño?”, su mirada se nubló con preocupación.

“No”, dije, “ha sido increíble. No me has hecho daño en absoluto. Yo solo… estoy confundida. Creí que no me deseabas y que no querías volver a verme”.

“Lo siento mucho, Brandi. Nunca quise que pensaras eso. Traté de mantenerme alejado para protegerte. Pero no pude soportarlo. Luego, cuando vi que ese chaval te acosaba, me volví loco. Tenía que sacarlo y alejarlo de ti. Tenía que hacerle saber la verdad. Que eras mía. Que nunca serías suya”, dijo, entrecortadamente.

Le acaricié el cuello, la mejilla y tracé la línea de su mandíbula.

“Bueno, se lo has dejado bien en claro”, dije, con una risa suave.

“Espero habértelo demostrado a ti también”.

“No lo sé. Estoy confundida. Fue tan incómodo la última vez que te vi. La mañana después de habernos acostado”.

“Te he echado de menos. Quiero pasar tiempo contigo”, dijo.

Me invadió una oleada de esperanza y felicidad. Atraje su boca hacia la mía y lo besé.

CAPÍTULO 23

CONNOR



Salí del trabajo, cogí a Brandi y la llevé a mi cabaña. Nos pasamos horas en la cama, tocándonos, besándonos y volviéndonos locos el uno al otro. A las tres de la mañana hice tortitas. Se acercó por detrás y me pasó las manos por el estómago, luego por dentro de mis pantalones cortos.

"Las tortitas no son lo único que quiero para desayunar", dijo, con picardía.

Apagué el fuego en ese mismo momento. La levanté y la puse en el borde de la mesa. Nos besamos y le subí su camiseta de tirantes.

"¿Ni te molestas en llevar bragas ahora? Lo apruebo", gruñí, mientras la acariciaba entre las piernas, "y ya está mojado para mí".

Ella se arqueó ante mi contacto y empecé a lamerle el cuello. Se abrió y empujé dentro de ella, tan pronto como me desabrochó los pantalones cortos. Ambos gritamos porque la sensación de mi duro miembro enterrado en su núcleo líquido y flexible era increíble. Nos corrimos tan rápido, tan fuerte, parecía que no podíamos tener suficiente. Me había envuelto con sus piernas y brazos. No podía soportar dejarla ir, apenas podía soportar sacar la polla de dentro de ella para desayunar.

Se sentó en mi regazo para comerse las tortitas. Mientras comía, le pasé las manos por dentro de su camiseta y jugué con sus pezones, hasta que no pudo concentrarse más. Se la quitó, se frotó los pezones con sirope de arce y me los ofreció.

"Oh, Dios mío", dije.

La tenía durísima de nuevo por ese simple gesto lascivo. La giré para apoyar su espalda contra la mesa, chuparle los pezones y saborear ese dulce y pegajoso líquido hasta que se pusieron duros y erguidos.

"Brandi", dije.

"¿Qué?", jadeó.

"¿Por qué he perdido todo este tiempo tratando de mantenerme alejado?", pregunté.

"Lo pasado, pasado. Disfrutemos el ahora", dijo, con firmeza. Besé el punto erguido de su pecho.

"Gracias a Dios", dije.

La acerqué y la sostuve contra mi pecho, allí mismo, en una silla de la cocina y ella me abrazó.

"Me encanta cuandome abrazas".

"Se siente tan bien", dije.

Pasamos el día en la cabaña, teniendo sexo, duchándonos, durmiendo la siesta en los brazos

del otro. Fue como caer en una adicción. Estaba consumido por ella en cuerpo y alma. Dormí profundamente, con su cabeza apoyada sobre mi pecho y le preparé el desayuno todas las mañanas. Fueron días celestiales.

La única vez que tuve una pesadilla, ella estuvo allí, acariciándome el pelo, frotándome la espalda y besándome hasta que supe volver al presente.

"Creo que me necesitas ahora mismo", me había susurrado, "puedes tenerme".

Me sentí tan honrado y agradecido por sus palabras que hasta me dolió epecho.

La puse debajo de mí y sentí que sus piernas se abrían para recibirme, acunándome entre sus muslos. La había besado mucho y lamido sus pezones a través de la camiseta con la que dormía. Me animó y la embestí. Mi liberación fue rápida, haberme corrido dentro de su cuerpo y su disposición a recibirme me había conmovido de una forma que no podía expresar con palabras. Después acaricié su cuerpo, la besé con ternura, y usé los dedos y la boca para hacer que se corriera, una y otra vez y demostrarle mi gratitud. Era casi una agonía dejar de hacerle el amor. Y en eso se había convertido. Había empezado con lujuria y follar, pero se había convertido en algo completamente diferente. Igual de salvaje, pero también afectuoso.

Tenía que encontrar una manera de dejarla ir. Se iba pasado mañana. La idea parecía imposible. Pero no había una manera fácil, solo la más directa.

Preparé la cena en la cabaña. Busqué una receta en el teléfono y le hice tacos de pescado. Comimos y nos sentamos junto a la fogata. Jessica y Billy pasaron unos minutos mientras iban a un concierto de música en vivo. Mis hermanos estaban en el pub o, sabiamente, dándome un poco de espacio con Brandi. Nos sentamos a tostar nubes y besarnos con los labios pegajosos y dulces. Entrelazó sus dedos con los míos y la escuché suspirar felizmente. Me puse de pie y la llevé de vuelta a la cabaña, a la cama donde habíamos pasado gran parte del tiempo los últimos días. Tenía que acabar aquello. Pero quería hacerlo una última vez con ella. Una noche más con Brandi.

En la cama, la desnudé lentamente. Le quité mi camiseta, que era la que llevaba puesta, sus pantalones cortos y sus bragas. Le solté el cabello del moño desordenado. Luego tracé su rostro con las puntas de los dedos, su frente, nariz, pómulos y cejas. Su rostro era precioso y no quería ni imaginar no volver a verla. La besé en los labios suavemente, pasando la punta de mi lengua en su boca. Ella sonrió y me mordisqueó de forma juguetona. Me quité la ropa y me acosté a su lado, piel con piel.

Brandi trazó los tatuajes de mis brazos. Cerré los ojos y me permití sentir la ligereza de sus dedos, la forma en que saboreaba cada centímetro de mi piel y la forma en que me hacía sentir. El calor y la tensión entre nosotros nunca se habían disipado. Ni mi sed por ella ni su deseo por mí. Eso lo empeoraba todo.

La acomodé encima de mí. Trató de protestar y me miró tímidamente a través de sus pestañas.

"Esto es lo que quiero. Quiero acostarme aquí y mirar tu preciosa cara y tu hermoso cuerpo. Compláceme", dije, juguetonamente.

"Yo nunca…".

"Déjame ser el primero", dije. *Déjame ser el único*, es lo que quería decirle.

Guié mi polla dentro de ella y la cogí por las caderas. La moví en círculos lentos para empezar. Apoyó las manos sobre mi pecho y se mordió el labio con incertidumbre. Se introdujo el pene por su cuenta y descendió por toda mi longitud, dejándome sin aliento.

"Mierda. ¡Brandi!", dije, mientras el placer empezaba a envolverme.

Me tensé, tratando de contenerme mientras ella apoyaba sus caderas y me montaba. Puse las

manos en sus pechos y tiré de sus pezones. Traté de distraerme, pero pronto mis ojos se pusieron en blanco por las increíbles sensaciones de verla a ella sobre mi polla y el rebote de sus pechos. Gemí, resistiéndome, y me corrí rápidamente. Brandi sonrió como si estuviera muy complacida consigo misma. Me senté, con ella todavía a horcajadas, le acaricié la cabeza y la besé en los labios.

"Eres increíble", dije.

"Bueno, tú también", dijo, todavía sonriendo.

"Lo pensarás en unos minutos", dije, y la volteé sobre su espalda.

Más tarde, mientras yacíamos juntos, con nuestras piernas desnudas enredadas y su mejilla en mi pecho, sentí algo parecido al miedo. Me sentí vulnerable.

"Nunca imaginé que volvería a estar con alguien de esta manera. Puede parecer estúpido, pero cerí que nunca más volvería a pasarme. Que estaba acabada. Que nadie más me querría y que no quería arriesgarme de nuevo ni correr el riesgo de perder a alguien otra vez. Así que, cuando te conocí y… y confié en ti, fue inesperado. Fuiste una hermosa sorpresa para mí, Connor. Me has hecho sentir cosas que no creía posibles. Y no me refiero solo a los orgasmos", dijo, mirándome seriamente.

"Que también han sido muy buenos", bromeé, tratando de quitar hierro al asunto. Se estaba metiendo en un territorio complicado y estaba empezando a sudar. El corazón me latía con fuerza.

Él ex estaba muerto y fuera de escena. Ahora estaba convencida de que la había rescatado de una vida de estar completamente sola. La dejé acurrucarse contra mí y la abracé. Pero por dentro, me estaba volviendo loco. Estaba demasiado jodido para estar con ella. En parte, porque cualquier mención de sentimientos por su parte me hizo entrar en pánico, como si hubiera un artefacto explosivo en la cabaña. Y sin embargo, no tenía que dejar que Brandi creara dependencia de mí o pensara que esto podía llevar a alguna parte. No podía dejar que se encariñara demasiado conmigo. No cuando se merecía algo mejor.

Mejor que un hombre aterrado por el compromiso y temeroso de decepcionarla. Temeroso de las sombras y los recuerdos en su propia cabeza e incapaz de mantenerlos a raya. Yo era un viejo cascarrabias que rehacía compulsivamente el inventario para tranquilizarse. Ella era una joven preciosa e inocente, con un corazón de oro y toda una vida por delante. No tenía nada que hacer cerca de ella.

Brandi se durmió. Me quedé despierto toda la noche, mirándola, tratando de pensar en una manera de dejarla sin hacerle daño. Quería despegar y no aterrizar hasta que ella estuviera fuera de la isla y fuera de mi vida. Pero eso sería muy cobarde. No podía escabullirme sin una palabra, sin una disculpa o un adiós. Las horas pasaban. Miré hacia el techo, con el traqueteo de las ametralladoras martillando mi cabeza, los gritos de los hombres alcanzados, los hombres sangrando que teníamos que dejar atrás. Porque la misión era el rescate. Y las bajas nunca volvieron. Fueron abandonados en un pantano, pidiendo ayuda. Estaba resbaladizo por el sudor, el corazón me latía con fuerza. Odiaba tener a Brandi aquí, incluso el ligero peso de su cabeza sobre el hombro era demasiado. No quería esto cerca de ella, no me quería cerca de ella. La crueldad de mis recuerdos, de las cosas que había hecho. Por la mañana, saqué el brazo de debajo de ella. Cogí un papel, un boli y escribí una nota.

No puedo ser ese hombre para ti. Te mereces mucho más. Lo siento.

CAPÍTULO 24

BRANDI



Traté de beberme la copa de champán de cortesía en el avión, pero todavía estaba llorando, así que me atraganté y la eché por la nariz. Esa mierda quema cuando te sube por la nariz. Jessica me dio otro pañuelo y unas palmaditas en la mano. Nos íbamos de la isla. Al fin. Quería alejarme lo más posible de él. Habían sido un par de días miserables. Ayer Jess tuvo que ir a la playa sola porque lo único que yo hacía era llorar y dormir. No podía entender por qué me había dejado, así sin despedirse.

"Me rompió el corazón", gemí.

"Lo sé, pequeña. Es un cabrón. Todos lo son en realidad. Deberíamos renunciar a los hombres y seguir nuestras carreras".

"¡No sé por qué estoy tan enfadada!", me lamenté: "Fue un rollo de vacaciones. Nunca podría haber sido otra cosa".

"Él no tenía por qué desaparecer así, sin decir una palabra y sin volver a hablarte nunca más. Eso ha sido una cagada", dijo. "Pero estoy muy orgullosa de que hayas vuelto a salir con alguien e intentar seguir adelante".

"Tienes razón. Esta ha sido una experiencia de aprendizaje", resoplé.

"Deberíamos tomarnos unas mimosas y repasar los aspectos más destacados del viaje con nuestras fotos".

"¡Sí, sí!", exclamó Jessica.

Pedimos bebidas y brindamos por nuevos comienzos. Mientras bebíamos, nos reímos de las cuevas en la caminata, el baile irlandés en el pub, el repelente instructor de yoga. Y llegamos a la conclusión de que los masajes fueron la mejor parte del viaje.

"Cuando lleguemos a casa, quiero contactar con cuatro escuelas públicas más. Anoche estuve echando un vistazo y son las únicas cuatro vacantes publicadas en este momento".

"Conseguirás un puesto pronto y luego iremos a comprar juntas ropa de profesora responsable para ti y ropa de asesora financiera para mí".

"Son propuestas muy diferentes", me reí. "Yo necesito pantalones resistentes a las manchas. Tú necesitas trajes que infundan poder".

"Pero podemos salir de compras juntas. Compraremos bufandas a juego para anudárnoslas al cuello el primer día de nuestros nuevos trabajos. En señal de sororidad".

"Por la sororidad", dije, y chocamos las copas.

"Voy a hacer una presentación de diapositivas de nuestras fotos", dijo Jessica.

"Yo voy a hacer una siesta", anuncié.

Cuando volvimos a casa, volvimos a lavar ropa, a las facturas y a la vida real. Volví a

trabajar de camarera mientras solicitaba trabajos de profesora. El trabajo era estable y las propinas buenas. Jessica trabajaba de forma temporal como administrativa mientras enviaba los ‘curriculum vitae’. A veces, por las noches, miraba la foto de Connor que había tomado junto a la cueva. No lo hacía para torturarme. Lo hacía para recordarme que él había sido real. No era tan impresionante ni tampoco el protagonista de una película romántica. Era, simplemente, un tío muy bueno en la cama y pésimo fuera de ella. Eso es lo que me decía a mí misma, aunque no me creía ni una maldita palabra.

CAPÍTULO 25

CONNOR



Hacía dos semanas que se había ido, aunque parecían años. Desde que la había dejado allí sola, simplemente arrastraba mi cuerpo exhausto y vacío. Un día, al entrar al pub, y mientras encendía la tableta para trabajar en el pedido de la semana, me encontré a mis cuatro hermanos allí esperando.

"Te dije que no podía resistirse al día del inventario. Siempre llega temprano", dijo Tommy.

"¿Qué está pasando?", pregunté. "¿Mamá está bien?".

"Sí, mamá está bien. Vivita y coleando, como siempre", dijo Brendan, sentado en la barra, balanceando las piernas.

"Tendrás que limpiar eso cuando bajes. Nadie tiene por qué apoyar la bebida donde antes ha estado tu culo".

"Llevo vaqueros, Connor, joder. Y no tienen agujeros", dijo, inexpresivo.

"¿Por qué habéis venido todos aquí al amanecer? ¿Es esto algún tipo de intervención?".

"Sí, hermano, lo es", dijo Mickey, dándome una palmada en la espalda. "Lo has conseguido al segundo intento".

"Odio decepcionaros, muchachos, pero no soy alcohólico. Ni siquiera tomo aspirinas. Así que, le estáis ladrando al árbol equivocado", dije.

"No escurras el bulto. Has sido un verdadero hijo de puta últimamente. Incluso, los clientes se están dando cuenta", dijo Tommy.

"Desde hace un tiempo estamos al tanto de que el insomnio y el trastorno postraumático te estaban afectando. Hemos hecho lo imposible para apoyarte y tratar de amortiguar la situación con los clientes cuando estás de mal humor. Pero está sucediendo cada vez con más frecuencia", dijo Mickey.

"¿Me estás cuestionando la forma en que dirijo mi pub?", exigí, enfrentándome a mi hermano menor.

"No. Estamos cuestionando la forma en que llevas tu vida", dijo Billy, "así que, adelante, pégame si quieres. Estamos aquí para defenderte y te apoyamos. Pero si quieres darnos una paliza por lo que estamos diciendo, acuérdate de que todos somos SEALS".

"He luchado contra más de cuatro insurgentes estando desarmado", dije.

"Nunca luchaste contra cuatro O'Shea", respondió Brendan.

"Seamos honestos", dijo Tommy, "Mickey y yo siempre hemos soñado con darte una ostia. Así que, adelante".

"Necesitas ayuda, Con. Bromas aparte", dijo Mickey.

"Empeoraste aún más cuando Brandi se fue", dijo Billy. "Por eso estamos aquí hoy".

“Tienes que ir tras esa chica o superarlo”, dijo Tommy. “La gente viene aquí a beber, reír y divertirse. No a tragarse el mal humor de un gigante gilipollas detrás de la barra. Ve a buscar a tu mujer. Ve a terapia. Toma medicamentos si los necesitas. Pero no te sientes aquí en tu agujero negro y trates de arrastrarnos a todos contigo”.

“Maldita sea”, dije, “eso es duro”.

“Hemos venido todos para que nos prestes atención y nos escuches. Eres muy importante para nosotros, Connor. Eres nuestro hermano mayor. No dejaremos que te rindas sin pelear”, dijo Brendan.

“Mira”, dijo Billy. “Mi cabaña está al lado de la tuya. Sales a correr a las tres de la mañana porque tienes pesadillas. Y llegas al trabajo a las cinco o seis todos los días. No te estás cuidando”.

“Cuando te comportas como un cabrón en el pub, mi encanto solo puede compensar hasta cierto punto”, dijo Tommy.

“Mereces ser feliz y dejar atrás tus demonios”, dijo Mickey. “Te queremos y haremos todo lo posible por ayudarte. Mereces vivir tu vida”.

“Cuando Brandi estuvo aquí, estabas más feliz de lo que nunca te he visto”, dijo Tommy.

A pesar de mi actitud defensiva inicial, tuve que admitir que mis hermanos tenían razón. Estaba en un bucle.

“Me habéis dado mucho en lo que pensar”, dije, finalmente. “Me cabrea, pero estoy agradecido al mismo tiempo”.

“Entonces, ¿qué es lo primero? ¿Terapia o Brandi?”.

“Tal vez tengas razón en que debería ir tras ella, pero las razones por las que la dejé ir siguen siendo las mismas. Estoy demasiado jodido. No le volveré a hacer eso. Así que supongo que tengo que ver a un médico, dormir un poco y hacer terapia”.

“Tengo el contacto de un terapeuta en el teléfono”, dijo Mickey.

“Porque un médico siempre está preparado”, dijo Tommy.

“Eso son los Boy Scout”, corrigió Brendan.

“Voy a ver a mi médico de cabecera primero, tengo algunas cosas que arreglar con él. Luego hablaré con el terapeuta”.

“Gracias”, dijo Brendan. “Saber que estás dispuesto a recibir ayuda es un gran alivio para todos”.

CAPÍTULO 26

BRANDI



"No pude conseguir la segunda entrevista. Otra vez", dije. "Voy a rehacer mi currículum esta noche".

"Espera un poco, ya conseguirás algo".

"Jess, he estado haciendo entrevistas, rellenando solicitudes y tratando de impresionar a estas personas desde que volvimos de las vacaciones. Voy a seguir intentándolo. Es solo que estoy desanimada".

"¿Les has hablado de tu último año? ¿De cuándo murió Nick?".

"No. Pueden ver que la media de mi carrera es mediocre. No necesitan mi triste historia para acompañarlo".

"Obtuviste un 3.8 en tu programa de posgrado. Eso debería servir para algo. Además, debes decirle al director que tus notas se derrumbaron el año pasado porque estabas de duelo. No porque te fueras de fiesta. Hay diferencia", dijo Jessica.

"No quiero dar pena", dije.

"¿Quiéres un trabajo?", me desafió.

"Sí, y quiero conseguir uno por mis propios méritos. No porque un viejo director piense que soy la pobre chica con el novio muerto", insistí. "Entonces, ¿más tarta?", dije, dejando la cafetera sobre su mesa.

"No, estoy bien. Gracias por rellenarme el café. Dejaré una buena propina", bromeó.

"Gracias por haber venido. Ha sido un largo turno. Lo único que quiero es meterme en la cama y dormir durante tres días", admití, frotándome el hombro.

"Llevas aquí cuatro horas, cariño. ¿Cuándo vas a ir al médico, como te dije?".

"Estoy bien, pero necesito dormir más", dije.

"Chica, estás cansada todo el tiempo. En plan, todo el maldito tiempo. Anoche te dormiste a las ocho".

"Entonces me estoy haciendo vieja o estoy deprimida por no conseguir un trabajo de maestra y por quién ya sabes".

"Vale, pero no creo que Connor O'Shea…".

"*No* menciones su nombre", dije.

"Bien, no creo que el que no debe ser nombrado tenga el poder de hacerte sentir cansada y miserable un mes después. Estás peor que cuando Nick murió. Estás hecha polvo y desdichada. Ve a ver si tienes deficiencia de vitaminas o algo de eso. Mi madre se sentía supercansada antes de saber que tenía anemia, ¿recuerdas?".

"Sí", dije. "Y te quiero por preocuparte por mí, pero estoy bien", dije. "Tengo que llevar a la

mesa ocho su repugnante ensalada de atún con pepinillos. Igual se la lanzo".

"Te gusta la ensalada de atún", dijo Jessica.

"Ya no. Creo que ha cambiado la receta, aunque Sandy dice que es la misma de siempre. Hay algo diferente y huele fatal".

"Hazme un favor y no intentes hacer esa receta en casa. El lugar ya huele fatal después de haber puesto una lasaña de coliflor en el microondas. Renuncio a la dieta baja en carbohidratos. La coliflor quemada es asquerosa", dijo Jessica.

"De acuerdo. Hasta luego, preciosa", dije. "Buena suerte con tu entrevista".

Más tarde, de vuelta en casa, me planteé la duda de si valía la pena el esfuerzo de ducharme. Mi cabello olía a comida grasienta, pero estaba muy cansada. Cuando Jess llegó a casa, todavía estaba acostada en el sofá.

"Cariño, ¿estás bien?", dijo.

Me senté y me encogí de hombros.

"Estoy bien", suspiré.

Jessica parecía que iba a decir algo, pero, vaciló, se fue a la cocina y me trajo una Coca-Cola Light. Negué con la cabeza. "Gracias", dije, "Estoy bien. Tiene un sabor raro".

Jessica abrió la lata y tomó un trago."Está buena. El mismo de siempre, ese dulce pinchazo del edulcorante".

"¿Tengo que ducharme?", gemí, un poco.

"No tienes que hacer nada para mi beneficio, bonita. ¿Puedo traerte algo?".

"Voy a ponerme el pijama y comer unos cereales. Te juro que no he comido Rice Krispies desde que tenía nueve años y ahora es lo único que quiero".

Cuando volví a la cocina, Jessica estaba comiendo una ensalada.

"Preparé un tazón y una cuchara para ti, porque estoy segura de que estás fuera de combate".

"De ningún modo. He comprado esta caja enorme hace dos días. ¿Has estado comiendo mis cereales?", dije.

"No. Solo me gustan los Lucky Charms y soy demasiado sofisticada como para ir a la tienda a comprar cereales infantiles", dijo, con los ojos en blanco. "¿Cómo ha ido tu tarde?".

"Oh, más de lo mismo. ¡Espera! ¿Cómo fue la entrevista? ¡Dios, soy la peor amiga del mundo por no habértelo preguntado de inmediato!".

"Fue bien", dijo, hurgando en su ensalada y mirando hacia abajo.

Pude ver el hoyuelo brillando en su mejilla. Estaba tratando de no sonreír.

"Jess. Para ¿Qué me estás ocultando?".

"Nada. Fue bien, como ya te he dicho".

"¡Jess!", dije.

"Vale, bien, ¡me dieron el trabajo! A partir del lunes seré consultora financiera a jornada completa", dijo, casi con tono de disculpa.

Me levanté y la abracé.

"Eres brillante. Estoy muy contenta de que lo hayan visto y hayan sido lo suficientemente inteligentes como para contratarte. Estoy muy orgullosa de ti. Ahora no te sientas mal por celebrarlo. Ve a la tienda y consigue un poco de champán. Yo invito", dije, sacando un billete de veinte del bolso.

"De ningún modo. Me han dado un bono de bienvenida. Las bebidas corren por mi cuenta", insistió.

"Bien, entonces iré a comprar helado. La situación merece unos buenos Magnum", dije.

"Saldré corriendo y compraré bocadillos para la fiesta. Déjame acabar la ensalada. ¿Quieres

que te traiga unos cereales?”.

“¿Qué tipo de salsa es esa? Me da asco”, dije, tratando de respirar por la boca.

“Es salsa ranchera”, dijo.

Tosí, me tapé la boca con la mano y corrí al baño. Vomité una y otra vez, tosiendo y ahogándome.

Jessica entró y me consiguió una toallita húmeda para limpiarme la cara. Se sentó en el suelo a mi lado.

“Bran, ¿crees que podrías estar embarazada?”, preguntó.

“¿Qué? No, de ningún modo. Me ha bajado la regla este mes. Déjame mirar el teléfono”, me tambaleé y pasé junto a ella para revisar el calendario. “Supongo que no puse la fecha de este mes. Tonterías. No suelo olvidarme. Estoy segura de que me ha bajado desde que volvimos de St. Martin. Simplemente, no lo puse en el teléfono. Sabes que he estado algo rara desde que Connor me dejó…”, seguí hablando, poniendo excusas.

“Creo que es hora… de salir de dudas. Espérame aquí”.

Jessica cogió su bolso y salió por la puerta. Me hundí en la cama. No podía estar embarazada. No era posible. Usamos condones. Excepto la vez en su oficina. Y cuando estaba haciendo tortitas y estábamos jugando y me tomó allí mismo sobre la mesa. Empecé a llorar con el recuerdo. Nunca me había sentido tan deseada y comprendida, tan aceptada y adorada. Supe por la forma en que me había tocado y mirado que yo también le importaba. Estaba bebiendo agua y negándome a llorar cuando Jessica volvió.

“Toma”, dijo, “tienes que orinar en esto”.

Me entregó un test de embarazo. Traté de rechazarlo, pero ella levantó una ceja. Había visto más allá de toda esa mierda de no necesitar hacerme la prueba.

Entré al baño y ella vino conmigo.

“¿Qué?”, dijo. “Siempre vamos juntas en los bares. Imagina que estamos en un club. Uno realmente tranquilo. ¿Quieres que me ponga pintalabios para que parezca más auténtico?”, bromeó.

Negué con la cabeza.

“Eres la mejor, ¿lo sabías?”, dije.

“No me llores. Te lo prohibo. Mea. Miraremos el test, como si estuviéramos locas, durante tres minutos y luego iremos a tomar champán y helado. O, en tu caso, solo helado. Porque no puedes tomar alcohol si estás embarazada”.

“No me jodas, ¿de acuerdo?”, dije, dejando el test en la encimera y mirándolo como si estuviera a punto de explotar.

“Um, no fui yo quien te ha jodido, si podemos llamarlo de ese modo. Ha sido el hermano O'Shea que andaba por la vida eyaculando sin condón”.

“No digas eso frente a mi prueba de embarazo”, dije.

“¿Por qué?”.

“Me estoy volviendo loca, ¿de acuerdo? No lo empeores. Además, si estoy, ya sabes, el bebé no necesita escuchar a su tía Jessica decir ‘eyacular’”.

“Entonces, ¿tendré que alejarme de él? Porque digo cosas así todo el tiempo”.

“Tienes razón. Tendría que conseguir unos auriculares para bebé, hacer que escuche a Mozart para que no pueda oírte”, me reí.

“Mierda, Brandi”, dijo, señalando el test.

“Estoy embarazada”, dije.

Coloqué una mano en el estómago, de forma protectora.

CAPÍTULO 27

CONNOR



"Estás genial", dijo Max, "lo digo como amigo. ¿Lo sabes, no?", dijo.

"Lo sé. Me alegro de que se note".

"¿Has estado haciendo ejercicio?".

"Siempre lo he hecho. Simplemente he estado durmiendo mejor".

"Sigue haciendo lo que estés haciendo", dijo, "y tráeme otra pinta".

"Lo haré, Max. ¿Cómo te va con tu nueva novia? Esa bonita pelirroja que trajiste aquí la semana pasada".

"Es pronto para llamarla mi novia, pero va bien. Gracias por preguntar. Estás de buen humor últimamente".

"Bueno, ya era hora, ¿no?", dije, sirviéndole la cerveza.

"¿Cómo va?", preguntó Tommy, acercándose a mí.

"Bueno, los chicos en el bar están a punto de ligar conmigo porque estoy genial", dije, mirando a Max.

"No es culpa mía que seas tan guapo", bromeó, "y ahora además estás de un humor muy dulce".

"Es la terapia", dijo Tommy.

"Ya sabes acerca de la privacidad en el cuidado de la salud, Tom", dije con los ojos en blanco.

"Sí, sí, pero no quiero que Max esté aquí pensando que te estamos drogando para que seas más agradable".

"De acuerdo. Me estoy cuidando mejor. Eso es todo", dije.

"Necesito nueve pintas para los universitarios", dijo Tommy, señalando una mesa de chicos que acababan de llegar, "y una jarra de margaritas para las chicas".

Serví las Guinness y las alineé mientras Tommy hacía las margaritas. Un camarero se llevó las pintas. Una rubia me llamó la atención. La forma en que sacudía su cabello era tan familiar que me quedé sin aliento. Me tembló el pulso. Mantuve los ojos fijos en ella. Durante al menos treinta segundos, me aferré a la creencia irracional de que Brandi había vuelto, que había entrado directamente al pub unos meses después de que la dejara sola en mi cama. Que de alguna manera había juntado el dinero para otras vacaciones, se había tomado un descanso de su primer trabajo como maestra y había venido al pub, me había ignorado y se había sentado con los chicos de la universidad. Estaba demasiado impresionado por el déjà vu como para ver las obvias dificultades de todo aquello. Hasta que se dio la vuelta y bebió un trago de cerveza. Entonces vi que no se parecía en nada a Brandi.

“¿Estás bien?”, preguntó Tommy.

“Genial”.

“Parece como si te hubieran dado malas noticias”.

“Pensé que había visto un fantasma. Fue algo estúpido”.

“¿Necesitas tomar un poco el aire?”, preguntó.

“Sí”, dije. Cogí una botella de agua y salí por detrás.

Tomar descansos era una de las muchas estrategias de superación que el doctor me había enseñado para cuando me enfadaba, tenía un flashback o los ruidos fuertes me provocaban. Los medicamentos me ayudaron, el dormir ayudó, pero las técnicas que había aprendido fueron realmente la clave para mí.

Tommy se acercó, “¿Cómo estás?”.

“Estoy bien”, dije. “Simplemente pensé por un segundo que esa rubia era Brandi”.

“Tienes que ir a buscar a esa chica”.

“¿De verdad? ¿No sabes que he estado haciendo la investigación más inútil durante semanas a través de internet? ¿Sabes cuántas Brandi Jackson hay en el área de Seattle? Y su nombre podría ser con una ‘y’ o una ‘i’. Podría incluso estar usando su segundo nombre. Podría haberse mudado por trabajo”, solté. “Lo siento, quiero encontrarla. No sé qué le diría, pero no es una tarea fácil. No estoy seguro de cómo dar con ella”.

“Tenemos que encontrar a alguien que sí pueda hacerlo”, dijo Tommy.

CAPÍTULO 28

BRANDI



"Significa mucho para mí que hayas venido conmigo", le dije a Jessica.

"Como quieras, me vas a comprar helado después", dijo inexpresiva.

La enfermera roció una especie de gelatina en la varilla del ultrasonido y empezó a escanearme. La pantalla cobró vida con recuadros borrosos en blanco y negro y filas de números. Escaneó, hizo clic, capturó imágenes, tocó en una tableta. Luego, mientras contenía la respiración, se volvió hacia mí.

"Lo que estás buscando está justo ahí", dijo, haciendo clic en un punto que había en la parte inferior izquierda de la pantalla, agrandándolo. Pulsó un par de teclas y la habitación se llenó con un rápido sonido de galope.

Miré a los ojos a Jessica. Me sonrió y asentí.

Los latidos del corazón de mi bebé llenaron la habitación. Me sentí tan conectada con el pequeño, trabajando tan duro para crecer dentro de mí. Me brotaron lágrimas por los ojos. En ese instante, todo cobró sentido. Este era mi hijo y lo deseaba con todo mi corazón.

"¿Has considerado llamar a Connor?", dijo Jessica mientras me limpiaba y me ajustaba la ropa.

"No. Dejó bien claro que no quería tener nada más que ver conmigo. Además, tiene un negocio en la isla".

"Eso no significa que no quiera saber acerca del bebé", dijo Jessica. "Soy la primera en decir que te trató como una mierda. No me gusta, pero has visto cómo cuidaba de sus hermanos. Sabe de familia, de lealtad. Él no te dejaría sola en esto. Lo creo de verdad".

"Puede que tengas razón, pero no quiero perseguirlo y obligarlo a hacer lo que él considera su deber. No quiero ser una obligación para él, y ya me dijo que no era capaz de tener una relación ni ningún tipo de conexión emocional. ¿Acaso quiero eso para mi bebé? ¿Alguien que envía dinero, hace visitas por deber, pero no puede conectar o realmente no se interesa? He crecido sin un padre y creo que estaba mejor que algunos de los niños en la escuela que sí que tenían uno pero que solo estaba presente de vez en cuando, dudando de si eran lo suficientemente buenos o importantes. No quiero eso para mi hijo".

"Está bien", dijo Jessica, "pero tenlo en cuenta. No es un extraño con el que te enrollaste. Estábais juntos y te enamoraste de él".

"No estoy enamorada de él", dije automáticamente.

"Sí, y odias el helado de chocolate. Basta de chorradas", gruñó Jessica.

Recogimos la copia impresa de las imágenes de mi ecografía y salimos admirando la larga tira de papel brillante que mostraba todas las imágenes de mi pequeñito. Durante el almuerzo,

mientras comía obedientemente pollo y verduras, acompañado de un enorme vaso de agua helada, Jessica y yo hablamos sobre el futuro.

"¿Cómo te las vas a apañar?", preguntó. "Esa es la pregunta principal".

"Estoy retirando las solicitudes que había presentado para puestos docentes. Eso tendrá que esperar. Seguiré de camarera. Las propinas son buenas y la gente con la que trabajo es agradable. Tanya cuidará de mí. Ya lo dijo cuando se lo he contado. Dijo que podía tomar descansos para poner los pies en alto y me recordó que bebiera agua y tomara vitaminas".

"No puedes renunciar a la enseñanza. ¡Es tu sueño!", dijo Jessica.

"Lo es. Pero también tengo un nuevo sueño. Voy a ser madre. Eso parece tan raro y tan adulto", me reí. "Pero quiero hacerlo bien. Mientras esté embarazada y mientras el bebé sea un recién nacido, ni siquiera puedo pensar en enseñar. Salgo de cuentas en enero. Así pues, para mayo, cuando el bebé tenga cuatro o cinco meses, puedo empezar a solicitar nuevamente para el próximo curso. También tengo que investigar lo de las guarderías".

"No quiero que renuncies a la enseñanza por completo".

"No lo haré. Es lo que estoy destinada a hacer. Pero tendrá que pasar a un segundo plano, por detrás de la maternidad. Me encantaría conseguir un trabajo de maestra y tener los beneficios y los veranos libres con mi bebé, pero eso es en el futuro, dentro de un año o más. Mi objetivo principal es estar lo más preparada posible para ser una buena madre. Mi madre me crió sola y quiero hacer un trabajo tan bueno como el de ella. Estaba muy pendiente de mí y se aseguraba de que pasáramos un rato divertido juntas todos los días, aunque solo fuera leer libros de la biblioteca o hacer palomitas de maíz y mirar la televisión juntas".

"Hay una diferencia clave aquí", dijo Jessica.

"Sí, tengo una maestría, que es una oportunidad que ella nunca tuvo".

"No. Me tienes a mí. Para siempre. Hermanas, ¿recuerdas? Estás atrapada conmigo para siempre. Y también mi sobrina o sobrino que tienes en el horno. He escuchado que se suelen despertar mucho por la noche. Nos turnaremos".

Rompí en llanto y me acerqué a su lado de la mesa, para abrazarla. Nos abrazamos hasta que la camarera se acercó para ver si estábamos bien.

"Estamos bien", dijo Jessica, "solo está sensible".

"¿Es esto… ¿os molesta que pregunte? ¿Le has propuesto matrimonio?", dijo la camarera.

"No", dijo Jessica con una sonrisa, "es mi hermana".

"Si le hubieras pedido matrimonio, tendríais tarta gratis", susurró.

Aparté mi rostro lloroso del hombro de Jessica, "¿Tarta?", dije.

"Está bien", dijo Jessica, "nos has pillado. Estábamos tratando de mantenerlo en secreto, pero sí, nos acabamos de comprometer".

Me reí. La camarera asintió, "¿Pastel de chocolate o blanco?".

"Que sea uno de cada", dijo Jessica, "también tenemos un bebé en camino".

"Felicidades", dijo ella.

Mientras se alejaba, nos echamos a reír.

"¡No puedo creer que tengamos tarta gratis!", dije.

"Bajo falsos pretextos, pero la verdad es que tenemos un bebé en camino y te mereces un capricho. Esta noche llamaremos a mi madre".

"¿Para decirle que nos vamos a casar?", bromeé.

"No. Pero vas a tener un bebé. Puedo ser la tía guay".

"¡Aquí viene la tarta! Oh, no, ¿crees que además nos cantarán?", dije con un repentino pánico.

“¿Qué cantarían? ¿Macho Man? No hay una canción de compromiso de boda gay. Tú sonríe y cómete el pastel”.

Celebramos mi primera cita con el ginecólogo y el ultrasonido con una tarta gratis que extorsionamos a una camarera, fingiendo estar comprometidas. Fue divertido y me animó mucho. También hicimos que la camarera se uniera a nosotras para comer el pastel. Ella admiró nuestras fotos de ultrasonido y nos recomendó comprar un parquecito para que el bebé juegue, que aparentemente es algo que todo bebé debe tener. Empecé a tomar notas en mi teléfono inmediatamente.

Más tarde, ya en casa, después de haber ido a orinar por quincuagésima vez, Jessica empezó a leer su lista.

“Pañales, toallitas, biberones, parquecito con sábanas ajustables, cojín de lactancia, cuna, cambiador. Y luego, no puedo evitar pensar que algunas de estas cosas son imaginarias. ¿Qué es este dispensador para biberones, o lo que sea? ¿No podemos simplemente mezclarlos como un martini?”.

“¿No necesita ropa y calcetines antes que un dispensador de fórmula?”, pregunté, desconcertada. “Eso es como comprarle joyas o algo parecido. Es una pérdida de dinero”.

“Paños para eructar”, dijo sabiamente Jessica y agregó a la lista: “Según mi madre, vomitan mucho”.

“¿Entonces, debo comprarme el doble de camisas de las que tengo ahora para no ir por la vida con la ropa vomitada?”.

“No, mamá dijo que te acostumbras. Puedes usar un trapo para eructar si es algo que tienes que usar para salir”.

“Eso no tiene buena pinta”.

“Creo que habrán muchas cosas malolientes, Brandi”, se rió Jessica.

Me dejé caer en el sofá a su lado, “Gracias por todo”.

“Cuando quieras, chica. Y sabes que me encargaré del alquiler, ¿verdad?”.

“No vas a pagar mi parte del alquiler”, insistí.

“Maldita sea, voy a hacerlo. Al menos mientras no estés trabajando y cuides del bebé. Considéralo el regalo por su nacimiento”.

“Ese es un regalo bastante caro”.

“Estoy en finanzas ahora, Bran. Confía en mí. Puedo pagar todo este apartamento y las facturas, no te preocupes”.

“¿Entonces serás mi sugar daddy?”, bromeé.

“No, estamos comprometidas, ¿recuerdas?”, dijo ella, inexpresiva.

“Ya has hecho mucho por mí”.

“Somos familia. Vas a darle a tu bebé una buena vida. Y yo voy a estar ahí contigo”.

“Te quiero, Jess”, dije. “Eres la mejor amiga que una chica podría tener”.

“Sí, lo soy. Y si hay tarta gratis, soy tu prometida”.

CAPÍTULO 29

CONNOR



Intenté enviarle un correo electrónico a la dirección que me había dado, pero los mensajes no se pudieron entregar. O la universidad había cerrado la dirección de correo después de que se graduara o ella la había eliminado. Me puse en contacto con la universidad y traté de encontrarla de esa manera, pero no me dijeron una sola palabra debido a las leyes de privacidad. Tampoco hay nada en su sitio web que me permita buscarla.

Durante tres meses pasé todo mi tiempo libre buscándola por internet, haciendo llamadas, tomando notas de las cosas que ella me había mencionado a mí, a Billy o a Tommy. Dijo que era de Seattle, pero eso resultó ser como en mi caso, que soy de Chicago: había cientos de suburbios, pequeños pueblos y vecindarios en los alrededores. Tenía una madre soltera que estaba muerta. No había mencionado a ningún otro pariente, ni dónde trabajaba, ni nada por el estilo. Era vergonzoso lo poco que sabía sobre ella. No lo suficiente como para encontrarla por mí mismo, eso era seguro.

Así que cedí e hice lo que Tommy había sugerido desde el principio. Contraté a alguien con las habilidades para encontrarla. Mi amigo Richie, del servicio, trabajaba ahora en seguridad en el estado de Washington, de donde era. Hacía investigaciones privadas en paralelo. Lo contacté y contraté para encontrar a Brandi, porque había docenas de Brandi Jackson en Seattle, y ni siquiera sabía su segundo apellido o su fecha de nacimiento. Así que encontrarla por mi cuenta era casi imposible.

Cuando llamó para decirme que la había localizado, no podía creerlo.

"¿Una camarera?", dije, "no, no puede ser. Ella es maestra, te lo he dicho".

"No, está trabajando de camarera. Soy bueno en lo que hago, Con. Puede que no tenga ningún récord de Hell Week, pero no cometo errores en mi trabajo".

"Está bien, lo siento, solo estoy sorprendido, eso es todo. Gracias. Estaré en contacto. Envíame tu factura. No me importa cuánto sea".

"No cobro a los compañeros de la Marina".

"Vas a cobrarme. Me acabas de devolver la vida, hombre. Ahora déjame pagar tu tarifa o te perseguiré después de encontrarla", dije, medio en serio.

"Bien, te enviaré un correo electrónico. Siempre fuiste un hueso duro de roer".

"No lo olvides".

"Buena suerte con esta chica", dijo. "Debes de estar loco por ella".

"Lo estoy," dije.

No había pasado ni media hora entre que llamó y reservé el vuelo. A la mañana siguiente, ya estaba en camino.

“Empieza diciéndole que no puedes vivir sin ella y que lo sientes. Pide disculpas primero”, dijo Tommy por teléfono. Tapé el receptor para decirle al conductor de Uber la dirección del restaurante.

“Gracias. ¿Y también llevar un letrero que diga que soy un cabrón?”, pregunté, medio en broma.

“No hace falta, un cartel sería demasiado exagerado”, bromeó, “pero lo digo en serio. No puedes dejar que se vaya de nuevo. Estás mucho mejor y ella lo verá. Si le dices la verdad, lo entenderá. Estás haciendo lo correcto”.

“Sé quien soy. Tengo mucho miedo”, admití.

“Vamos. Eres un SEAL. Ella es tu misión. Ve a buscarla”, dijo y colgó.

Entré en el restaurante y miré a mi alrededor. No la vi, Richie podría haberse equivocado después de todo, pensé. Una camarera pelirroja se me acercó.

“¿Qué puedo servirte?”, dijo.

“Tomaré una Coca-Cola. ¿Está Brandi aquí?”.

“Sí, ahora le aviso”, dijo.

Mi corazón latía al menos tres veces más rápido de lo normal. Ella estaba aquí. En este edificio. Tan cerca. Iba a verla. Ella podría negarse a verme o maldecirme o tirar cosas. No me importaba. Le diría toda la verdad antes de que acabara. Lo que me importaba era verla, asegurarme de que estaba bien y de que supiera que no la había olvidado.

Llegó la Coca-Cola y me la bebí, buscándola todo el tiempo. Después de unos minutos, la vi salir de detrás del mostrador. Hicimos contacto visual. Sus ojos se abrieron como platos y se lanzó de vuelta a la cocina. Pero no antes de que viera la verdad. El bulto creciente pero inconfundible debajo de su camisa. Estaba embarazada. Se me hizo un nudo en la garganta, apreté los puños y todo mi cuerpo se puso en alerta máxima. Cerré los ojos y empecé a hacer las técnicas de respiración que el médico me había enseñado, salí del modo lucha o huida y volví a pensar con calma y de forma racional. La deseaba demasiado como para dejarme enloquecer.

Atravesé el restaurante y la cocina. Los trabajadores me gritaban que no podía estar allí. Pasé junto a ellos y salí por la puerta trasera. Allí estaba ella, en el callejón, de espaldas contra la pared, con las manos cubriendo su rostro.

Lo único que quería era tomarla en brazos y decirle, *está bien, cariño, estoy aquí*. Pero tendría que ir despacio, tranquilizarla y soportar su ira. Me lo merecía. Podría tener fe en que llegaría a abrazarla y consolarla eventualmente. Me miró y levanté la mano para detenerla.

CAPÍTULO 30

BRANDI



¿Qué estaba haciendo aquí? Después de meses, ¿simplemente aparece en mi trabajo? Tuve que salir corriendo porque no podía contener las lágrimas. No tenía intención de decirle que estaba embarazada de nuestro hijo. Había decidido asumir eso por mi cuenta. Me comprometí a criar a nuestro hijo, a amarlo y darle una buena vida. Lo único que quería a cambio, era que el universo me dejara olvidar a Connor O'Shea. Porque echarlo de menos todos los días con toda la fuerza de mi ser era agotador, sin contar el cansancio del embarazo. Yo estaba trabajando. Tenía planes para el bebé. Estaba ahorrando dinero y tomando vitaminas. Pero no tenía capacidad emocional como para lidiar con las consecuencias de nuestra aventura y la forma en que me había roto el corazón.

Me cubrí la cara. Quería tanto que mi madre estuviera aquí que hasta me dolía. Quería un lugar donde esconderme, alguien que me abrazara e hiciera que todo fuera bien. Porque podía hacer casi cualquier cosa por mi cuenta. Yo era fuerte e independiente. Pero no podía enfrentarme a Connor O'Shea y que me dejara de nuevo. Casi me arruinó la primera vez.

Me siguió hasta el callejón. Lo miré, tratando de reunir la ira que había sentido al principio. Lo único que quedaba era dolor y una soledad vacía de la que no me atrevía a hablar. Levantó la mano para evitar que dijera nada.

"¿Cómo estás?", preguntó.

Atónita, lo miré boquiabierto, "¿Esa es tu primera pregunta? ¿En serio?".

"Sí. ¿Estás bien?".

"Estoy bien. ¿Cómo me has encontrado?".

"Bueno, como fui demasiado estúpido y ni pensé en pedirte tu número y tu dirección, tuve que hacer una búsqueda y contratar a alguien para que te encontrara. Te diré todo lo que quieras saber después de que me hables sobre el bebé".

Cerré los ojos por un momento, con miedo.

"Mi bebé está sano. Recibo una buena atención prenatal y tomo vitaminas".

"*Nuestro* bebé", dijo.

"Sí".

"No me llamaste".

"Me abandonaste. No una vez. Dos. Me dejaste dos veces y habías dicho de forma muy clara que no podías o no querías estar conmigo. No era mi intención que te enteraras de este embarazo. No por maldad, simplemente no quiero ser una carga para ti. No dudo de que tú habrías hecho lo correcto, pero no puedo ignorar las cosas que me has dicho. Como que no eras capaz de tener una relación o una conexión emocional. Así que, independientemente de lo dolida que estuviera,

te habría contado lo del bebé si no hubiera sabido que eso era cierto. No quiero darle a mi hijo un padre que nunca podría amarlo por completo. O alguien que lo intentaría y luego, cuando fuera demasiado difícil, desaparecería. Eso no es justo para un niño".

"Tampoco fue justo para ti. No te culpo. Odio que creas eso de mí, que sería un padre de mierda. Pero entiendo el por qué. No te he mostrado lo mejor de mí. Y después de la forma en que acabé las cosas, tiene sentido que no me contactaras", dijo.

Me encontré mirándolo boquiabierta de nuevo. Estaba tan tranquilo y compasivo, tan comprensivo. Como el hombre que había conocido, pero más fuerte, más confiado.

"Te lo agradezco", dije.

"Comprensión es lo mínimo que te mereces de mí. Necesito disculparme contigo, y me gustaría que pudiéramos hablar".

"Puedes venir a mi casa. Hablaré con Tanya para salir antes".

Me agaché, tomando una gran bocanada de aire. Era más fácil respirar cuando no estaba cerca de él. El tira y afloja entre la atracción y el amor era demasiado fuerte. Era sofocante. Tomé un trago de agua y hablé con Tanya. Le dije que no me sentía bien y que mi ex estaba aquí. Que íbamos a ir a algún lugar a hablar.

"¿Estarás segura con él? ¿Tienes miedo?", ella preguntó.

"No tengo miedo. Solo tenemos que arreglar las cosas. No es violento, si eso es lo que quieres decir".

"Tengo una pistola en la oficina", me ofreció.

"No, estoy bien", me reí. "Pero gracias por cuidarme".

Nos abrazamos y cogí mi chaqueta. Una vez fuera, me encontré con Connor. Había llamado a un Uber y le di mi dirección. Viajamos en silencio sentados en el asiento trasero, sin tocarnos. Cuando llegamos, entramos al apartamento.

"Toma asiento", dije, quitándome los zapatos. "Me voy a cambiar. Los pantalones de trabajo me están un poco ajustados ahora", dije, tratando de bromear.

En cuanto me puse mis pantalones de yoga y una camiseta, me uní a él en el sofá.

"Entonces, ¿de qué quieres hablar?", pregunté. No se lo iba a poner fácil, sin importar lo comprensivo que hubiera sido hasta ahora.

"De muchas cosas. ¿Puedo preguntar más sobre ti primero?".

"Supongo".

"¿Por qué no estás trabajando en la educación?".

"Bueno, por esto", dije, señalando mi vientre. "Estaba solicitando trabajo, sin llegar a ningún lado, y luego descubrí que estaba embarazada. Así que puse eso en espera. A nadie le haría mucha gracia contratar a una maestra para la que tendrían que conseguir un sustituto que cubriera las semanas de baja por maternidad del primer año. Así pues, tal vez el próximo año, cuando el bebé sea más grande y pueda ir a la guardería. Estoy en ello. Es difícil encontrar una guardería asequible que esté comprometida con las prácticas de sueño seguro. ¿Conoces los riesgos de dejar que un bebé duerma en un columpio o una hamaca, o incluso con una manta? Te quitaría el sueño", dije.

"Eso te ha añadido mucha presión", dijo, "y lamento que hayas tenido que dejar tu sueño en un segundo plano. Por mí".

"No. No por ti. Tomamos algunas decisiones irresponsables juntos. Y no supe qué hacer, hasta que escuché el latido de su corazón. Me cambió la vida. Supe que ya quería a mi bebé. No importaba lo que tuviera que hacer o sacrificar", dije. "No te culpo por dejarme embarazada, si eso es lo que piensas".

“Me culpo a mí mismo. Has pagado el precio por las decisiones que tomamos, por el hecho de que no pude controlarme y ponerme un condón. Lo siento. Lo siento por muchas cosas. Principalmente por haberte abandonado cuando entré en pánico”.

“¿Por qué entraste en pánico? ¿Fue tan aterrador estar conmigo?”.

“No fuiste tú, Brandi. Nunca fuiste tú. No lo hablamos entonces, pero he tenido trastorno de estrés postraumático desde antes de dejar la Marina. Ir a vivir a la isla ayudó, el ritmo más lento, menos presión. Pero algo de eso también fue un comportamiento de autoprotección para evitar enfrentarme a la ansiedad. No dormía mucho, tuve pesadillas, de todo. Así que no podía confiar en mí mismo. Estar sin dormir por sí solo ya te vuelve loco… te arruina el pensamiento. Pero la cosa es que no me estaba enfrentando a mis problemas ni aprendiendo a lidiar con ellos. Me estaba escondiendo. No quería que pensaras que era débil, así que preferí que creyeras que era un imbécil”.

“Funcionó”, dije irónicamente.

“Sí, soy bueno alejando a la gente. Me dolió hacerte daño, si es que eso tiene algún sentido. Pero pensé que estarías mejor sin mí. Y creo que lo estabas considerando como era yo en ese entonces. Pero no debería haber tomado esa decisión por ti. He estado trabajando para estar sano y aprendiendo nuevas técnicas en terapia. Todavía estoy avergonzado por eso, pero también estoy un poco orgulloso del trabajo que he hecho”.

“Pareces más seguro y tranquilo. Y estás mejor. Quiero decir, siempre has sido muy guapo, pero tenías los ojos cansados”.

“¿Lo has notado? Por supuesto que sí. Te das cuenta de muchas cosas”, dijo con un suspiro.

“Entonces, ¿es por eso por lo que has venido? ¿A pedir disculpas?”, dije.

No dijo nada durante un largo rato. Me mordí las uñas y lo miré, esperando que me mirara a los ojos.

“Te debo una gran disculpa. Estuve…”.

“¡Me dejaste!”, solté sin previo aviso. “¿Sabes cómo me he sentido? Déjame que te lo explique. Mi padre me dejó por elección. Mi madre murió cuando yo estaba en el instituto. Era una enfermedad, no era su culpa, pero aún me habían dejado sola. Luego, en la universidad, Nick y yo empezamos a salir. Contaba con él. Y se murió. En un accidente que, en parte, fue por su culpa. Y me fui de vacaciones para soltarme la melena, ser joven y despreocupada, para variar. Y me enamoré de ti. Y me dejaste. Fui lo suficientemente estúpida como para volver contigo, ¡y lo hiciste de nuevo! La única persona en mi vida que no me ha abandonado es Jessica”.

“Lo siento. Fue un error”.

“Luego llegué a casa y, ¡sorpresa, estoy embarazada! Quiero a mi bebé, pero piénsalo por un segundo. Recién acabada la universidad, luchando por el trabajo de mis sueños y ¡bam! Los planes que tenía ahora están fuera de mi alcance. Entonces, aunque me doy cuenta de que tú tenías que lidiar con un problema de salud mental importante, y eso es muy valiente, no es que he llorado un día y todo ha vuelto a la normalidad. Tengo un hijo que mantener, todos estos cambios en mi cuerpo… ¡y nadie me va a contratar para dar clases estando embarazada!”, estallé. Dios, qué bien sentaba decir todo eso.

“Sabes que tienes un trabajo en la isla siempre que lo desees”.

“¿Qué?”, dije, asombrada.

“Dando clases. Hay escuelas en la ciudad. Tendrías un trabajo en cuanto quisieras”.

¿Estaba sugiriendo que me mudara a St. Martin? O era… ¿qué? Me eché hacia atrás, un poco agotada por la catarsis, por haberle gritado e intentar entender todo lo que él me decía. Porque el Sr. Fuerte y Silencioso tenía algo para decir.

CAPÍTULO 31

CONNOR



Me impresionó que estuviera dispuesta a escucharme. Estaba agradecido. Ella se merecía la verdad.

"Recibí ayuda porque mis hermanos se juntaron y me convencieron. Dijeron que merecía ser feliz. Durante mucho tiempo no lo creí. No después de las cosas que había hecho, y menos después de cómo te había tratado. Pero pensé que si les importaba lo suficiente como para montar un show al respecto, tendría que ver a un médico y un terapeuta. Y tenían razón. Resulta que necesitaba ayuda y que, por primera vez en años, creo que es posible ser feliz", dije.

"¿Qué te haría feliz?", preguntó, tan suavemente que casi ni la escuché.

"Tú", dije sin dudarlo. "Tú y nuestro bebé. Tienes que saber que si solo quisiera disculparme, podría haberte llamado. Te busqué y te perseguí porque quiero estar contigo. Después de que te marcharas me sentí muy miserable y tuve que esforzarme por ponerme bien, para ser el hombre que te mereces. Ser el hombre que yo merezco ser también. Porque te amo, Brandi. Te amé desde el momento en que me hiciste chapotear en el mar bajo las estrellas. Y nunca he dejado de hacerlo desde entonces, ni un minuto", dije.

Ya está. Se lo había soltado todo. Fui honesto Me arriesgué. Le dije todas las cosas que se merecía de mí. Quería que ella dijera algo. Preferiblemente algo agradable, como que también me amaba o que mi crecimiento personal le resultaba muy sexy. Cualquier cosa. Pero se quedó en silencio.

Por fin, me miró a los ojos. Sus hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas. Inspiró, tratando de contenerse. Pude ver sus ojos enrojecerse y su rostro sonrojarse por el esfuerzo. Le tendí la mano, pidiendo a Dios que la tomara.

Ella no tomó mi mano.

Se arrojó a mis brazos y enterró la cara en mi pecho. Los sollozos de Brandi sacudieron su cuerpo. La envolví en un abrazo, le acaricié el cabello y la consolé, besando la parte superior de su cabeza. Los sollozos siguieron durante lo que pareció una eternidad. Le costaba respirar por el llanto y alcancé la caja de pañuelos de la mesa. Se recostó y se sonó la nariz. Luego me miró, con la cara hecha un mar de lágrimas y con los ojos hinchados. Tomé su rostro entre mis manos y la besé.

Fue mil veces mejor de lo que recordaba y eso que recordaba besar a Brandi como algo celestial. La forma en que nuestros labios y lenguas se unieron, después de tanto tiempo separados, fue eléctrica. La estreché en mis brazos y la besé tan profundamente que su cabeza se inclinó hacia atrás sobre mi brazo.

Sí, cada fibra de mi ser, cada músculo, nervio y hueso suspiró cuando Brandi deslizó sus

brazos alrededor de mi cuello. Dejé de besarla y la abracé sosteniéndola en mi regazo y besando su rostro desde la sien hasta la mejilla, y luego la barbilla.

“Brandi”, dije. “Te he echado muchísimo de menos”.

“Yo también. Estaba tan enfadada conmigo misma y contigo, pero sobre todo conmigo misma. Tuve todas las oportunidades, educación y aún así acabé de la misma manera que mi madre, embarazada y sola”, dijo.

“Déjame mostrarte cuánto te he echado de menos y cuánto te amo”, dije.

Brandi asintió, "Sí".

Eso era todo lo que necesitaba. La piel cálida y satinada de su espalda era irresistible bajo mi mano, que deslicé por la parte de atrás de su camisa. Me tocó la cara y trazó con sus dedos la barba incipiente a lo largo de mi mandíbula.

“Quítate la camisa”, dijo ella. “Quiero ver tu tatuaje”.

Me quité la camisa sin dudarlo. Deslizó la mano por mi espalda, posando sus dedos sobre la piel entintada de mis hombros. De alguna manera, todo era tan sensible y su caricia me desarmó, estaba resoplando como si acabara de correr ocho kilómetros. Brandi se acercó para poner sus labios en mi emblema SEAL. Sus besos resplandecieron a través de mi piel, se me aceleró el pulso y mi cuerpo se endureció aún más. Se tomó su tiempo, dándome besos suaves y arañándome lentamente por los lados. Me estaba volviendo loco. No había hecho nada para ganarme este dulce tormento. Me sentía tan honrado por su perdón, por su aceptación. Mientras deslizaba la mano por mi hombro y cuello, capturé sus dedos y los llevé a mi boca. Besé su mano, dándole la vuelta para que la parte de arriba quedara frente a mí.

“Te amo,” susurré contra sus labios, besándola de nuevo.

Le acaricié los pechos a través de su desgastada camiseta. Ella respondió más rápido de lo habitual. Estaba gimiendo, sus pezones estaban rígidos e incluso más grandes de lo que recordaba. Le levanté la camiseta y se la quité. Tomé primero un pezón y después el otro con la boca antes de dejar caer las manos sobre la aumentada curva de su vientre y acariciarlo. Brandi iba a tener a mi bebé. Estaba tan asombrado, tan aturdido por eso. Le chupé un pezón y le acaricié el vientre. Luego la tomé por las caderas.

“Quiero que esto sea cómodo para ti. ¿Qué puedo hacer?”, dije alrededor de su duro pezón.

“Oh, Dios. Solo hazme el amor, Connor. Ha pasado tanto tiempo. Te necesito”, dijo, con voz alta y desesperada.

Tomé su mano, “Muéstramelo”, dije.

Me llevó a su dormitorio, prácticamente a rastras. Se quitó los pantalones de yoga y los arrojó lejos. Se sentó en el borde de la cama, con una sonrisa ansiosa en su cara. Tuve que sonreír ante eso, ante sus ganas por estar conmigo de nuevo. Me uní a ella, empujando mis pantalones hacia abajo, adorando su suspiro de asombro cuando vio lo largo y duro que estaba para ella.

“No quiero hacerte daño”, dije con voz ronca, con mis manos por todo su cuerpo. “Déjame”, dije. La guié hacia abajo hasta que estuvimos acostados uno al lado del otro. La puse de lado y de espaldas a mí y nos quedamos haciendo la cucharita. Mi mano se abrió paso por la parte inferior de su vientre y entre sus piernas, donde su coño estaba hinchado, mojado y tan increíblemente sensible que se estremecía con cada toque y le temblaban las piernas. Deslicé mis dedos a través de sus pliegues y le acaricié el clítoris mientras le besaba y chupaba el cuello. Ella gemía, frotándose contra mis dedos hasta que se corrió con un grito. Siguió gimiendo cuando el orgasmo se alargó, y soltó otro más agudo cuando la penetré con los dedos. Podía sentir los últimos aleteos de sus músculos internos y el escalofrío de su hendidura húmeda agarrándome.

Le pasé la mano por la espalda, empujándola un poco hacia adelante. Entonces guié mi polla entre sus piernas, por detrás, y froté el glande a través de su humedad. Se abalanzó sobre mí, acomodándose para que la penetrara. Introduje mi polla de a poco, de forma insoportablemente lenta hasta que la llené por completo. Me tomó la mano y la sostuvo. Agarré sus dedos con los míos mientras me mecía dentro de ella, tiernamente. Me acurruqué alrededor de su cuerpo y le di todo lo que tenía, todo el amor y cada gramo de autocontrol.

Lentamente, Brandi tomó mi mano y la pasó por su estómago, y entre sus piernas. Sonreí cuando me dejó frotarla y acariciarle el clítoris mientras empujaba dentro de su cuerpo. Con cada embestida, ella se abalanzaba y empujaba sus caderas para absorber más de mí. Había querido esto durante mucho tiempo y pensar que al fin estábamos juntos, hizo que fuera la mezcla perfecta entre hacer el amor suavemente y un polvo largamente esperado.

Frotándola sin cesar, empecé a embestirla, sosteniéndola con el brazo sobre su hombro, cruzando su pecho, apretando su espalda contra mí mientras le acariciaba el clítoris con la otra mano. Empujé mi polla dentro de ella, llenándola por completo, llevándome sus jadeos con cada embestida como recompensa. Yo era su hombre. Me aseguré de que ella lo supiera.

“¡Por favor! ¡Connor!”, suplicó.

Me enterré en su cuerpo y la toqué hasta que sentí que se ponía rígida, gritando ante su orgasmo. La tensión de sus paredes me apretaron la polla y lo solté todo, enviando mi líquido disparado dentro de su cuerpo. Brandi gimió cuando me corrí, sintiendo la fuerza de mi orgasmo. Seguí frotándola, esta vez con toda la mano, acariciando toda esa piel sensible, hinchada, húmeda y resbaladiza por la excitación. En poco tiempo, ya se estaba corriendo de nuevo alrededor de mis dedos, mientras mi otra mano le acariciaba los pezones.

“Te amo”, dije mientras quitaba los dedos de su estrecho pasaje. “Y nunca volveré a irme de nuevo. Lo que dije sobre trabajar en la isla iba en serio. Hay un trabajo para ti si así lo quieres. Si no, ya averiguaremos qué hacer, dónde vivir. Porque no voy a alejarme de ti otra vez.”

“Te amo”, dijo, con su voz suave y encantadora.

La estreché entre mis brazos y la acomodé contra mi pecho, para que pudiera escuchar los latidos de mi corazón, que era suyo. Y pude alcanzar su vientre, la dulce curva de nuestro pequeñín. Brandi me amaba. La tenía de vuelta. Íbamos a estar juntos sin importar lo que pasara. Eso era lo único que importaba y más de lo que jamás me había atrevido a soñar.

EPÍLOGO

BRANDI, UN AÑO DESPUÉS, ST. MARTIN



Me quité los zapatos planos y entré descalza en nuestra cabaña. Estaba completamente distinta ahora. Los hermanos O'Shea habían construido un dormitorio principal como Dios manda, con un vestidor para nosotros y una guardería para nuestro bebé. Me deslicé lo más silenciosamente que pude por si estaba dormida, pero cuando me asomé a la guardería, Connor estaba en el suelo con Lilly, de seis meses.

Me miró y sonrió. Si la primera vez que lo vi ya me había parecido muy guapo, eso no era nada comparado con la atracción y el amor que sentí cuando lo vi sentado con las piernas cruzadas sobre la colorida alfombra del alfabeto, jugando a las cocinitas con nuestra bebé. Ella le dedicó una graciosa sonrisa, mostrando sus dos dientes inferiores.

"Entonces, ¿cómo ha ido tu primera semana de clases?", dijo.

"Maravilloso. Agotador", dije mientras me dejaba caer en la mecedora. "Estoy tan contenta de que sean niños necesitados, aquellos a cuyas familias no les llegan los dólares de los turistas. Es lo que siempre he querido, Connor. Esto es todo lo que podría desear. ¿Sabes lo feliz que estoy aquí?".

Se puso de pie y trajo a Lilly con él. Se inclinó y me besó con ternura. Cuando cerré los ojos, vi movimiento por el rabillo del ojo.

"¿Qué hay en el armario?", dije. "Dime que no es un perro".

Jessica salió del armario. Grité y corrí hacia ella, abrazándola.

"¡Sorpresa! Me enteré de que habría una celebración por tu primera semana como maestra, así que he venido a pasar un largo fin de semana aquí".

"¡Estoy tan contenta de que estés aquí!", dije.

Charlamos y nos pusimos al día. Jessica hizo rebotar a su ahijada en su regazo mientras yo me cambiaba de ropa y Connor encendía la barbacoa. Vinieron todos los O'Shea para una gran cena con Jessica y nosotros. Pusimos mesas fuera, junto a la fogata, y comimos hasta reventar. Lilly pasó de tío en tío y la admiraron como si no la vieran ya todos los días.

"Le está saliendo otro diente, ¡y es uno de los mejores!", declaró Mickey.

"¡Déjame ver!", dijo Brendan.

"Es verdad", confirmó Jessica. "Lo noté a primera hora. ¡Fue a chuparme el hombro mientras la llevaba en brazos y noté un fuerte mordisco de un diente superior que le estaba saliendo!".

"Lamento que mi hija te haya mordido", bromeé.

"No puede resistirse. Estoy riquísima", se rió Jessica.

"Lo estás", intervino Billy. "Puedo proporcionar una revisión detallada".

"Por favor, no", dijo Connor.

Lilly volvió a mí para acurrucarse. Le estaba entrando sueño. Miré los rostros de mi familia, las personas que amaba y que me amaban a mí, a Connor y a nuestra hija. Habíamos llegado tan lejos, se me hizo un pequeño nudo en la garganta, estaba tan agradecida.

“Dámela”, dijo Jessica.

“Acabas de sostenerla”, protesté. Ella arqueó una ceja hacia mí.

“No puedo verla lo suficiente. Vamos”, dijo ella.

Cogió a Lilly y la acunó. Me reí, “Te tiene el dedo cogido”.

En ese momento, Connor se arrodilló y tomó mi mano. Sorprendida, abrí los ojos. Sacó una caja de anillos de terciopelo. Antes de que lo abriera, incluso antes de que lo preguntara, grité: “¡Oh, Dios mío, SÍ!”.

Todos se rieron porque había respondido tan rápido, incluso antes de que él hiciera la propuesta, pero a Connor no le importó. Se puso de pie y me besó, largo, romántico y glorioso, antes de deslizar el anillo de diamantes en mi mano.

Y de repente, tuve todo lo que siempre había querido, y más.